



El método Valérie

VALÉRIE TASSO



ESPA
PDF

Basta de fantasear con Christian Grey. Es el momento de abandonar el sofá, salir a la calle y enamorar a hombres reales. Con su particular estilo directo, agudo y desenfadado, Valérie Tasso nos enseña todo lo que necesitamos saber sobre el sexo y el arte de la seducción. Es el momento de desdramatizar el sexo, de abandonar tópicos y prejuicios para desterrar frustraciones y ansiedades. Es el momento de desenvolverse mejor con los hombres, de perder el miedo a tomar la iniciativa, de disfrutar del

placer y de encontrar nuestra seguridad perdida. A través de su experiencia y el estudio de la materia, la autora de Diario de una ninfómana nos enseña cómo empezar una nueva etapa llena de excitantes y satisfactorias aventuras amorosas, y lo hace de forma desenfadada, con ironía y humor, con realismo y conciencia, con frescura y naturalidad. Se trata de conocerse mejor a una misma para ganar en autoestima. Se trata de ser felices y de obtener satisfacción del sexo opuesto. Se acabaron los cuentos y las novelas. Ha llegado la hora de ser las

protagonistas de nuestra propia
historia de pasión.



Valérie Tasso

El método Valérie

**Sexo y seducción: Secretos
para ser infalible**

ePub r1.0
XcUiDi 25.04.16

Título original: *El método Valérie*
Valérie Tasso, 2013

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en espapdf.com

A todas nosotras,
pero también a ellos
y sobre todo a Jorge

Agradecimientos

A mis editores, Alberto Marcos y David Trias, por la paciencia que siempre les caracteriza.

A) INTRODUCCIÓN

«El ser humano perfecto no tiene método. Bueno, tiene el método del no método».

Veréis, hay mujeres que nacen con una habilidad innata para seducir a cuantos las rodean. Tienen esa especie de aura de credibilidad que conocemos como carisma, poseen unos rasgos físicos que coinciden con los cánones estéticos de su tiempo: su manera de moverse, de gesticular, de andar («eso es andar y lo demás, maltratar el pavimento...»), de cruzar las piernas (o descruzarlas) hace de ellas mujeres sobre las que recae el deseo de un sinfín de personas. Se convierten, casi sin quererlo, en las protagonistas de las ficciones (eróticas, sentimentales, vitales) de los que las observan, y esos observadores, con tal de llevar a la realidad sus fantasías,

harían cualquier cosa por ellas. Hay mujeres, como os decía, que consiguen esto de manera intuitiva... pero no la mayoría de nosotras. Y ¿qué queréis que os diga? A mí siempre me ha parecido más atractiva la gente que se lo ha currado; esa que se ha abierto y luego recosido, y que pelea en ese esfuerzo de conocerse a sí misma (lo que requiere sabiduría, valor y acción), que la que sólo asume lo que trae de serie.

Capacidad de seducción tenemos todas. Absolutamente todas. Es algo que las mujeres solemos descubrir en nuestra adolescencia; la capacidad de manipular y conseguir nuestros propósitos mediante el hecho de

hacerles creer a los demás (aunque haya que entregar algo a cambio) que «de verdad» somos las protagonistas de sus fantasías. Es un momento delicado de nuestras vidas pues todavía desconocemos aquello que expresó muy bien Kierkegaard: «Pienso que quien lleva a los otros al error terminará cayendo en el error». Así, cuando aprendemos a contonear unas incipientes caderas o a mostrar un descarado «impropio de nuestra edad» y vemos que funciona, no nos planteamos que esa capacidad es como una varita mágica que la realidad puede acabar metiéndonosla por donde más duele. Normalmente, al madurar, y aunque no

siempre es así, aprendemos a gestionar nuestra capacidad de seducción y a enfocar los objetivos de esa seducción.

En las siguientes páginas encontraréis una serie de reflexiones, muchas de tipo práctico, que tienen como finalidad un objetivo primordial: el de que establezcáis la paz con vosotras mismas. Las técnicas para levantarse a un «primo» de la barra de un bar, para quitarse un sostén mientras bailas el «nueve semanas y media» o para hacer una mamada como todo el mundo (y que venden como si hubieran descubierto cómo se enfría el agua caliente), se las dejo a otros autores.

En esto de la seducción hay un único

método: la autenticidad. Si sois vosotras mismas, no fallaréis nunca (y si falláis será una bendición porque no habréis errado el tiro sino la pieza). No se trata de que os creáis lo que no sois sino de que os creáis lo que sois.

¿Implica esto que todos los actos que atañen a la seducción deben ser sinceros y cristalinos? No. En ocasiones hay que interpretar, pero tenemos que saber perfectamente cuándo estamos actuando y cuándo no (eso es autenticidad). Para conseguirlo necesitamos conocimientos. Conocimientos, sobre todo, de una misma, pero también relativos a las diversas facetas del hecho sexual

humano. Y aquí es donde nos centraremos, pues pone más una cabeza alta que un escote bajo, no lo dudéis.

Encontraréis algún truquito propio de la experiencia, o consejos, digamos, técnicos (hay órganos más difíciles de tocar que el de la catedral de Sevilla... y bueno es saber, al menos, dónde están las teclas), pero de lo que se trata con esto de las artes amatorias no es de que os volváis locas a un amante sino de que os volváis locas a vosotras mismas. El resto viene solo, y serán pocos los que se os escapen y muchos los que se «vayan corriendo» nada más veros.

Decía un sabio japonés: «El ser humano perfecto no tiene método; bueno,

tiene el método del no método». Esto es la espontaneidad, la naturalidad, con la que, contrariamente a lo que algunos creen, no se nace, sino que se aprende a conquistar. Se aprende a no impedir que surja en nosotras. Pensad que a cualquier ser humano se le ha enseñado, desde antes incluso a que supiera eructar, a contener su naturalidad: «Eso no se hace, no se dice, no se toca, no se piensa...». Si ese proceso de domesticación (y de humanización) se realiza en todos los ámbitos sociales, desde comer hasta manifestar una opinión, imaginaos cuál ha sido la presión en los temas sexuales y la que habéis sufrido, además de por ser

personas, por el hecho de ser mujeres. Este proceso de humanización es necesario, pues, en caso contrario, no pasaríamos, en toda nuestra existencia, de comer bellotas y bramar cuando el apetito sexual aprieta, pero la naturalidad aparece cuando se trasciende esa educación. Os pondré un ejemplo: una sólo puede decir «lo que quiere decir» y no «lo que tiene que decir» cuando previamente ha aprendido las reglas funcionales del lenguaje y, además, sabe exactamente lo que quiere decir porque se conoce a sí misma. Si ni sabe hablar ni sabe pensar nunca será natural, será más bien un borrico o una borrica (y sólo seducirá a sus

congéneres, los borricos y borricas).

Eso es lo que pretendo ofrecer con este libro: conocimiento en la letra y transgresión en el espíritu. De este modo, nos ocuparemos de cuestiones que van desde lo que es el clítoris hasta lo que significa la seducción, o de cómo no caer presa de la propia capacidad de seducción, pasando, naturalmente y con naturalidad, por lo que es una buena felación o un orgasmo y sus diversas manifestaciones según donde se estimule, sin olvidar, por ejemplo, la literatura erótica y sus funciones. También habrá sitio para eróticas extremas (los libros no tienen horario infantil) como el *bukkake* y otras

refinadas como el *kokigami*. Y habrá humor, sencillamente porque, como suele decirse, «el humor es la distancia más corta entre dos personas», y yo quiero que notéis mi aliento y notar a mi vez, en ocasiones, cómo se eriza el vello de vuestros brazos.

Algunas quizá ya me conocáis de otros escritos o de mis intervenciones en eso que llaman la «plaza pública». A todas vosotras espero no decepcionaros, y a las nuevas espero seduciros (¿de qué serviría un pequeño tratado sobre seducción si no os seduce?).

Una vez escribí un *Antimanual de sexo en el que me ciscaba* (decir que me cagaba no quedaría fino, así que no

lo digo) en los manuales de sexo. Ah, ¿que este libro es un «manual de seducción»? Pues eso, leedlo y ya me diréis si puedo seguir luciendo mis bragas de La Perla sin el menor rubor.

VALÉRIE TASSO

**B) LO QUE
CUALQUIER
MUJER DEBERÍA
SABER**

1

¿En tu casa o en la mía?

Muchas de vosotras pensaréis: «Da igual el sitio, lo importante es conseguir seducir». Pues no. No da igual. Si empiezo por este capítulo, por algo será. Una curiosidad a modo de introducción: ¿conocéis la procedencia de la palabra «fornicación», el acto posterior a la seducción? (porque no nos engañemos, ¿qué buscamos después de haber seducido...?; sí, sí, lo sé, es cierto que

algunas veces el mero acto de seducir es un fin en sí mismo, pero normalmente se persigue otro). Pues, como os decía, el término «fornicación» deriva de *fornix*, que significaba «zona abovedada», lugar donde habitualmente se encontraban las prostitutas romanas. De allí, *fornix* empezó a asociarse con la palabra «burdel». Os relato esto para demostraros que el sitio donde dos personas pueden encontrarse y practicar el juego de la seducción resulta fundamental. Es curioso cómo la palabra «fornicación» va asociada a «lugar», ¿no os parece? Ya sé, queridas amigas, que la mayoría no sois, Dios nos libre, putas (quizá hayáis tenido esta fantasía,

y es más que probable, por mucho que lo neguéis), pero si hasta en la antigua Roma ya había sitios para cada cosa, entonces ¿cómo no va a ser importante en nuestros tiempos en los que los encuentros «convencionales» son cada vez más fríos y difíciles de materializarse?

**¿DÓNDE ENCONTRAR A
LA FAUNA MASCULINA?:
LOS SITIOS
CONCURRIDOS**

Es evidente que todo el mundo (incluidos los hombres, bueno... sobre todo los hombres) pensará que el mejor sitio (y momento) para seducir es cuando estamos de fiesta, en un local, con una copa entre las manos y muchas risas en el ambiente. Es cierto que los lugares concurridos suelen ser los ideales ya que rompen con la rutina diaria y transportan a la persona que queremos seducir a otra realidad, o mejor dicho, la alejan de su realidad cotidiana durante unas horas. Por lo que también puede llegar a despojarse de sus responsabilidades y obligaciones, y mostrarse más receptiva. Sería como una especie de «liberación» que le haría

actuar de manera diferente durante unas horas. La máscara social se cae, la magia es susceptible de aparecer (mucho más que en la vida cotidiana), la persona resulta más asequible y, sin duda, se siente más viva. Las barreras de lo «permitido o no» suelen borrarse y es entonces cuando «la presa» se vuelve más vulnerable. Todo esto debe tener en cuenta una buena seductora.

El Carnaval

Cuando hablo de fiesta, no me refiero sólo al festejo en un bar o una discoteca.

Luego hablaré de ello. Voy a empezar por una celebración que es el mejor ejemplo de todo lo que acabo de explicar.

¿Por qué creéis que los grandes carnavales en Nueva Orleans, Río o Venecia, por citar sólo algunos, tienen tanta fama? Sí, claro, por lo espectaculares que son. No lo dudo. Pero también, y fundamentalmente, porque la máscara social desaparece para dejar sitio a la máscara de lo irreal, del sueño, de los miedos incluso (véase la máscara del *Dottore della Peste*). Obviamente, queridas amigas, os recomiendo echarle un vistazo a la cara del «perseguido» antes de intentar

seducirle, no vaya a ser que tenga de verdad el rostro del *Dottore della Peste*... Este mundo de cuentos de hadas es muy importante ya que, la mayoría de las veces, la seducción y un entorno marcadamente onírico están bastante hermanados.

La fiesta es ideal porque también suele distorsionar (o, muchas veces, inmovilizar) el tiempo y producir un efecto mental euforizante, y a veces los mismos «daños colaterales» (buenos... eso sí) que un huracán. Si tratas de seducir durante una fiesta de carnaval, te recomiendo que uses una máscara bella pero, a la vez, misteriosa. Nada de rostros de cerdito, de rana, de bruja con

verrugas incluidas, o de Paris Hilton... No, no, no. Tomémonos la cosa muy en serio. Además, están muy vistas. Usa la imaginación y ponte una buena máscara que transmita misterio, erotismo, picardía, etc. Si además te envuelves en un buen perfume embriagador (evita el pachulí, que suele dejar, durante semanas, los mismos rastros que el Cucal...), entonces estarás preparada para que el seducido se convierta en el seductor (o que lo crea...). Suma total del esfuerzo empleado para la seducción: sólo el tiempo invertido en tu disfraz.

La discoteca

Pero volvamos a algo mucho más corriente y por lo que debería haber empezado: la discoteca. Parece el sitio por excelencia de los/las seductores/as y los/las que buscan ser seducidos/as. Lo siento, pero es así. ¡Cuidado con este tipo de lugar! Si se quiere seducir buscando una relación de más de una noche, la discoteca sólo es el mejor sitio por la cantidad, pero no por la calidad.

De modo que, si no hay más remedio que la famosa «discoteca-con-el-Dj-de-moda-que-cobra-más-que-un-ministro» (y que todo un gabinete entero), primero

os aconsejo esquivar a los amiguitos pelmazos (es otro proceso de seducción, sí, lo reconozco) y aislar al hombre que realmente os interesa. Conseguir aislarle es en gran parte haber conseguido seducirlo. Antiguamente, no había más sitio que las fiestas, los bailes de pueblo, etc., para intentar crear vínculos amatorios. Pero los bailes de pueblo eran otra cosa. Se podía hablar, conocerse mejor, y, sobre todo, se podían establecer mejores estratagemas.

Hoy en día la gente se dispersa mucho y, lo peor, ¡atención!, hay mucha COMPETENCIA. Debemos evitarla a toda costa, al menos hasta que la presa elegida esté locamente rendida a

nuestros pies. Pero en una discoteca es fácil que la listilla de turno, con el *push-up* puesto, las extensiones en su sitio y el alisado japonés impecable, se cuele y acabe retorciéndose en un beso apasionado con nuestra «futura» captura. Lo único que puedes ganar en noches como éstas son unos buenos mechones de pelo arrancados entre los dedos. Si tu rival lleva extensiones, la dejarás en evidencia, lo cual es un punto a tu favor, pero es todo menos glamuroso. Dignidad ante todo, y más si él está presenciando este panorama de histeria femenina. No, no hay que dejar que piense que es objeto de deseo de varias féminas, porque entonces se crecerá y será mucho

más difícil poner en práctica tu talento de seductora. Lo que sí puedes hacer es dejarte cortejar por varios humanoides y, sobre todo, que tu presa vea lo que está sucediendo. Siempre se ha dicho que un hombre casado o con novia tiene más éxito que un hombre soltero. Es cierto. En nuestro caso, pasa lo mismo. El objeto de deseo en el que podemos convertirnos tendrá más éxito si está rodeado de pretendientes. Esta curiosa actitud debe ser una reminiscencia fósil del instinto animal de competencia de todos los mamíferos. Así que déjate querer. Obtendrás más éxito.

Me encuentro con muchas mujeres que se quejan de lo mismo. Y suelo ser

bastante dura con ellas, lo reconozco.

A continuación, vienen algunos ejemplos de conversación que he podido oír al respecto:

«Salgo todos los sábados por la noche y no hay manera de encontrar a mi alma gemela. ¡Todos los hombres son iguales!».

«Cuando me encuentro con un chico que me gusta, sólo piensa en meterla y luego desaparece sin dejar rastro».

Acto seguido, pregunto dónde los han conocido, y al unísono me cantan: un

sábado por la noche, de fiesta, o de copas, etc. ¡Hombre, claro! Pero ¿qué esperáis encontrar en una discoteca? ¿Un premio Nobel de Literatura? ¿Un ingeniero nuclear? (Si aparece es por pura casualidad, o bien porque su empresa celebra algo, o bien porque un amigo suyo lo ha arrastrado hasta allí, o bien porque el local es radiactivo). Encontraréis hombres, sí, cuyas masculinas atribuciones incluyen el ser capaces de preguntar la inteligente sentencia: «¿Estudias o trabajas?», a lo que puedes responder: «Y tú, ¿opositas o cobras del paro?», o «¿En tu casa o en la mía?» (os aseguro que estas frases siguen escuchándose por allí, para la

desgracia de mujeres inteligentes como nosotras). Lo peor, al menos para mí, es la pregunta: «¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste?». Ahora mismo espantando a un gilipollas.

Chicas, estamos frente al mismo debate y a los mismos tópicos que generamos nosotras mismas: «Los hombres sólo piensan en follar, etc.». Queridas amigas, si vais a un río, no pretendáis pescar tiburones. Con un poco de suerte, conseguiréis algunas truchas, de mayor o menor tamaño. Pero si lo que queréis encontrar es «un pez gordo» (en el sentido que le queráis dar), id al mar, ¡por Dios! En la seducción pasa lo mismo: con sólo

cambiar de ambiente, veréis que también encontraréis otro tipo de hombres. Así de sencillo, así de lógico.

Lo ideal es seducir en un sitio donde nunca se espera que la seducción pueda surgir. Si sólo visitas discotecas, encontrarás al mismo pelmazo de siempre, medio borracho, vaso en mano, que acostumbra frecuentar discotecas y cambia de chicas cada sábado por la noche. Así pues, dejad de quejaros y actuad.

**SITIOS COTIDIANOS Y
FAMILIARES (NO SE**

CONTEMPLARÁN LOS BAÑOS PÚBLICOS... LO SIENTO)

Cuando se lleva mucho tiempo detrás de una persona (sin que haya habido ninguna tentativa por tu parte, querida amiga, de seducirle, y sin que él sepa que es de tu interés) y ya se sabe a qué se dedica (si todavía no lo has averiguado, ponte las pilas del conejito de Duracell de una puta vez), es mucho más fácil encontrar el sitio ideal para seducirle. En otras palabras y como resumen: en los sitios que frecuenta ÉL. Algunos ejemplos:

- Si es filósofo: en una biblioteca, una librería o en una conferencia sobre el *Fausto de Goethe*, entre otros.
- Si es camarero: antes de que empiece su turno, en el bar en el que trabaja.
- Si es deportista: en el gimnasio donde va a entrenar.
- Si es *gourmet*: en una tienda *delicatessen* o uno en de los mejores restaurantes de la ciudad.
- Si es futbolero: en un bar delante de una «megapantalla-de-plasma-con-muchos-canales» en la que se retransmite un partido importante

(olvídate de las segundas o terceras ligas).

Y así podría enumerar una larga lista...

Pero nunca intentes buscar a tu filósofo (por coger este ejemplo) en una discoteca de moda. No lo encontrarás. Puedes permitirte el lujo, de vez en cuando, de ser frívola una noche. Puedes sustituir a tu tan anhelada conquista por un manjar menos espiritual, es absolutamente lícito, pero, repito, nada más que para una noche, si no te dispersarás en otros menesteres que no tengan nada que ver con tu objeto de seducción (bah, veeeeeeeeenga, de

acuerdo, dos noches...). No olvides que tu presa es un intelectual. Y como tal lo debes tratar. Tendrás que repasar los lugares que pueden interesarle. Por otra parte, si te hace tilín sobremanera un filósofo, no entiendo por qué te rebajas tanto y acabas en un lugar maloliente y lleno de «buscones», cual mosca de septiembre, que no harán más que repetirte lo mismo que a su última conquista. No lo olvides: ¡te mereces lo mejor! Déjate acunar por Descartes, Nietzsche, Savater, Kant, Schopenhauer, Trías, Deleuze, etc. No necesariamente en este mismo orden, querida, no necesariamente en este mismo orden...

Podría, en este apartado, hablar del

ciberespacio, pero he preferido dedicar un capítulo entero a ello. Así que lo encontrarás más avanzado el libro.

EL SITIO DECISIVO DESPUÉS DE LA SEDUCCIÓN: EL TERRIBLE DILEMA DE «¿EN TU CASA O EN LA MÍA?»

Cuando hayas conseguido lo más difícil que es el primer paso de la seducción, enseguida vas a toparte con un dilema.

¿Dónde pasar la noche con él? No pierdas los nervios porque he aquí la respuesta: siempre en su casa, nunca le invites a la tuya. ¿Por qué? Por razones pragmáticas. Si lo llevas a tu lecho, querida amiga, será siempre más difícil deshacerse de tu presa en caso de que no se ajuste a tus expectativas eróticas, cosa que suele suceder más a menudo de lo que pensamos. En este caso, si has aceptado pasar la noche en la casa de tu amante, puedes huir en cualquier momento, alegando las excusas que quieras. Si es al contrario, será más complicado. Alguna vez me pasó porque el seducido en cuestión vivía con sus padres. E hice una excepción. ¡Pobre de

mí! Tuve que darle mil vueltas a la mente y al final lo conseguí. Aquel día llevaba, excepcionalmente y para mi fortuna, un moño. De modo que alegué un dolor de cabeza «horquillero» terrible. Y funcionó. Lo malo fue que, de haber pensado tanto en una estrategia para deshacerme de aquel sintonizador de radio que me secuestró directa y descaradamente los pezones antes de haber empezado, me entraron de verdad tales migrañas que me dejaron tres días por los suelos. Así que tenlo claro: nada de invitar a tu conquista a tu casa; no vale la pena.

Además, tiene otra ventaja: podrás observar qué tipo de hombre es, lo que

le gusta (cómo ha decorado su piso, los discos que escucha, qué libros componen su biblioteca —esperemos que la tenga—, etc.). Todos estos pequeños detalles ayudan a saber con quién estás tratando y si sus gustos coinciden con los tuyos. Sin embargo, aparte de observar su piso (intenta, discretamente, visitar su casa entera: el mejor momento es cuando la ronquera de tu amante es ya incipiente), existe un método infalible para saber si la relación tiene futuro o si debes concentrar todas tus energías en seducir a otra presa.

¿CÓMO SABER SI TU CONQUISTA TE GUSTA UN POCO, MUCHO, APASIONADAMENTE O EN ABSOLUTO? EL MÉTODO INFALIBLE DE... LA GOTITA DE PIPÍ

No, no es una broma. Es más, creo que es la clave fundamental del futuro que os espera juntos.

Si la urgencia poscoital del vaciado de la vejiga de tu amante se hace notar, espera un momentito, no demasiado, para pasar al cuarto de baño después de

él. Alega querer darte una ducha y observa bien el inodoro. Siempre suele haber una gotita de pipí encima del váter, o en la tapa (aunque raras veces los hombres suelen cerrar la tapa), o justo en la baldosa. Es inevitable, aunque tu amante tenga el pene mirando a la derecha, a la izquierda o hacia el centro, siempre hay una gotita desperdiciada. Eso demuestra naturalidad, espontaneidad y que se lo ha pasado tan bien que pequeños detalles así no le importan lo más mínimo. Si no te desagrada esta visión, es más, si te saca una sonrisa, entonces puedes pensar en construir algo serio con él. En resumen, tengo para vosotras

una gran frase:

«La aceptación de la gotita de pipí es proporcional a la duración de una relación».

Si no hay rastro de gota de orina, ¡desconfía inmediatamente! Tu conquista la habrá secado con papel higiénico antes de tirar de la cadena, con lo cual demuestra que puede tratarse de un maniático que está más preocupado por la imagen que dará después de haberte hecho el amor que por la relación en sí que acaba de disfrutar (si es que la ha disfrutado). También puede ser la

prueba fehaciente de que tu conquista
mea sentado y/o hace otras cosas. No
tengo nada en contra de los hombres que
se sientan en el váter, pero, por regla
general, eso sólo suele hacerse en la
intimidad (cuando uno está solo), sobre
todo para necesidades mayores.
Familiaridad, naturalidad y
espontaneidad, sí, pero *non troppo*...

Queridas, habría mucho más que
añadir, pero creo que con estos cuatro o
cinco puntos ya tenéis suficiente para
empezar. Tampoco quiero aturdiros
antes de tiempo. Así que, ahora, ¡hagan
juego!

2

La fauna masculina

INTRODUCCIÓN SOBRE LO QUE LLAMAMOS «ARQUETIPOS» O «ESTÁNDARES»

En la realidad, en el mundo y en la vida, no existen estándares. En todo caso, existen arquetipos de conductas de mucha amplitud. Tomemos como

ejemplo una de mis pasiones favoritas (después de las bajas... por supuesto): los caballos. Es difícil imaginar a un caballo que ataque y devore a una manada de lobos o que, en sus ratos de ocio, cave túneles subterráneos para introducirse dentro y comerse las raíces de los tubérculos o que ponga huevos para reproducirse (aunque echarle huevos, eso sí que lo hacen) o que levante el vuelo para guiarse por las corrientes cálidas. Así, si tenemos un individuo que come lobos, cava túneles, pone huevos y vuela, es más que probable que no nos encontremos frente a un caballo. Recuerdo el chiste aquel del amigo que le dice al otro: «Hoy he

visto a una persona rarísima; medía apenas quince centímetros, tenía todo el cuerpo cubierto de plumas y andaba como dando saltitos», a lo que su amigo responde: «¿Y no sería un pájaro?». «No sé, cuando me acerqué a preguntárselo, echó a volar...». Por lo tanto, para distinguir a un caballo de, por ejemplo, una sartén, necesitamos que éste, el caballo, manifieste una serie de rasgos (morfológicos, conductuales, etc.); vamos, que encaje en el estándar de un caballo. Una vez tenemos localizado al caballo, nuestro sistema cognitivo de comprensión buscará un nuevo arquetipo (un nuevo cajón de nuestro entendimiento donde situar en él

al caballo). Buscaremos, entonces, si el caballo es nervioso, asustadizo, tranquilo, resabiado o condescendiente hasta tener una idea más o menos clara de él y saber tanto lo que podemos esperar como el riesgo que vamos a asumir. Desde luego que seríamos bobas si olvidáramos que, como hemos dicho, ni todos los caballos (aun siendo caballos) se comportan igual, ni si ese en concreto sobre el que hemos efectuado un juicio en función de unos arquetipos actuará en cualquier circunstancia del mismo modo. De ahí que el conocimiento que tengamos del animal, a través de los arquetipos que nos da nuestra experiencia como

amazonas, nunca será del todo fiable, sencillamente porque las entidades de este mundo no son lineales ni previsibles sino caóticas. Pero aún no siendo más que orientativo, cuando no decididamente falso, no podremos evitar efectuar dicho juicio, pues así estamos hechos los humanos.

LA FAUNA MASCULINA...

Pero bueno, queridas, dejémonos de caballos y hablemos de sementales y de cómo montarlos... Para ir de caza, nada mejor que saber a qué se tira (no se

gastan balas en pichones y no se derriban ciervos con plomillos, y hay que saber que las perdices rasean y los jabalíes embisten), así que vamos a intentar encuadrar a la diversa fauna masculina con la que podemos encontrarnos en la jungla a fin de afinar el tiro.

Las ciencias humanístico-médicas (psicología, antropología, psiquiatría, etc.) siempre han intentado crear estándares para catalogar a los individuos. Ya, por ejemplo, en el siglo V a. C., el padre de la medicina, el griego Hipócrates, señaló cuatro tipos básicos de humanos según los distintos humores que prevalecían en su

organismo: el sanguíneo (excéntrico, optimista, vital e inestable emocionalmente), el colérico (dominante, ambicioso, social e incapaz de gestionar la contradicción aunque adaptable a los cambios), el flemático (lento en la toma de decisiones, calmado, analítico, amante de la paz y esquivo con las implicaciones) y el melancólico (pesimista, enormemente sensible y dotado, complejo, idealista e introvertido). A partir de esa primaria clasificación empezaron las complicaciones...

En 1967, el zoólogo británico Desmond Morris definió al ser humano como «un mono desnudo». Ni más ni

menos. Un individuo que, pese a todas sus complejidades propias y rasgos diferenciales, se comporta, desea y pretende básicamente como un mono. ¿Y qué quiere en cuestiones sexuales un mono macho? Pues fundamentalmente follar, cuanto más a menudo y con mayor variedad, mejor. Así las cosas, todo sería muy sencillo (demasiado sencillo) si creyéramos que todos los hombres que se nos acercan, lo único que buscan, pobres animalitos, es interactuar sexualmente con nosotras. Lo de que la hembra, o sea, nosotras, sólo tiene que decidir qué pretendiente de los múltiples que hacen cola es el que va a acoplarse con ella, es algo que, además

de trasnochado y falso, nos facilitaría enormemente las cosas. Pero el arte de seducir no es tan sencillo como escoger entre Antonio, Esther o Manuel. El arte de la seducción, para nosotras y en nuestros tiempos, es un talento que combina lo pasivo con lo activo: hay que saber seducir de forma activa, tomando iniciativas y riesgos, y hay que saber dejarse seducir (eso también es seducir) de tal forma que el objetivo que nos hemos marcado se cumpla. Y, además, hacerlo bien. No podemos olvidar (eso lo sabe cualquier buena seductora que se precie) que el objetivo último de la seducción es una misma; a quien de verdad queremos seducir es a

nosotras mismas. Así, encuentros fáciles, amantes solícitos o admiradores declarados pueden parecer una buena recompensa pero de rápida digestión. Y forma parte también de la cultura de la buena seductora la capacidad de detectar con rapidez el grado de satisfacción y de dificultad y riesgo que nos comportará nuestra conquista, pues según se presenten estos factores, máspreciado será el logro... más nos vamos a seducir.

Ya apuntábamos que la complejidad y, por añadido, la satisfacción no son siempre los objetivos de la seducción; en ocasiones, darse una simple alegría con el segundo que pase (al primero

siempre hay que descartarlo) es en sí mismo un objetivo respetable. Por tanto, salir una noche de copas y llevarse a la boca algo más que un par de *gin-tonics*, sin por ello tener que emplearse muy a fondo, es también algo respetable, pero sin olvidar que un rabanito alimenta poco y puede dar, además, muy mala noche.

Pero volvamos a los estándares. Lo mejor de conocer los estándares masculinos es que nos permiten detectar con mayor precisión al que está estandarizado. Si algunas de nuestras futuras conquistas encajan perfectamente en alguno de los moldes que vamos a proponer, mi consejo sólo puede ser

uno: descartadlo como a una ostra en mal estado. Un tipo estandarizado sólo puede actuar estandarizadamente, convirtiendo nuestra seducción en una rutina (como si fuera una tabla del ejercicio de mazas en gimnasia rítmica) y privándonos de uno de los mayores privilegios de la seducción: el de sentirnos diferenciadas. De modo que, si el primer filtro (el de ser un tipo estándar) se nos ha pasado pero detectamos un modo de actuar mecánico, aprendido o de manual (¡glups!) en su comportamiento, descartadlo como a la ostra anterior; no sólo estaremos frente a un memo, sino que, para colmo, será un mal amante. Lo mejor sin duda es aquel

que tiene un poco (lo mejor) de todos los arquetipos, pues su personalidad será múltiple, compleja y demostrará haber usado su inteligencia para elegir. Una observación más: nos vamos a centrar en los farsantes. En aquellos tipos que «simulan» un perfil, porque no tienen personalidad ni para encajar de verdad en los que os propongo. Así que atentas a los «trajes *prêt-à-porter*» que voy a proporcionaros, aunque lejos de mí está el daros una lista exhaustiva y con vocación científica (para eso ya tenéis el *National Geographic*), sino más bien un pequeño cuaderno de anotaciones que atestigua ya unas cuantas décadas de dar patadas por el

mundo.

LOS PATRONES PREFABRICADOS

El canalla

El primer patrón prefabricado es el tipo canalla. Se le suele encontrar en los bares, rodeados de amigos, moviéndose con agilidad y determinación, pero lo reconoceréis sobre todo porque es el que más habla. Parece que sabe lo que

dice y parece que los demás lo escuchan. Su mirada hacia ti será la de haber perdonado ya unas cuantas vidas en lo que va de día; cuello recto y mirada penetrante pero de soslayo. Te está diciendo: «Si eres buena chica es posible que me fije en ti». Cuando crea (normalmente después de apurar el último trago) que ya estás lo suficientemente rendida a su berrea, se te acercará con paso firme y decidido y te soltará algo que parece novedoso pero que en realidad es una coletilla. La mirada cómplice y sonriente de sus colegas al sentarse a vuestro lado acabará de confirmarte el prototipo. Acto seguido, llamará al barman por su

nombre y te recomendará (cuando no te impondrá) qué beber. Es posible que te parezca que es un tipo seguro y con recursos, alguien con *charme*, que sabe quién es, qué quiere y cómo conseguirlo, pero se trata en realidad de un pobre dependiente afectivo a quien no le aguanta ni su madre y que necesita de tres pánfilas al día para que le digan lo interesante que es. En breve, notarás algún tipo de exceso de agresividad verbal en sus expresiones y algún juicio categórico que imposibilita cualquier diálogo. Si quieres joderle (en la segunda acepción del diccionario) y probar su inseguridad y su agresividad, límitate a mirar con cierta fijeza al más

feo de sus compañeros de batida. De inmediato aparecerán los celos. Acabas de conocerlo y ya pretende que seas de su propiedad. Si, a pesar de todo, sales del local de su brazo (posiblemente habrás pagado tú, o él habrá hecho un gesto al camarero —al que llama por su nombre— indicándole que lo apunte), verás que parece el dueño del mundo, que no titubea, que no duda (ni en sus acciones ni en su discurso) y que sabe perfectamente cuál es el siguiente paso a dar. Quizá eso te proporcione una falsa sensación de seguridad y te sientas tentada a dejarte llevar por alguien que parece manejar bien los remos. Hasta es posible que su violencia latente te

incremente ese confort, y que te haga creer que te protege y que nunca va a aplicarla contigo (aunque la realidad es que, si estableces una relación más o menos estable con él, «sólo» va a utilizarla contigo).

Visto así, parece que el canalla no debería ser plato de gusto para ninguna mujer y, sin embargo, me atrevería a decir que es el prototipo que tiene más éxito. Una lástima, sí, pero parece que a las mujeres los cuentos de hadas y de príncipes azules nos han hecho mucho daño (será porque no hemos aprendido que la metamorfosis más común es la de príncipe a rana y no al revés...). Contrariamente también a lo que se cree,

la mujer que suele verse atraída por este tipo de individuos tiende a ser o sumisa y muy dependiente, o todo lo contrario, mujeres listas, independientes y con carácter que buscan a alguien que acabe imponiéndoseles. Hace relativamente poco, un conocido sexólogo amigo mío, que imparte interesantísimos cursos de formación entre jóvenes, me decía que cuando les preguntaba a las chicas cómo definirían al hombre de sus sueños, ellas elegían sin dudar al joven honesto, leal, inteligente y buen estudiante. Pero cuando en el mismo grupo escolar se interesaba por conocer a los chicos que mantenían más relaciones, resultaba que eran los más llamativos físicamente,

además de chulos, vagos y prepotentes.

El canalla en la cama suele ser demasiado «masculino» (es decir, lo que él considera que es ser masculino) y tiende a solucionarlo todo con el coito (pues para él eso es lo que tiene que hacer un amante que se precie). Su natural promiscuidad, como hemos dicho, y su baja autoestima necesitan de muchas conquistas, que les hacen creerse buenos amantes, pero no todos lo son (hay mucha gente a la que practicar algo no les hace más certeros en su disciplina sino más recalcitrantes en sus errores) y el mostrar sentimientos sinceros (son buenos comediantes y saben fingir) es algo que no va con

ellos.

Si, pese a todo lo descrito, esta tipología es la tuya, querida amiga (normalmente la mujer que elige tipos así es porque cree que conseguirá redimirlo, porque se convence de que en el fondo tiene buen corazón y es una persona sensible), déjame que te dé algunos trucos para intentar gestionarlo. En la seducción, permite que te cace, pero no se lo facilites hasta el punto de que crea que te has rendido a él, aunque tampoco se lo pongas excesivamente difícil pues en cuanto su ego se resienta un poco, irá a por otra más asequible. Deja que piense que él te lleva en el baile, que la iniciativa es suya, y que tu

sólida resistencia cede poco a poco. Una vez en el lecho, puedes retomar la iniciativa (un poco de combate les sienta bien), pero no esperes gran cosa: habrá mucho movimiento, mucho cambio de postura, mucha pelvis *pa'lante* y poca atención a tus reacciones. Tras esto, mi recomendación es que suspendas los encuentros, pero si eres cabezota y tienes vocación de mártir, permíteme decirte unas cuantas cosas más: nunca te muestres celosa por las otras, eso sólo le enaltece el ego y a ti te coloca en una posición de inferioridad. El diálogo con él siempre se tornará una lucha de poder cuyo objetivo no será más que el de imponérsete, así que si tienes que

manifestar algo, hazlo de forma clara y directa, no entres en discusiones y no quieras tener la última palabra (la última palabra no da la razón, sólo demuestra quién es más pesado). Y para finalizar, cuando estés desesperada, no caigas en aquello de «todos los hombres son iguales» (quizá seas tú la que no eres capaz de buscar otros perfiles).

El romántico

Que no todos los hombres son iguales es evidente. Existe, por ejemplo, el romántico (también conocido por el

sobrenombre de «el que se encoña»). Éste resulta fácil de reconocer porque cuando te despiertas con la boca pastosa, con un resacón del quince y recordando entre brumas (¡qué cosa más mala es a veces el recuerdo!) a un tipo con vocación de ginecólogo en prácticas tocándote más las pelotas que el clítoris, él, el romántico, se te presenta delante con un «Amor mío, lo de anoche fue inolvidable» acompañado de una bandeja con el desayuno inglés en el que no faltan los huevos fritos a medio cocer (su especialidad... la mencionada de tocar los huevos) y una rosa roja que ha pescado del jarrón de la salita. Entonces, entre legañas y arcadas,

reconoces su rostro, y su sonrisa de haber descubierto el secreto de la vida te confirma tus peores temores: «Me ha tocado un romántico». Lo cierto es que, antes de las copas y del fornicio, parecía un tipo amable y sensible, con una cierta fragilidad que saca la parte tierna (maldita sea la parte) que hay en nosotras. Al romántico se le llama también «el que se encoña» porque confunde amor con sexo. Al contrario de lo que cree el meapilas, para quien el matrimonio es lo único que permite tener sexo, para el romántico, el sexo es garantía de matrimonio. Y no un matrimonio cualquiera, no, un matrimonio lleno de amor conyugal, de

polvos tiernos y programados, fidelidades y tardes de sábado en el Hipercor. Intentas incorporarte en la cama pero la habitación, que no la cabeza, empieza a moverse a tu alrededor como si estuvieras dando clases de bachata y él, solícito, se ofrece a ayudarte: «Déjame, amor mío, que te ayude», y tú sólo puedes preguntarte una cosa en esos momentos: «¿Quién coño será el amor suyo?». Entonces ves que el huevo frito está deslizándose sobre la panceta mientras él te sujeta por los hombros, aunque ya es demasiado tarde: acabas de soltarle, encima del pecho, un vómito que parece contener todo lo que comiste desde que

llegaste al mundo... Él, impasible y comprensivo, se observa el torso y concluye: «Parece que ayer bebimos un poquito, amor mío». Y tú, que no quieres más que dormir y encontrar el frasco de Alka Seltzer, sólo ansías recuperar fuerzas para poder decirle con la voz clara y alta que quién coño es y que haga el favor de salir de una puñetera vez de la habitación y, claro, que cierre la puerta tras él. Pero el tipo, que parece no oírte, se sienta a los pies de la cama decidido a velarte el tiempo que haga falta.

A algunas puede parecernos que el romántico es todo compasión y ternura, pero «el que se encoña» resulta más

bien un profundo egoísta que lo único que quiere de nosotras es nada menos que todo, aunque fundamentalmente, sexo. Está esperando darle sentido a su vida con su entrega gratuita a nosotras (¿gratuita?... sí, como el recibo de la luz), y es más fácil quitarle un hueso a un perro que desmontarle toda la ficción que se ha creado alrededor de ti. Son obstinados, pacientes, dependientes, inquebrantables al desaliento y les cuesta mantener la boca cerrada (especialmente cuando les da el arrebató místico o nos quieren seguir el juego). Es un estereotipo que suele sacar lo peor de nosotras (la tirana que todas tenemos dentro), pues su pesadez nos

incita a ser crueles con él y luego nos sentimos mal, lo que sólo consigue que lo culpabilicemos, con razón, de nuestros remordimientos y eso nos hace comportarnos de forma aún más cruel. Y así sucesivamente.

Hay mujeres a las que les gustan los tipos así; lo entiendo, levantan la autoestima y suben el ego; aunque en el fondo todas sabemos que la veneración que nos profesan atufa a cartón piedra. Además, como son solícitos por naturaleza, basta que les propongamos algo para que ellos muevan el rabo al son que más nos guste («Sí, mi amor, yo también soy así»), lo que les convierte en convenientes si queremos

experimentar algo para lo que cualquier otro con personalidad podría ponernos pegas (para «el que se encoña» resulta que todo lo que a nosotras nos interesa, a él le viene interesando a lo largo de toda su existencia, pues no tiene más personalidad que la nuestra).

Si estás frente a uno de éstos y te gusta, lo mejor es que te manejes con él con cierta prudencia. No digas un «te quiero» salvo que sea verdad y estés dispuesta a comprometerte y a participar de su película (para «el que se encoña», la película siempre será la suya, no lo olvides, pues cuando dice: «Lo nuestro estaba escrito», a lo que se refiere es a que lo ha escrito él). Te recomiendo que

si decides seguir adelante, lo hagas cuando tengas la completa seguridad de que tus niveles de alcohol y estimulantes en sangre son normales y que tus sentimientos son los más reales posibles, pues a partir de entonces no te lo vas a quitar de encima ni con hierros candentes.

El atormentado

¿Cómo?, ¿que crees que el romántico es el peor estereotipo que se puede encontrar? Pues espera a conocer al atormentado o el «yo soy rebelde porque

el mundo me hizo así». A este último tardarás en verle la cara una o dos semanas (antes, naturalmente, ya te lo habrás follado y habrás tenido que aguantarle el discurso del porqué de su tormento). Suele ser una subespecie del prototipo intelectual, y, concretamente, del subprototipo «intelectual de pacotilla o de tócame Roque» (las otras dos subespecies del intelectual son el «pedante» y el «melancólico»).

El atormentado es de los que en la seducción tiran la piedra y esconden la mano. Ellos no parecen tomar ninguna iniciativa, pero luego, cuando lo piensas, te das cuenta de que llevaban años pegados a tu culo. Su fórmula

preferida de seducción es, como podrás suponer, el lamento (algo que aprendieron para pedir el pecho de su madre y que ahora usan para pedir el nuestro) y el aparente distanciamiento melancólico, aunque ello no impide que pasen momentos de euforia y de desinhibición social, pese a que en cuanto se apague la música o se acaben las copas, volverán a transformarse en lamento. El sufrimiento que hace de este individuo un atormentado suele basarse en que los demás están en su contra (recuerdo el chiste aquel del tipo al volante que enciende la radio y escucha: «¡Atención, peligro, hay un coche circulando en sentido contrario por la

autopista!», a lo que él, para sus adentros, se responde: «¿Uno?, ¡¡¡los hay a miles!!!»). Esa marginación que ellos padecen y que hacen explícita (esto es importante porque muchas personas, aún padeciéndola, no la manifiestan, pero, recordad, el atormentado sí) suele estar relacionada con la falta de reconocimiento en sus labores profesionales, con la falta de comprensión de su esposa o, ya directamente, con que la vida está contra él. En definitiva, el atormentado nos está diciendo: «Soy alguien muy especial y nadie me quiere, así que no te pierdas esta oportunidad y quiéreme tú un poco».

Durante el sexo suelen olvidar su amargura, pero al poco de concluir éste volverán con la cancioncilla. No atienden a razonamientos (si les pudiéramos convencer de que no es así o no es para tanto, perderían su única herramienta de seducción), y para apoyar sus quejumbrosas argumentaciones, dan aspecto de saber de lo que hablan (por eso pertenecen al prototipo genérico del intelectual).

Mi consejo, como en el de los prototipos anteriores, es que recuerdes que el culo, además de para moverlo, también sirve para impulsar las piernas y largarse de inmediato; en cambio, si el atormentado es de los que te gustan,

intenta no llevarle la contraria en su pesadumbre ni consolarlo, eso sólo conseguirá que se reafirme más todavía en sus males, por no hablar de que lo tomará como un desprecio hacia él y su circunstancia. Ofrécele un poco de sexo y verás cómo se distrae (pero, ojo, si le ofreces demasiado obtendrás, después y a cambio, explicaciones más detalladas de la miseria del mundo a fin de que vuelvas a «consolarle»).

Cuando lo dejes por alguien más inteligente, se resignará no sin antes dejarte claro que tú formas parte de la conspiración metafísica de los mediocres contra él, pero no te inquietes, no tardará en ir a buscar otra

alma gemela que pueda comprenderlo (si el alma está recubierta de dos buenos pechos... mejor).

El falso loco

Llegamos al «falso loco», que es el tipo más particular del mundo. El «falso loco» se caracteriza porque cree que ser alguien especial es hacer el mayor número posible de tonterías y sandeces en menos tiempo. Es de aquellos que manifiestan su amor colgando una pancarta en medio del acueducto de Segovia o que le cantan el *Only you* a

través de la emisora de su pueblo o que le intentan seducir bailando un cancán en el restaurante cuando van a servir el chuletón. Son, qué duda cabe, simples excéntricos que creen que lo que hacen sólo ellos son capaces de hacerlo. Pertenecen a la especie del creativo, pero están muy abajo en la genealogía, justo al lado del arquetipo «soy un puto genio». La ventaja que tiene el «falso loco» en el primer encuentro es que lo vemos venir de lejos (no todo el mundo se pone una hoja de lechuga en la chaqueta a modo de pañuelo...), y el inconveniente, que su tontería no se quita ni con fármacos ni con la edad (se puede encontrar falsos locos

adolescentes pero también en fase andropáusica). Si bien su umbral de payasadas tiene límite (no olvidemos que es un loco impostado), este límite está muy arriba y no son fáciles de desalentar, mucho menos si les acompaña algún estimulante químico o conductivo (como reírle las rarezas). Lo que más les gusta que les digan es: «Qué loco estás, cariño», eso los vuelve locos de verdad, y en la interacción sexual tampoco acaban nunca de abandonar el papel, especialmente en los preliminares o tras el orgasmo. Salvador Dalí era uno de ellos, además de ser de verdad un tipo genial, y se cuenta que en su primera cita con Gala, la recibió

desnudo, untado con excremento de cabra y con un pan en la cabeza. Si no huye despavorida después de esto, pensaría Dalí, se quedará conmigo para siempre, razonamiento brillante de una mente lúcida, pues como él mismo decía: «La única diferencia entre Dalí y un loco es que Dalí no está loco». Pero no esperéis encontraros a Dalí, pues lo más probable es que sólo os encontréis con un «falso loco».

El gracioso

Y para acabar, que tampoco es mi

intención desanimaros sobre el género de enfrente, nos encontramos con un prototipo bastante frecuente: el gracioso. Ja, ja, ja... y ja. Leí, no hace mucho, un artículo procedente de una prestigiosísima universidad norteamericana (como siempre...) en el que unos investigadores habían llegado a la conclusión de que lo que más valoramos las mujeres de los hombres en una primera cita es que nos hagan reír (mientras que lo que ellos valoran más de nosotras es que les riamos las gracias... ja, ja, ja y ja). Lógico, pues ya dijo el sabio que la distancia más corta entre dos personas es la risa. La risa, querida amiga, genera complicidad y

sentido de grupo y es en sí misma una manifestación de gozo, por lo que no es de extrañar el resultado de taaaaan sesuda investigación. Eso lo sabe cualquier hombre, pero lo que no todos saben es que, a menos que una tenga la risa floja, hacer reír no es fácil. Ahí es donde aparece nuestro gracioso. El gracioso es un tipo que, por una vez que nos hace reír, tenemos treinta en las que nos preguntamos: «¿Qué coño hago yo aquí con éste?». Suele disparar mucho más con cartucho que con bala, y por tanto, en cuanto a ocurrencias, prefiere la cantidad a la calidad. Sus bromas, no lo dudéis, ya habrán sido, al menos en el repertorio base, contadas

una y mil veces a otras chicas, y aunque parece tener buena memoria, pues chistes no le faltan, veréis que pasados los tres o cuatro primeros encuentros, empieza a repetirse. Para seducirlo es mejor la sonrisa que la risa y hay que procurar no reírse a carcajadas más de dos veces por hora (o creerá que te ríes con cualquiera). Su mejor recompensa, y ahí le doy la razón al estudio, es que nos mostremos receptivas a sus gracias. Si lo que nos dice no nos resulta divertido, no nos riamos: es mejor eso que falsear nuestra risa. El gracioso creerá que no hemos cogido la doblez al chiste y seguirá perseverando. No intentemos ser más graciosas que él, pues nadie lo es.

No nos ofendamos si vemos que quiere ser gracioso con otras, pues es su única herramienta de seducción, sino al contrario, apoyémoslo y animémoslo pues eso le creará la sensación de que estamos hechos el uno para el otro. No le preguntemos nunca si es posible hablar con él en serio, pues a estas alturas ya deberíamos saber que no, y, además, le estamos faltando en lo más íntimo.

La lista de patrones de farsantes puede ser mucho más extensa (faltan, entre otros, el paternalista, el tímido o el vividor), y seguro que a lo largo de vuestra existencia os habréis topado con

alguno de estos estereotipos. Una mujer no puede considerarse como tal si no ha tenido al menos a un gilipollas (o dos) entre las piernas. En cualquier caso, recordad, queridas amigas, que la enumeración precedente no es un resumen de cómo son los hombres sino de cómo son aquellos que no tienen ni siquiera una mala personalidad con la que taparse las vergüenzas... Y luego están los que cumplen el estereotipo pero son de verdad (estos «verdaderos» son, en la mayoría de los casos, mucho peores...).

3

Mujeres más o menos fatales

Una de las muchas cosas de las que se preocupa la filosofía es del porqué y del cómo conocemos. Desde luego que resulta natural, a poco que una tenga más vida interior que un yogur bio en el estómago, el interesarse por estas cuestiones que abarcan desde la naturaleza del conocimiento, los mecanismos que nos definen como

entidades que conocen, hasta si lo que conocemos guarda relación con la verdad. La rama de la filosofía que se ocupa de estas cuestiones se llama «gnoseología», aunque también se la conoce con el nombre de «teoría del conocimiento». Pues bien, hay una máxima de esta disciplina que suelo aplicar con frecuencia y que me parece enormemente interesante. Dice así: «Sólo lo semejante conoce lo semejante». Es decir, sólo si uno participa en sí mismo de algo puede conocer lo mismo de otro; si tuviéramos delante algo que no tiene absolutamente nada que ver con nosotras, no podríamos conocerlo (posiblemente ni verlo), o

dicho de forma más sencilla y con un ejemplo: si a ti te atraen los tontos es porque la tontería forma parte de ti. Este último ejemplo explica bastante bien por qué las personas geniales suelen ser poco reconocidas (pues la mayoría de la gente no participa de la genialidad y, por tanto, no la identifica) mientras que multitud de famosos y de gente de éxito son fundamentalmente mediocres (pues la mediocridad sí es reconocible e identificable por la mayoría).

**¿CÓMO SABER SI SOY
GILIPOLLAS O NO EN LA**

SEDUCCIÓN?

Con este breve preámbulo, lo que quiero decir es que, centrándonos en cuestiones de seducción, si sois, aparentáis u os comportáis de una determinada manera, atraeréis a un determinado grupo de presas (aquellas que, de alguna manera, participan de vuestra condición) y no a otras. En ocasiones esto resulta duro de admitir, pues si una echa la vista atrás y se da cuenta de que por su lecho han pasado muchos más gilipollas que gente verdaderamente interesante o que hemos detectado demasiados tipos geniales que al final no eran más que gilipollas,

nuestro propio ego puede resentirse. De inmediato una se pregunta: «Entonces, ¿soy yo también gilipollas?». Probablemente, la respuesta es que sí, aunque existen atenuantes, como que en ocasiones nos consuela más un tonto que la soledad, o que las personas geniales no abundan ni posiblemente estén para meterse con facilidad en cama ajena, o que podemos ser extraordinarias en algunas cosas pero quizá no en todas.

Por todo ello me parece oportuno que, si hicimos una tipología de los estándares masculinos para saber qué nos encontraríamos en cada ocasión y cómo seducirlos (en caso de que quisiéramos), quizá sea pertinente

también confeccionar una tipología de nosotras, puesto que, de identificarnos con alguno de estos patrones, quizá podamos entender por qué atraemos a cierto tipo de personas.

Como ya expliqué en el capítulo dedicado a los hombres, hay dos maneras de encajar en estos moldes: de verdad o simulando. Si el reflejo es de verdad, es decir, si somos así, poco podemos hacer, pero si lo que estamos es representando un papel (cosa que una no siempre sabe) porque creemos que es el que mejor se adapta a nuestros actos y el que más éxito social nos proporciona, quizá sí podamos refinarlo, mejorarlo o simplemente huir de él. Si no encajas,

querida amiga, en ninguno de ellos o tienes pizcas de algunos o de todos que utilizas a voluntad, ¡mi enhorabuena! (Los humanos no encajamos en perfiles... eso lo hacen las puertas correderas).

LOS PATRONES FEMENINOS

La petarda

Con la que con más frecuencia me topo

en los últimos tiempos (seguro que es culpa mía) es con la del perfil de la gran impostora, la «petarda». La petarda suele ser una chica que, no siendo nada, opta por no ser nada (o dicho de otra forma, la mejor manera —y esto lo saben muchos cómicos— de no parecer tonto es hacerse el tonto). Me explicaré. Es la comediente que se hace la *cool* fingiendo que lo más *chic* es estar *au-délà*, o que estar «colgada» es lo más *trendy* del mundo (cuando en realidad alguien que no está en ningún sitio no puede estar más allá de ese sitio). Me explicaré mejor. Se trata de la yonqui glamurosa. Cuando te la presentan, le gusta mirarte con ese aire

de «Ah, un humano» y soltar una frase epatante que en realidad ni suele ser sorprendente ni suele ser frase. En su deambular lingüístico emplea palabras como «Kierkegaard», «serendipia» o «nihilista», junto a procacidades y términos muy de moda, pues su ideal intelectual es el de mostrarse como una mujer que llegó a este estado por un exceso de neuronas y no por una carencia de ellas. Aunque muchas petardas se dedican a cuestiones «artísticas», acostumbran a mostrarse torpes con las manos, extraordinariamente torpes, y les suele hacer gracia echarle encima el vaso de cerveza cuando se levantan y se pisan la

falda hawaiana. Todo les resulta frívolo (salvo, naturalmente, ellas mismas), insustancial y ya visto. Su vestuario refleja con autoridad la empanada mental de su cabeza; así, el eclecticismo (por llamarlo de alguna manera) en el que no falta alguna imagen de un dios hindú mezclada con zapatos de Louboutin pasando por alguna enagua de abuela comprada en el rastro, es su rasgo dominante. No es que pretendan esconder su personalidad, no, es que quieren mostrarlas todas. La petarda, que supongo se denomina así porque siempre está estallando en fuegos artificiales pero no dinamita nada, tiene un gran objetivo en la vida: la fama.

Pero no una fama cualquiera; la fama que se consigue rápido y sin hacer nada, la fama del «sólo por estar».

Lo que más seduce a la petarda es que le presten atención y la consideren interesante, además de que le hagan preguntas trascendentes y le saquen fotos. Su punto más flaco son las drogas y la tontería, pues cuando se pone no suele tener límite para ninguna de las dos cosas.

El público masculino que la petarda puede pescar (el público femenino suele limitarse a otra petarda) suele ser el de aquellos hombres que, o bien la ven fácilmente manipulable y, además, ella tiene algo que les interesa (como en el

caso del canalla, pero del verdadero), o bien se han creído algo de lo que ella les ha dicho y no saben que tras la máscara sólo encontrarán otra máscara y así sucesivamente (con lo que, con probabilidad, la petarda pillarà al intelectual, pero al falso), o bien no prevén que la relación acabará como el rosario de la aurora (en tal caso cabe recordar que siempre hay un tonto en cada pueblo).

Si eres una petarda y no lo puedes evitar, tranquila, y no te enfades conmigo, hay muchas como tú que han obtenido fama internacional (y hasta alguien que las quiera). Si no lo eres pero lo simulas, pásatelo en grande o, de

lo contrario, huye del personaje antes de que te devore entera. Si estás dudando entre la petarda u otro estereotipo, a ver qué te parece éste: «o sea, la pija».

La «o sea, la pija»

La «o sea, la pija» (a la que llamaremos de aquí en adelante «la pija» a secas) goza de una característica discursiva fundamental: la vacuidad. A ella no le interesa decir nada, ni profundizar en nada, ni preguntarse nada (salvo si Borja Mari tiene ya su nuevo coche o si el borgoña le queda mejor que un tono

soft en las uñas). Comparte con la petarda la frivolidad de la que no está en ningún sitio. Al contrario de lo que se cree, la pija no es necesariamente una mujer adinerada, aunque sí quiere aparentarlo. Tampoco se distingue por las acciones que ha llevado a término (que si un viaje en globo por el Serengueti, que si tomarse unas copas en el local más *in...*), sino por las que sueña con hacer y por las que transmite. A la pija sólo le interesan las personas que pueden proporcionarle sus sueños y en ningún caso alguien que se los cuestione. Por lo general, sus suspiros se decantan por hombres maduros, económicamente más que solventes, a

los que su edad no les impida resultar atléticos, muy limpios, sexualmente higienizados y que sean tan banales como ella.

Las pijas son, qué duda cabe, fáciles de reconocer. Vistiendo, parecen el escaparate de una *boutique* de moda; a lo reseñado de su discurso se añade una incapacidad por perseverar en alguna idea («Ay, no sé, no me agobies») y poseen, tengan la edad que tengan y vengan de donde vengan, una fonética muy peculiar que les hace alargar las vocales («¿Qué me diiiiiices?») y proferir palabras con un tono entre nasal y gangoso. Hablando apenas si se alteran (alterarse supone profundizar un

poco), pero cuando se muestran disconformes, lo hacen con muchos aspavientos, agitando sobremanera las manos y agudizando su tono de voz (pero todo esto les dura poco, pues lo que quieren fundamentalmente las pijas es divertirse, y enojarse no les resulta divertido, sino vulgar).

Sexualmente, la pija tiene dos discursos: uno verbal, en el que utiliza muchos eufemismos, se escandaliza, se sorprende con facilidad y se muestra pacata, aunque puntualmente pícara, y otro discurso de acción (cuando interactúa sexualmente) en el que parece que toda la tontería ha desaparecido y en cambio ha sido poseída por algún

espíritu maligno (vamos, que una espera que la cabeza empiece a darle vueltas sobre su eje y que todas las guarradas que te está diciendo las puede repetir en arameo antiguo).

En ningún caso es fácil creerlas cuando manifiestan un sentimiento, el que sea. No es que no tengan un corazoncito, es que es sólo suyo. Suelen ser presas fáciles de los cazadores de pijas (una subespecie tipológica de hombres, en la que se incluye el *playboy*, que sabe engatusarlas con mentiras y promesas). Las pijas no es que busquen a un padre, lo que buscan es la cartera de papá.

Sin embargo, hay que saber

diferenciarla de la tipología de la «hija adoptiva», que no quiere la cartera pero sí todo, absolutamente todo, lo que la cubre.

La «hija adoptiva»

La «hija adoptiva» se pasa la vida como Marco con su mamá, pero en versión femenina. Es de esas seductoras absorbentes que, como la dejes entrar, te vas a echar una hija encima y va a intentar manipularte para que le des todo lo que ella quiere, especialmente vivencias emocionales, pero también

cuestiones de organización, de orientación y de cuidados. La «hija adoptiva» suele mostrarse dura de entrada, como una mujer fuerte a la que la vida ha sometido a envites extraordinarios pero que, por fortuna, ella ha sabido superar. En las primeras fases de seducción acostumbra a mostrarse amable, cooperativa, risueña e incluso decidida... hasta que llega el momento de la primera lágrima (en esto se parece bastante a otro perfil típico, que es el de «la llorona»). Entonces es cuando hay que decidir si se la adopta o no. En caso de que se opte por lo primero, pronto se sufrirán los primeros síntomas de su voluntad de aislar a su

presa (la «hija adoptiva» te quiere sólo para ella), los lamentos e impropiedades contra el mundo irán en aumento y lo que antes era un favor acabará convirtiéndose en una obligación. Con su gran capacidad de manipulación, siempre infantil, combinará con maestría su cara de niña buena con los más crueles reproches. Además de la necesidad de ser adoptada, este patrón tiene otro carácter fundamental: es una niña. Por madura que haya podido parecer en el proceso de seducción, su condición de niña surgirá como flota un corcho en el agua; caprichosa, pueril en la gestión de sus emociones y absorbente como una compresa extra

«súperfluo», todo tendrá que hacerse como, cuando y de la forma que a ella se le antoje. En el sexo también. Pasará con facilidad de ser tierna a ser fría y experta, del mismo modo que pasará de ordenar a suplicar, pero si uno se detiene un momento (si las obligaciones de padre, abuelo... y muy señor nuestro se lo permiten), se verá que todo sucede a su dictado. Suele seducir con facilidad a tipos con perfiles paternos o decididamente mimos, así como al «romántico» (al que también llamamos «el que se encoña»), pero el gran peligro que corre es que caiga en manos de un canalla verdadero. En ningún caso se llevará bien con el «atormentado»

(para atormentada ya está ella...). Es muy difícil —sirva esto como aviso a «navegantas»— encontrar a un tipo que quiera adoptar a hijas que ya hace tiempo dejaron de mamar (de la madre, por supuesto), por lo que este perfil suele estar condenado al fracaso en sus relaciones; lo mejor que te puede pasar es que te topes con una buena persona, pero llegará un día en que esa buena persona pida una prueba de paternidad...

La «Peace and Love»

Si lo que se quiere es buen rollo, nada mejor que toparse con una «*Peace and Love*», que viene a ser algo así como la adaptación lánguida de una verdadera *hippy*. Su sonrisa franca inagotable, su colgante con el yin y el yang, su vestidito suelto y estampado, sus ojos como extraviados en el mejor de los mundos posibles y su vocecita delicada que nunca quiere molestar (ni siquiera al discurso) son garantía de haber acertado en la diana: uno acaba de toparse con una «*Peace and Love*». Me contaban, no hace mucho, la siguiente anécdota de un entrenador de fútbol argentino: ocurrió que, durante un partido internacional y siendo él entrenador de un equipo

español, le tocó competir con un equipo inglés. En un momento del encuentro, un jugador de su equipo realizó una entrada muy dura sobre un jugador rival. Los comentaristas ingleses que retransmitían el partido se escandalizaron, pero pronto se calmaron al comprobar que el entrenador argentino se dirigía a su jugador gritándole repetidamente: «*¡Peace and Love!*». El *fair play*, ante todo. Esa reacción emocionó a los comentaristas ingleses y les sirvió para halagar las dotes humanas del argentino. Desde los televisores españoles, la reacción fue bien distinta cuando, por entender el idioma del entrenador argentino, se supo lo que realmente le

pedía a su jugador: «¡Pisálo, pisálo!». (Ya lo sé, el acento está mal puesto, pero estoy imitando al argentino...). Esto es lo mismo que sucede a menudo con el perfil de la «*Peace and Love*», que en realidad es un mal bicho de mucho cuidado que esconde su mala leche bajo el disfraz de estar a favor de la paz en el mundo. Lo cierto es que su optimismo y vitalidad pueden ser sólo una apariencia pública, un modo de estar en sociedad que nada tiene que ver con cómo actúa en privado. Aunque nos invite a mil manifestaciones contra el cambio climático y la globalización, la realidad es que ella no se implica en nada. Parece que lo hace y que se

contenta con vender pulseritas en los mercados, beber leche de soja y comer el tofu de los cojones, pero en verdad es que ni con el hambre en el mundo ni con los hombres es capaz de comprometerse. Para ella, el mundo es el mundo más ella, y en estepreciado esquema no caben terceras personas (aunque una comuna sí... en el fondo eso es una manera de sociabilizar sin implicaciones, ¿no?).

Por eso ella nunca seducirá, sino que se dejará seducir. Y la mejor forma de conseguirlo es mostrar el mismo interés sin compromiso por las grandes cuestiones de la vida. Hacer muchos planes, vertebrar muchas utopías y,

después, seguir haciendo muchos planes. (Decía Mafalda en una viñeta de Quino: «¿Y si en lugar de planear tanto voláramos un poco más alto?»).

Encarna el sueño del prototipo masculino del «atormentado» y también puede pescar a algún que otro intelectual (falso, tan falso como ella). En las dulces artes del fornicio, acostumbra a seguir mostrándose esta falta de compromiso. De modo que es posible que, mientras un hombre esté batiéndose el cobre por hacerla gozar, ella esté pensando en las musarañas (para salvarlas de la explotación capitalista, naturalmente). Es en gran medida una de las dos imposturas que mejor ambiente

forman, conjuntamente con el prototipo de «Antoñita la fantástica» (para quien todo lo suyo es lo mejor del mundo y nada la hace más feliz que haberse conocido).

La «femme fatale»

Y me guardo para el final la más compleja de estas tipologías y la más opuesta a las dos anteriores: la «*femme fatale*». Una de sus primeras complejidades es que, al contrario que todos los anteriores prototipos, la mujer fatal es raramente una impostora, pues el

refinamiento, lo literario y lo compuesto de su personalidad no pueden imitarse sin caer en el ridículo. Si nos encontramos con una «*femme fatale*» es más que probable que lo sea de verdad, y esto es importante saberlo porque nada podremos hacer por corregirla ni nada va a salvar a los hombres de ella si caen en sus redes. Decía el escritor Julien Gracq que «si la literatura no es un repertorio de mujeres fatales y criaturas de perdición, no debería tener interés para el lector». La «*femme fatale*» es dueña de algo nuestro antes siquiera de que se lo entreguemos; es dueña de nuestro fin. Ella es la dama del abismo, la que nos llevará indefectiblemente

hacia él. Es posible que se vaya a hundir con nosotros, aunque normalmente no ocurre (eso es algo que sólo queremos creer), porque ella acabará remontando el vuelo justo antes de la colisión definitiva. La mujer fatal no seduce, embruja (como la mirada de las gorgonas). Todo en ella —su voz, sus gestos, su seriedad, su ausencia de límites, su seguridad y autoridad— nos lo está advirtiendo desde el principio: si vienes conmigo me acompañarás al infierno. Pero el seducido ya se ha quedado petrificado nada más verla. Las presas de estas mujeres son cualquier ser humano; pero, en el caso de los hombres, resultan especialmente

vulnerables los intelectuales (los verdaderos, mientras más verdaderos más vulnerables) y los canallas (los verdaderos, mientras más verdaderos más vulnerables). Los demás suelen servirles de mondadientes (para quitarse los restos de los últimos «demás» que han pasado entre sus fauces y que siguen lamiéndose el mordisco). La «*femme fatale*», además, no engaña; si a un hombre le parece que tiene a una delante, no se equivoca, y nunca le prometerá nada diferente de lo que él ya sabe: su dominio, el abismo.

Sexualmente, son volubles: apasionadas y carnales cuando les parece, o indiferentes y distantes cuando

toca (por más que las toquen). Exóticas, *sexies*, inteligentes e inalcanzables (aunque no necesariamente bellas), en la seducción siempre, siempre llevarán la iniciativa (por más que en ocasiones les ríen alguna gracia), pues ésa es su fatalidad: su capacidad de manipulación.

Como nos ha pasado con los hombres, ni están todas las que son ni son todas las que están. Afortunadamente. Pero, insisto, mi único propósito al reseñar estas listas y algunas de sus particularidades es el de preveniros, queridas amigas, de caer en un estereotipo. Los estereotipos sólo

encontrarán compañía en otro estereotipo del que, a poco que agucemos la inteligencia, conoceremos de antemano lo que nos espera. Y como pasa con los chistes, mejor que al principio no sepamos el final (para poder decir: ja, ja, ja).

4

Vestirse para poder desvestirse

Con este breve capítulo no pretendo enseñaros a vestiros, pero hay cosas básicas que habría que tener en cuenta a la hora de seducir. No os engañéis. Los hombres no suelen enamorarse de vuestra personalidad, de vuestra belleza interior, de vuestro gran carisma, al primer encuentro. No. Suelen enamorarse de vuestras tetas, de vuestro

trасero; en definitiva, de vuestro físico, y de la imagen que proyectáis. Si no estáis arregladas para resaltar lo que tenéis de más valor, no os van a hacer ni caso. Ésa es la cruda realidad. El hombre es particularmente sensible a lo que ve. La vista es uno de los sentidos que más usa.

Cualquiera que os diga lo contrario miente. O bien para levantaros el ánimo, o bien porque es un/a hipócrita. O quizá porque sois vosotras las seducidas en manos de un seductor que sabe muy bien manejar a las mujeres con sus mentiras, con el único objetivo de... llevaros a la cama.

Pero resulta que en este libro de lo

que se trata es precisamente de lo contrario. Que seáis vosotras las seductoras y que os llevéis a la cama a quien os apetezca y no a quien se compadezca de vosotras. Por lo tanto, lejos de poneros a lloriquear frente al espejo, os aconsejo que sigáis leyendo lo que sigue para que nunca más seáis las víctimas de un encantador de serpientes.

VESTIROS PARA PONEROS EN VALOR

No se trata de poneros minifaldas,

escotes hasta el ombligo, ni teñiros de rubia. Sería contraproducente y, salvo excepciones, acabaríais pareciendo unos auténticos adefesios. No se trata de seguir al pie de la letra la moda que aparece en las revistas. La moda no es para seguirla. Es para que os dé ideas a fin de crear vuestro propio estilo. Ponerse en valor es saber lo que os sienta bien, no copiar a Paris Hilton (que, dicho sea de paso, tiene un gusto pésimo; lo siento por ella, pero siempre me ha parecido una ordinaria). Ponerse en valor es saber mostrarse *sexies* sin que se note que os habéis preparado para eso. Es así de sencillo y así de complicado.

En este proceso, la intuición adquiere una vital importancia y os diré que deberíais hacerle mucho caso (más que a vuestras amigas que siempre quieren echaros una mano... porque vuestro gusto no es el gusto de ellas, necesariamente).

La elegancia y el buen gusto están siempre en la sencillez. Hazme caso. No hace falta «recargarse». Demasiada sofisticación asusta a un hombre, y un marcado erotismo en el vestir, también. Una cosa intermedia es lo que suele funcionar mejor. Por lo tanto, el famoso dicho «antes muerta que sencilla» no siempre es cierto, al menos en la primera toma de contacto. La

sofisticación recargadísima es una forma errónea de desviar la atención hacia lo que tú eres realmente. Así que no caigas en ella.

En cuanto al maquillaje, es imprescindible que lo uses... con moderación. Maquillarse es un arte y los grandes te dirán que una mujer está bien maquillada si se la ve radiante de una manera natural. No abuses del carmín rojo sangre, ni de las sombras de ojo estridentes. Usa tonos pastel que, además de dar naturalidad, quitan años (te lo digo por experiencia...).

LA LENCERÍA

Me acuerdo de una frase que mi suegro, Federico de los Santos, soltó un día, sin esperárnoslo: «La de planes que me he perdido por no cambiarme los calcetines...». Evidentemente, se trataba de un chiste.

Durante el proceso de seducción, las mujeres damos una exagerada importancia a la ropa interior, pensando que el cuerpo tiene que estar muy «adornado» por lencería *sexy* para que nuestra presa se vuelva loca. Es en parte cierto, pero también en parte falso. Entonces, ¿en qué quedamos? ¿En el

ejemplo de mi suegro con los calcetines? No, tampoco es eso...

Todas tenemos defectos, y hay partes de nuestro cuerpo que no lucen bien cierta lencería, sino al contrario, pueden ponerlas aún más en el punto de mira. Algunos ejemplos:

- Lo estridente nunca ha casado muy bien con la seducción delicada. Opta al principio por lencería blanca. Lo virginal siempre gusta. Más adelante, te podrás permitir mostrarte más atrevida.
- No descartes usar la típica camiseta y los calzoncillos de hombres. Gusta muchísimo este

look informal y adolescente (basta con ver a los hombres que babearon al contemplar las imágenes de la *top model*, Bar Refaeli, con ropa interior masculina).

- Si tu presa toma la iniciativa y te pide que la próxima vez te pongas medias, ligeros, etc., no obedezcas. Estarás a su merced. Crea un pequeño conflicto (siempre va bien) para poner las cosas en su sitio y que se sienta culpable, y cuando volváis a encontraros, ponte lo más sencillo del mundo para que sepa que tú llevas las

riendas. Este gesto te hará aún más deseable. Si se pone borde y te reprocha que no le hayas hecho caso de lo que te pidió la última vez, no dudes en mandarlo a paseo. Porque cuando hayas acabado de enseñarle tus modelitos, ¿qué harás?

- Cuidado con el trikini (versión lencería): no nos engañemos. Sólo está reservado para *top models* y mujeres con cuerpos esculturales. Y somos mujeres normales. El trikini consigue lo que otros bañadores no consiguen: hacer que la chicha desborde por todos los

costados. Y tenemos 2,5 metros cuadrados de piel... ¿De verdad te apetece situarte en el chiste de Forges en el que se ve a una pareja en la playa (un hombre y una mujer gorda) y pasa una señorita de buen ver y el hombre le dice a un amigo: «Aquí una mujer, aquí mi señora...»?

- Cuidado con la ropa interior exageradamente *sexy*: muchas veces suele asustar, sobre todo en la primera cita, y suele desvelar tus intenciones. Eso te puede valer un gatillazo de primera magnitud y la desaparición repentina de tu

amante. No quemes las cartas de manera rápida, ir poco a poco y crear en cada encuentro un efecto sorpresa da mejores resultados. Seducir es sorprender cada día y mantener el suspense.

- Más que deslumbrar con lencería carísima por centímetro cuadrado (como decía mi padre...), se deslumbra intelectualmente (una vez sepas que le gustas).
- Una mujer es bella no por lo que lleva sino por lo que se quita (creo que es un refrán, o una frase de alguien, pero no me acuerdo de quién... Bueno, da igual).

- Cuando realmente sabes que falta poco para que tu nueva conquista se convierta en tu «alfombra» donde te secas los pies, juega con él en un sitio público y no te pongas nada debajo.

¿Y QUÉ HAY DE ELLOS? NO TE CORTES EN OBSERVARLES

Algunos hombres quieren sorprender. Por desgracia, pocos saben hacerlo bien. No tienen este talento innato que

tenemos las mujeres para sobrevivir a cualquier circunstancia, y por eso es probable que un día te encuentres a un hombre con un tanga de leopardo (no estoy exagerando, lo he vivido...). Pasa a menudo con aquellos hombres de gimnasio, de músculos falsos pero enormes y de cerebro más pequeño que la próstata de un niño... Huye inmediatamente. Porque, además, serás la enésima mujer que le ve en paños menores... Seguro que tiene este tipo de actitud con todas y que su armario está repleto de tangas «marcapaquete» tipo «vacaciones en Honolulu». Si es capaz de ponerse eso en la intimidad, dará la nota en las playas en verano. A este tipo

de amante del que tienes que huir sin contemplaciones, por mucho que parecía gustarte al principio, se le suele llamar «chulopiscinas».

Huye también del amante que se descuida en exceso. Además, no tenéis nada que hacer juntos. Mientras tú estás preparando tu estrategia para un encuentro íntimo, él no repara en algunos detalles y se pone aquellos *slips* blancos ya amarillentos cuyo elástico se ha estirado a tal punto que la visión desde atrás de que lleva algo en el fondo o que se van a caer en cualquier momento es absolutamente patética. Tienes que cuidar tu ropa interior pero, a la vez, no dejar de observar la ropa

interior de tu amante. Suelo hacer algo que puede chocar a muchas: cuando la presa duerme, cojo sus calzoncillos, los observo y los huelo. Sí, los huelo. Los olores hablan por sí mismos y tienes todo el derecho a comportarte como un gato que quiere elegir a sus dueños. Así que no lo dudes. Seguramente él hará lo mismo contigo.

¿QUÉ LLEVAR EN TU BOLSO?

Lo que lleves contigo, aparte de la lencería y la ropa que te adorna, tiene

igualmente importancia. Por ejemplo: ¿has pensado en llevar unos preservativos, junto a la barra de labios, el peine, el móvil y el pequeño espejo de bolsillo? ¿No? Pues es un olvido grave. Aunque te desaconsejo pasar la primera noche con tu amante (NUNCA, en el proceso de seducción, debes pasar la primera noche con tu presa), los preservativos son absolutamente imprescindibles. ¿Sabías que somos nosotras las que solemos comprar los condones? ¿Y por qué? Porque algunos hombres no son tan previsores y, si surge una noche de pasión, improvisan sobre la marcha. ¿Te ves pasando la noche en busca de una farmacia de

guardia? Corta el morbo a cualquiera. En cambio, si los llevas tú, todo fluye de manera natural, y así te evitas el primer disgusto de: «Este tipo es un desastre».

Con respecto a qué clase de preservativos deberías comprar, eso lo dejo a tu criterio. Pero quizá sepas que en el mercado existen tantísimos... Sin embargo, diferenciaría claramente entre el preservativo de toda la vida (el que se pone el hombre) y el preservativo femenino (poco conocido porque tampoco se ha hecho mucha publicidad; además, tiene un coste bastante más elevado). Para mí, este último es el método profiláctico más seguro. Se trata de una delgada funda que se ajusta a las

paredes de la vagina y se puede llevar puesto hasta ocho horas. A diferencia del preservativo masculino, no queda ajustado a tensión y gracias a la humedad y la temperatura propias de la vagina, se adhiere cómodamente y su presencia es casi inapreciable. Asimismo, suele cubrir los labios de la vulva, con lo cual también protege esta zona tan delicada, mientras que el condón de toda la vida no suele tener esta ventaja. Puede parecer muy aparatoso al principio, pero una vez te hayas hecho con él, es sencillo de usar. Cuenta con otra ventaja: está hecho de poliuretano, es decir, de un material más resistente que el látex, y por lo tanto se

evitan las reacciones alérgicas en personas que no toleran el látex. De modo que ya no habrá excusas del tipo: «Soy alérgico al látex», o: «Con un condón, no siento nada». (El condón femenino da la sensación al hombre de que no lleva ninguna protección. Y de hecho es así. Eres tú quien la lleva).

Tenlo en cuenta. Y no te asustes a la hora de experimentar con varios tipos de profilácticos. Ya encontrarás el que mejor se ajusta a ti...

¿Y QUÉ HAY DE LOS JUGUETES SEXUALES?

Existe la creencia de que una mujer con las ideas claras y una sexualidad libre tiene que tener en su bolso o en su mesita de noche unos cuantos juguetes sexuales. De lo contrario, no puede considerarse como tal. Yo no estoy de acuerdo. Y lo siento por las tiendas eróticas. Esto sólo demuestra que el sexo se ha comercializado pero no que se ha liberado. Hacerse con todo el muestrario de lo último en *sex toys* es una tontería. Es puro *marketing*. El sexo se ha convertido, hoy en día, en un objeto de consumo más. Eso no significa que no te puedas hacer con un pequeño vibrador si te apetece.

Ahora bien, si sois de las que

compran siempre el vibrador de última generación, igual a como se renueva un móvil por puntos, y ya lleváis unos cuantos «modelitos» de juguetes sexuales esparcidos por la casa (¡ay, los niños! Siempre dejan sus juguetes por todas partes y luego toca recogerlos...), os aconsejo que los tengáis bien guardaditos si lleváis a vuestro amante a casa. No porque dé vergüenza tener estos objetos. En absoluto. Sino porque a algunos hombres no les gusta la competencia (ya lo sé... hay que ser tonto para ver una amenaza en un vibrador, pero muchas veces es así...). De modo que mejor ir poco a poco y sacarle información (a vuestro amante,

no a vuestro vibrador...) sobre lo que piensa de estos objetitos. Ya tendréis tiempo de sacarlos en su debido momento...

5

Darse el filete

EL BESO HABLA MÁS QUE UNA COTORRA...

Empezaré por una curiosidad lingüística que a muchas puede dejaros indiferentes pero no a todas las que os estáis iniciando en el francés (en el idioma, no en lo otro). En mi lengua materna, al beso como sustantivo se le denomina

baiser, pero a la acción de besar se la llama *embrasser*. Si nos equivocamos y decimos *baiser* para «besar», lo que estaremos proponiendo no es un beso sino directamente follar. Y es que «beso» y «eso» tienen, al menos para una francesa, mucho en común. Por ejemplo, comparten una cuestión fundamental: el beso y la interacción sexual son extraordinarios sistemas de análisis de nuestra compatibilidad con el otro.

Decía el escritor Guy de Maupassant: «El beso es la manera más verdadera de callarse diciéndolo todo», y tenía mucha razón porque el beso nos aporta una cantidad ingente de

información sin necesidad de decir palabra (aunque haya que abrir la boca...). ¿Por qué creéis, queridas, que en los primeros tiempos de una relación, los amantes se besan (y follan) tanto? Pues sobre todo porque, literalmente, se están probando, se están chequeando bioquímicamente sin descanso para ver si lo suyo puede tener una proyección en el tiempo.

Que los besos y los polvos disminuyan, y esto es importante saberlo, no refleja de manera indefectible una pérdida de amor entre los miembros, sino más bien que ya han pasado los exámenes oportunos que los titulan como pareja oficial (los amantes

ya están licenciados en largos recorridos). Pero sucede que este hecho tan sencillo, mucha gente no lo sabe, y cuando su pareja le toca o le besa menos, tiende a pensar que se debe a que ya no le quiere, y es justo en ese momento cuando, por creer esto, empiezan los problemas. Interpretar algo como una catástrofe y no como lo que es, suele acabar produciendo dicha catástrofe.

Pero volvamos al análisis. El hecho de que estemos analizando algo no significa que nos demos cuenta de que lo que estamos haciendo es exactamente eso, analizarlo. Tendemos a creer que un análisis es un acto racional en el que, a

través del intelecto, se valoran los pros y los contras para luego decidir. Sin embargo, nuestra vida está de continuo repleta de análisis (el simple hecho de mirar ya es un juicio) en los que intervienen factores distintos a los racionales y de los que no nos percatamos precisamente porque no prestamos atención a ellos (no los pensamos). Pero son de vital importancia en nuestras decisiones. ¿Por qué creéis que, por ejemplo en un paseo, sin que haya un motivo aparente, cambiamos de acera o nos detenemos en tal escaparate o bajamos la vista cuando nos cruzamos con alguien o pedimos un café con leche en lugar de una infusión,

etcétera? Pues, en las interacciones humanas, hacemos nuestras valoraciones normalmente a través de la mirada, en un primer momento (ya hemos dicho que mirar es en sí mismo establecer un juicio... no hay miradas inocentes ni miradas perdidas); después, mediante un breve diálogo que nos informe sobre el estado intelectual de nuestro interlocutor, y finalmente o simultáneamente a lo anterior, con un leve contacto físico, apretón de manos, golpecito en el hombro, un roce de nuestros labios en su mejilla que fracture los espacios individuales de cada uno de nosotros. En el caso de que esas valoraciones previas sean

satisfactorias y que la persona despierte en nosotras algo más que simple cordialidad, llegaremos al beso apasionado... Si al dar la mano demostramos que no estamos armadas, al besar, nos convertiremos en desarmadas.

DE INTERÉS PARA HIPOCONDRIÁCAS Y... DEPORTISTAS

Los moralistas antiguos, en su piadoso afán por clasificar todo del lado de Dios

o del diablo, tenían una curiosa clasificación de los sentidos. Había sentidos nobles, como la vista y el oído (los que mantienen la distancia con aquello tan temido de «la carne»), y había sentidos innobles (olfato, gusto y tacto). Lo que nos lleva a suponer que estos señores no se besaban mucho, pues precisamente estos tres «innobles» sentidos son los que intervienen en el beso.

El beso es fundamentalmente carnal (y por lo tanto «innoble») porque elimina todo tipo de distancia entre los amantes, de ahí que la vista devenga inútil (no podemos focalizar algo tan cercano) y optemos por cerrar los ojos

(la mirada no nos va a servir para realizar el análisis). Con el olfato pasa todo lo contrario, pues besamos sobre todo para olerlos (como decía un libertino del siglo XVII: «El “besamanos” es siempre un buen principio... porque te permite oler la carne»). Nuestros receptores olfativos y gustativos pueden detectar sustancias químicas que nos permiten, ni más ni menos, que podamos evaluar los niveles de testosterona, de estrógenos y hasta hacernos una idea del estado del sistema inmunitario del que besamos. Aunque claro, eso, como la vida y como cualquier intercambio de información, es una práctica que conlleva algunos

riesgos, pues un beso supone el «trasvase» de 40 000 parásitos, 250 tipos de bacterias, 9 miligramos de agua, 0,7 gramos de albúmina, 0,45 miligramos de sal, 0,711 miligramos de grasas y 0,18 gramos de materias orgánicas (no especificaré qué tipos de materia orgánica, pues algunas de vosotras podéis estar comiendo en estos momentos...). Quizá por ello no solemos besar con pasión al primero que pase (¿o sí?), y existe todo lo reseñado como preliminar del beso. Ahora bien, también conviene decir para los amantes del deporte que un beso en la mejilla activa 12 músculos faciales, y uno apasionado, 34, y mientras el

primero consume 4 calorías por minuto, el segundo llega a 25. Además, el beso es un poderoso elemento de sociabilización de gran frecuencia en el reino animal (aunque existen algunos tipos muy animales que no saben ni besar). De este modo, los caballos se olfatean la nariz en sus primeros encuentros, los primates directamente se besan, los perros lamen sus hocicos... ¿Por qué? Porque un beso *comme il faut* reduce los niveles hormonales de cortisol, es decir, que nos relaja, aumenta los de oxitocina, que es una hormona operativa a la hora de afianzar vínculos sociales, e incrementa las endorfinas (especialmente la dopamina y

la noradrenalina), responsables de nuestra bioquímica del placer.

¿CÓMO BESAR ADECUADAMENTE... INCLUSO CON MAL ALIENTO?

Por todo lo dicho, es importante que si el seducido nos interesa, el primer beso salga bien. Por cierto, ese beso húmedo y profundo se llama, entre otras muchas maneras, «beso francés», del mismo modo que «el francés» como

denominación erótica se refiere a la felación (y luego hay quien dice que los franceses sólo hemos inventado la guillotina y el bidé...). Es incluso más importante la buena resolución del beso que la del coito (el famoso *Kama sutra* le dedica más espacio al beso que al coito), pues al ser esta práctica erótica (la felación, señoras, la felación) mucho más performativa (requiere de mayor teatralización), resulta mucho más fácil de «enmascarar» en caso de que no salga todo lo magistral que esperábamos.

¿Cuál es, por lo general, la mejor manera de que el primer beso apasionado salga bien? Primero es

preciso saber que no se besa bien o mal sino adecuada o inadecuadamente, y se consigue sobre todo despreocupándonos de que salga bien. La naturalidad, aquí como en todos los órdenes de la vida, es una garantía de éxito. Intentar disfrazar un beso es como hacerse trampas en un solitario. Y no sólo denota un síntoma de inseguridad sino que además es inútil, pues nuestro *partner* se dará cuenta (aun sin ser consciente). No os camufléis el aliento con olores y sabores artificiales... chicles, colutorios... pues no enmascaran el auténtico sabor de tu bioquímica, y además le restan al beso su principal punto de interés: el sabor de vosotras mismas. Si sois fumadoras, que

se note en el beso esta circunstancia, y si acabáis de ingerir un alimento con un sabor fuerte (ajo, cebolla, etc.), intentad aplazar el beso un poco, y si no es posible, besad sin miedo (no olvidéis que cualquiera que os bese quiere saber mucho de vosotras y si lo que encuentra no le gusta, mejor ahora que con dos niños, hipoteca y fines de semana en casa de los suegros...). Como ya expliqué hace poco en un texto: «Nada, tampoco, de lenguas muy activas (para realizar una exploración de laringe ya está el otorrino), ni demasiado pasivas (que tienden a inducir al sueño)». Lo mismo vale con la salivación: un exceso puede resultar molesto pues obliga a

intervenir involuntariamente al oído (a ver cuándo se enteran los directores de Hollywood que el «chof, chof» es tan erótico como un calamar en su tinta...) y una exagerada carencia indicaría poco apetito por el otro (no se puede comer si no existe salivación). Es importante que tanto vosotras como vuestra pareja os beséis, es decir, que el beso sea un acto compartido en el que os intercambiéis las iniciativas sin por ello entrar en una pelea de gallos; no se trata de comprobar quién la tiene más larga (la lengua, claro), ni quién la enrosca mejor, ni quién llega más hondo (una cosa es el beso y otra, el vómito). El mordisco, y luego entraremos en estas cuestiones, en

caso de emplearse, debe hacerse con dulzura y conteniendo pasiones, pues toda la cavidad bucal (labios, lengua, etc.) es de una enorme fragilidad, y lo que en principio puede parecer placentero, el día después puede transformarse en un recordatorio de nosotras demasiado incómodo. Y por último, y sin querer coartar vuestra espontaneidad, os informo de que existen dos zonas en la boca especialmente receptivas (lo cual significa que, por eso mismo, requieren maestría en su estimulación): la comisura de los labios y el paladar.

BÉSAME MUCHO... PERO NO ME ENGULLAS

Hemos hablado antes de los mordiscos durante el beso. El beso, del mismo modo que el sexo en general, tiene mucho de antropofagia. El canibalismo está latente, según algunos estudiosos, en el acto de besar (la verdad es que hay amantes que, al besarse, dan ganas de ponerles un babero y pedirles natillas de postre...); del mismo modo que se sospecha que en el origen de esta práctica también se refleja el hecho de transferir comida masticada de una boca a otra para alimentarse con el trabajo

del otro (como hacen los pájaros... y, en ocasiones, las «pájaras»). Quizá por ello la especialidad que estudia los besos se denomina «filematología», que debe de referirse a aquello de «darse el filete» (no, es broma, toma el prefijo *filema* del griego con el significado de «beso»). Pero como, además de espontaneidad, nunca viene mal encontrar en el otro inteligencia suficiente (o al menos un poco, porque que te bese un tonto es de las cosas más tontas que una puede hacer), y el beso puede asegurarnos algo de cultura general, no estará de más que repasemos algunas cuestiones.

PEQUEÑA HISTORIA DEL BESO

El término «beso» es una derivación romance del latín *basium*. Por *basium* los antiguos romanos entendían un tipo de beso dado en los labios con fines amistosos y/o amorosos, frente al *osculum*, que era un beso en la mejilla de carácter amistoso o un beso con connotaciones ceremoniales. En cambio el *suavium* sí que era el beso pasional con carácter sexual. Como vemos, para los romanos besarse era cosa común, e igual que sucedía con los antiguos griegos, el beso podía tener carácter

público (las personas se podían besar de forma pública). En la Edad Media triunfa «oficialmente» el beso cristiano que tiene un carácter exclusivamente reverencial y es el único que puede realizarse públicamente. Los siglos XV y XVI permitirán en países como Francia el beso público (entre hombres y mujeres), pero en Italia, por ejemplo, será un símbolo de compromiso (o sea que casi mejor pedir la mano que la lengua). El victoriano siglo XIX vuelve a prohibir que esta muestra de afecto se efectúe de forma pública, y su permisividad total no llegará hasta la década de los sesenta del siglo XX.

Es evidente, y no se me ha pasado por alto, que los besos no sólo se dan en la boca, y tampoco desconozco que nuestra zona erógena por excelencia es una superficie de aproximadamente 2,5 metros cuadrados a la que llamamos piel... pero para eso todavía nos quedan algunas páginas.

6

Esto es la polla

**¿POR QUÉ LE DAMOS
TANTA IMPORTANCIA?
(CUANDO REALMENTE,
PARA SER SINCERA, NO
ES PARA TANTO...)**

Estoy segura de que la aparición de los humanos, como creación del gran Dios, comenzó de la mano del jovial grito de

Adán: «¡Esto es la polla!». Verdes praderas, sin muerte en el horizonte, sin trabajos que obliguen, sin sudores ni mosquitos, sin primas de riesgo... Y estoy convencida también de que, como cuentan los escritos, fue tras la intervención de Eva cuando todo terminó para Adán junto al lamento de «¡Vaya coñazo!». Quizá se deba a esas simples expresiones que jerarquizan la «polla» y desacreditan el «coño», aunque la historia bíblica no aborda mucho el tema, que el pene se haya convertido en el objeto de adoración, de atención y de organización de nuestro modelo sexual hasta hacer de la sexualidad humana, tanto en sus

prácticas como en sus ordenaciones, un modelo para rendir pleitesía a dicho órgano. Especialmente al pene en posición de espadín: el falo.

Precisamente a eso es a lo que se refiere en sexología el término «falocracia», al gobierno sexual del falo y sus consecuencias. Os pondré un pequeño ejemplo. Seguro que habéis reparado en el hecho de que no existe un solo hombre que no sepa cuánto mide su pene... ¿Sabéis alguna de vosotras lo que os mide la vagina? No, naturalmente, y no porque la vagina sea difícil de medir o muy adaptable, sino porque no habéis sentido ni siquiera la curiosidad, porque simplemente esa

medida no tiene ninguna importancia. Ni se contempla en los estudios «serios» (estadounidenses, siempre estadounidenses). Pero claro, para el varón, el tamaño del pene sí que importa, pues toda una serie de asociaciones erróneas han hecho que tenga relevancia. Asociaciones como creer que el placer que se produce en la mujer es proporcional al tamaño del pene, que el tamaño es sinónimo de su virilidad o de su fertilidad y demás gilipolleces que a cualquier niño de primero de ESO ni se le ocurriría pensarlas (aunque siempre habrá un adulto de su género que le haga reparar en ellas). Y, naturalmente, derivadas de

estas asociaciones, viene el horror que siente el hombre cuando su pene se encasquilla: la impotencia o la eyaculación precoz (cuando en realidad estas dificultades suelen producirse en la medida en que se temen). Pero si al varón le importa el pene, eso quiere decir que a todos los humanos les importa, pues no conviene olvidar que los que desde muy antiguo vienen formulando los dictados morales (jueces, sacerdotes, políticos, médicos, etc.) y, por tanto, deciden e imponen lo que debe preocupar o no y tolerarse o no, han sido varones (mayoritariamente y con su pene correspondiente).

Así pues, resulta que hablar del pene

es hablar del astro rey y, además, tocar de lleno el núcleo duro de nuestro modelo sexual que tiene —otra consecuencia de la legislación falocrática— el coito como práctica erótica estrella (ya le meteremos mano al coito, ya...).

Pero para gestionar desde el punto de vista femenino ese elemento fundamentalmente simbólico que es el pene (el pene tiene mucha más importancia por lo que representa que por lo que es), no estaría de más que echáramos un vistazo a su fisiología para comprender que ni tiene células grises en su composición (no piensa por sí mismo, no) ni nunca debería haber

dado para tanto (el trueno fue mucho menos trueno cuando se supo en qué consistía).

UN MIEMBRO DE CARNE Y HUESO (BUENO, SIN HUESO, COMO ALGUNAS ACEITUNAS)

El pene es un órgano masculino correspondiente a los genitales externos que agrupa tres funciones: la cópula, la micción y el placer. Por él pasa el semen (de ahí su carácter genital), la

orina (de ahí su carácter secretor) y procura placer, sobre todo en su extremo más visible que se conoce con el nombre de «glande». Quien se encarga de decidir si el conducto que lo atraviesa (la uretra) debe segregar orina o semen, no es el propio pene sino un órgano específicamente masculino y que juega también un importante papel en la eyaculación: la próstata. Por la próstata pasa el conducto que viene de la vejiga y que transporta la orina y también el que procede de los testículos y transporta el semen. Ambos conductos se unen en uno solo, la uretra, dentro de la próstata, por lo que en función de lo que esté sucediendo, la próstata decide

si da paso a uno o a otro. Es por ello que los hombres no pueden hacer pipí si van a eyacular y es por lo mismo que suelen tener ganas de orinar después. La próstata tiene además una función en el proceso eyaculatorio pues es la que inyecta, a través de unas contracciones orgásmicas muy gozosas para el hombre, el semen en la base del pene. Muchos varones no saben que su eyaculación pasa por esos dos momentos (pero vosotras ahora sí, queridas amigas...): los movimientos orgásmicos de la próstata y los movimientos también orgásmicos del pene, y suelen confundirlos o creer que su orgasmo sólo ocurre cuando el pene eyecta. De

ahí que sea útil que sepamos que un pequeño masaje prostático con un dedo (he dicho «pequeño», no se trata de batir huevos con un dedo para hacer una tortilla...) en sus momentos de excitación, meseta o justo al iniciarse el orgasmo pueda resultarles verdaderamente placentero. El único problema es que, salvo que seas médico y estés dispuesta a utilizar el bisturí, el único lugar por el que podemos acceder a la próstata es a través del ano (introduciendo un dedo con cuidado unos cinco centímetros y palpando hacia arriba, hacia la ingle). De esta manera el urólogo suele realizar un tacto rectal para apreciar el tamaño de la próstata.

Si lo haces bien, notarás una pequeña protuberancia del tamaño de una nuez (ése es el sitio) y a partir de entonces sólo es cuestión de tratarlo con cariño (más o menos como si estimularas el clítoris). La estructura interna del pene está compuesta por dos cuerpos cavernosos en la parte superior y uno esponjoso en la inferior que contiene la uretra. Este último podrás apreciarlo a simple vista (si estás frente a tu amante y él está en erección, será lo que tengas justo delante) y además notarás al tacto la uretra y cómo se dilata todo el cuerpo esponjoso cuando es inminente la eyaculación. Otro secreto de amante avezada: si en el momento de la

inminente eyaculación presionas ligeramente la base del pene con dos dedos, uno sobre la uretra y el otro sobre el otro lado, le impedirá eyacular, lo cual, manejado con talento, puede aumentarle enormemente el gozo. El pene, según acabamos de explicar, no es en ningún caso un músculo, por lo que es absurdo pensar que, ejercitándolo de alguna manera, crecerá (sin adelgazarse) o se desarrollará (por muchas pesas que le cuelguen).

La función de los cuerpos cavernosos es la de recoger la sangre suficiente como para permitir la erección. La erección es un proceso natural que consiste en que las arterias

que conforman los tejidos eréctiles del cuerpo cavernoso se llenen de sangre a la vez que se presionan las venas de tal manera que el fluido sanguíneo quede atrapado momentáneamente (el tiempo que dura la erección). Durante la erección, el falo aumenta considerablemente de tamaño con relación al pene en su estado de reposo (es importante señalar, pues no todo el mundo lo sabe, que no existe una relación directa entre su tamaño en reposo y erecto... hay penes pequeños que tienen erecciones poderosas y penes muy grandes con erecciones poco visibles). La función de la erección consiste en que, durante la cópula, el

semen eyectado llegue lo más cerca posible del cuello del útero, que suele estar a una distancia de entre ocho y trece centímetros de la entrada de la vagina (ya sabéis ahora lo que puede medir la vagina...). Algo importante de señalar, sobre todo para evitar algún que otro sobresalto, es que la erección no siempre guarda relación con la excitación. Así, un hombre muy excitado puede tener su pene flácido, del mismo modo que una erección matutina no es sinónimo de excitación sino de ganas de hacer pipí.

Y llegamos a esa especie de terminación en forma de punta de flecha roma que se llama «glande». El porqué

de esa conformación siempre ha resultado inquietante a los investigadores. Según las hipótesis más plausibles, su diseño tiene la función de vaciar, como si de un émbolo se tratara, la cavidad vaginal de posibles restos espermáticos de otros varones que lo hayan precedido. Parece corroborar esta hipótesis el hecho de que, si un varón considera (consciente o inconscientemente) que su pareja femenina le es infiel, sus acometidas durante el coito suelen ser más violentas y profundas. De modo que este dato puede servirnos también de medidor si dudáis, queridas amigas, de si el legítimo os ha pillado o no la agenda

Moleskine... La sensibilidad del glande es extraordinaria, pues posee más de 4000 terminaciones nerviosas (aproximadamente la mitad de las que tiene el clítoris aun siendo éste mucho más pequeño), por lo que suele estar de natural protegido por un trozo de piel elástico y retráctil que se conoce con el nombre de «prepucio» y que se sujeta al glande a través del frenillo.

Y en esto, poco más o menos, consiste la naturaleza de este curioso artefacto que muchas veces vale más por lo que calla que por lo que dice.

MALES DE AMOR

Asimismo, creo necesario que sepáis algunos de los males que le afectan. Aunque os haré una advertencia de carácter general y que tiene poco de científico: antes de hacer nada con el pene de vuestro compañero, observadlo de forma discreta pero efectiva (evitad, por favor, los objetos tipo lupa, espejos que agrandan, etc.), y si hay algo en él que no os acaba de gustar (rojeces, olores, sarpullidos, etc.), poned fin INMEDIATAMENTE a la interacción sexual. En caso de que este tosco examen visual os parezca que da un

resultado satisfactorio, utilizad, de todas maneras y en todos los casos, un preservativo (muchas de las enfermedades de transmisión genital no cursan con síntomas claros y evidentes sobre el pene), y siempre poned vosotras mismas el preservativo (para asegurar su buena colocación... no os fiéis de los hombres durante el ardor del momento) y, del mismo modo, intentad siempre retirarlo vosotras mismas (os aseguraréis de que contiene la eyaculación y que no se ha desprendido durante el coito).

Algo que os puede sorprender a primera vista es una extraña curvatura en el pene. A buen seguro sabed de

antemano que ningún pene es perfectamente recto y que, en erección, todos se inclinan hacia un costado o hacia arriba o abajo. En cualquier caso, si esa curvatura resulta muy llamativa, quizá os hayáis encontrado con una persona que sufra el síndrome de La Peyronie. Esta enfermedad consiste en la formación de una fibrosis en uno de los cuerpos cavernosos que impide la elasticidad del miembro en la zona donde se encuentra la fibrosis, dando lugar a una torsión muy llamativa hacia cualquier dirección. No se conocen las causas que producen este efecto ni tampoco existen tratamientos del todo eficaces para corregirlo más allá de una

terapia combinada de fármacos y cirugía correctiva. Esta dolencia es, para vosotras, sólo de carácter estético, aunque debéis saber que tiene consecuencias funcionales: posiblemente impida la penetración y, por lo demás, tened en cuenta que pueden resultarle dolorosas muchas prácticas que a otros les parezcan gozosas. Así que prudencia y comunicación.

Otra circunstancia peculiar con la que os podéis encontrar al tratar con un pene es la de que el prepucio no se desplace o que se deslice con mucha dificultad sobre el glande. Entonces podéis estar ante un caso de fimosis. El

término proviene del griego *fimos*, que significa «lazo», y *cursa*, como os decía, con una falta de elasticidad del prepucio que estrangula el glande. El grado de estrangulamiento es lo que marca la gravedad de la fimosis (dificultad que no aparece de la noche a la mañana sino que suele ir avisando paulatinamente), siendo el caso más grave la «parafimosis», que consiste en una urgencia urológica que requiere de una rápida intervención, pues de lo contrario puede causar, por falta de riego sanguíneo, necrosis en el glande. Si notáis algún síntoma de este tipo, algo de lo que, sin duda, el propietario del pene se habrá percatado mucho antes

que vosotras, conviene que sepáis que la relación no será del todo placentera (por no decir «inexistente»), pues el movimiento natural del prepucio se verá limitado a causa del dolor, y que, debido a la acumulación de «esmegma» (una secreción natural blanquizca de olor muy desagradable, como un buen camembert maduro, para que os hagáis una idea...) en la base del glande, la cosa no acabe de oleros bien. Esa misma acumulación de sustancias que se produce al no poder realizarse una correcta higiene puede producir balanitis (inflamación normalmente atribuida a causas infecciosas del glande) o balanopostitis (cuando dicha inflamación afecta al

glande y al prepucio).

La solución a la fimosis es sencilla: o bien el uso de corticoides, o bien una pequeña intervención que tiende a eliminar el prepucio y que se conoce como «circuncisión» (si os encontráis un pene circunciso, no se deberá necesariamente a que haya padecido fimosis, la circuncisión también puede haberse practicado por causas religiosas o culturales).

Imaginemos ahora que todo ha ido bien y que no detectamos ningún elemento extraño que nos inquiete. Apoyamos suavemente la mano sobre su miembro, comenzamos a acariciarlo... y no notamos síntoma alguno de erección.

Lo primero que una suele pensar (y es porque lo piensa poco) es que nuestra pareja no nos desea. Y digo que por lo general es una conclusión errónea porque, si no nos desea, ¿por qué nos ha dejado tocarle el pene? Además, conviene que sepamos que un exceso de excitación o de deseo hacia nosotras puede explicar mucho mejor que lo anterior lo que está sucediendo. En cualquier caso, un juicio más acertado sería el pensar que está sufriendo un proceso de impotencia (lo que se conoce comúnmente como un «gatillazo»). Si se trata de esto, lo primero que debemos tener en cuenta es que él está sufriendo mucho más que nosotras, pues, como

indicamos al principio, siente que su virilidad le está fallando (y ese sentimiento no suele hacer otra cosa más que agravar los síntomas, de modo que no deberíamos mostrarle ninguna preocupación por nuestra parte). Un buen truco que acostumbra a dar magníficos resultados es practicarle pacientemente una felación. La felación, de la que también nos ocuparemos más adelante, permite, en el plano psicológico, que nuestro compañero se sienta más estimulado, y, en el plano orgánico, realiza un aporte complementario de calor que facilita la vasodilatación de las arterias y así permite recoger más sangre.

Muy pocos casos de impotencia tienen un origen orgánico, y cuando lo tienen, la impotencia no es una enfermedad en sí sino una sintomatología de otra (como problemas coronarios, diabetes, etc.) y no se manifestará puntualmente sino con una altísima frecuencia. También puede deberse al uso de fármacos o a un cambio emocional (ansiedad o depresión), pero en la inmensa mayoría de casos, las causas responden a un bloqueo anticipativo hacia la interacción sexual con nosotras. Es decir, que nuestro *partner* sexual tiene miedo (miedo a no quedar bien, miedo a decepcionarnos, miedo a las

comparaciones...). Por tanto, si vemos que sucede, armémonos de mucha paciencia y comprensión, y sobre todo no le demos ninguna importancia (en ocasiones hablar de ello no hará más que incrementar la inquietud de tu amante). Si el problema persiste, es bueno que sepáis que la impotencia suele ser fácil de tratar por un sexólogo o por un urólogo, y que existen fármacos basados en el «sildenafil» que, aunque pueden enmascarar las causas, actúan con una enorme eficacia (la famosa Viagra, entre ellos).

RECOGIENDO LOS TRASTOS

A modo de cierre me gustaría comentaros una curiosidad. Por ejemplo, que en nuestra cultura no siempre se han valorado los penes grandes. Es más, para los antiguos griegos (aquellos exquisitos nada mojigatos que fundamentaron los ideales estéticos que todavía hoy perduran), nada era más grotesco o zafio que un miembro descomunal. Así, procuraban que en sus representaciones plásticas el pene no sobrepasara el tamaño de los testículos. Del mismo modo, les horrorizaba ver el

glande, por lo que los atletas en el *gymnasium* (palabra que significa literalmente algo así como «lugar donde estar desnudo») o en las competiciones, por el hecho de participar desnudos, solían colocarse una pequeña cintita cerrando el prepucio (a modo de una fimosis voluntaria) para que, durante el esfuerzo, el glande no quedara al descubierto. ¡Ah, si los gestores de la industria porno se preocuparan más de la estética que de los mamporros...!

Los misterios de la vagina

Aunque sea de paso, no puedo dejar de hablar de nuestra vagina, que, la verdad, sigue siendo un misterio para muchos y muchas de nosotros/as.

Siempre he destacado las eróticas «coitofugas», es decir, aquellas que no contemplan el coito, aunque más adelante me refiera al coito vaginal y anal. En capítulos ulteriores se habla ampliamente de ella, directa o

indirectamente.

ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO A ESTA CAVIDAD

Su tamaño suele oscilar entre 9 y 11 centímetros. Apenas si tiene terminaciones nerviosas, por lo que muchas veces las mujeres se quejan de que no sienten nada con el coito. No es así con el clítoris, verdadero órgano de placer (véase el capítulo sobre el clítoris). Sé que muchas no estaréis de

acuerdo conmigo y me diréis que vosotras sentís a través de vuestra vagina. Bien. Pero sabed que, muchas veces, este supuesto placer se debe a la estimulación de la raíz del clítoris que toca la pared vaginal o, durante las embestidas, el glande del clítoris puede ser rozado por vuestro compañero sin saberlo. Si de una vez por todas asumiéramos eso, acabaríamos con la supuesta «anorgasmia» de muchas.

No descarto, evidentemente, que haya mujeres que tengan orgasmos «vaginales», pero suelen ser una minoría.

Por lo tanto, dicho eso, esta cavidad suele ser placentera, la gran mayoría de

las veces, sólo para los varones. Si quieres ser complaciente con tu amante, se la puedes ofrecer cada vez que te apetezca, pero recuerda que siempre será un acto de generosidad por tu parte, puro y duro. No sacarás nada del otro mundo al abrirte de piernas y ser penetrada. Algunas sacudidas, sí, y poco más...

LA VAGINA COMO OBJETO DE SALVACIÓN CONTRA PESADOS

Pesados y obsesionados en hurgar a toda costa en tu vagina, te vas a encontrar muchos, muchísimos. Y aquí es cuando esa cavidad tuya adquiere una importancia de primera magnitud para el amante que no ha entendido que la sexualidad es mucho más que introducirse en esta parte de tu cuerpo. El hombre que sólo piensa en «penetrar» y poco más es, créeme, un mal amante. Un egoísta que sólo piensa en su placer. Un ignorante que piensa que, porque él goza, tú también vas a gozar. Cuando nosotras tenemos una anatomía bastante más compleja de lo que muchos puedan imaginarse. Creo que te mereces algo mejor. ¿Tú no?

Frente a tal energúmeno cuentas con muchas armas, y tu vagina es la más importante. Me explico.

Imagínate que tienes una cita con uno de estos hurgadores de vaginas. Todavía no lo has echado para atrás porque tiene un no sé qué y te gusta. Pues bien. Sabes que después de la cena vas a tener que hacer de florero durante un tiempo y no te apetece demasiado. Tranquila. Déjate hacer.

Empieza el hurgador a abrazarte, a bajarte las bragas lentamente, tú mueves la cadera de manera sensual (estar con un hurgador no impide que haya sensualidad en tus movimientos, al contrario) y te acuesta con delicadeza en

la cama, en la posición del misionero (todos suelen empezar así las primeras veces). Disimuladamente, ya se ha bajado los pantalones, los calzoncillos y, con una mano que no ves, pero que intuyes, guía su pene hacia la entrada de tu vagina. Te recomiendo que le acompañes en este gesto, abriéndote poco a poco para permitir un mejor acceso a tu vagina.

Cuando notes que la penetración se ha realizado correctamente, te aconsejo que le susurres que no se mueva. Esto le sorprenderá, no lo dudes, pero forma parte de tu estrategia: ir creando expectación. Déjale esperar unos segundos y, de repente, tu vagina entra

en acción. Empieza a contraer los músculos vaginales y a relajarlos, contraerlos y relajarlos, contraer y relajar. Con todas tus fuerzas. Si lo haces bien, ningún hombre podrá resistirse y llegará rápidamente al orgasmo. El coito habrá durado muy poco y te habrás ahorrado las embestidas sin fin de tu amante.

Puede ser que no estés familiarizada con esta técnica que, en el fondo, es como masturbar el pene, pero con tu vagina. No te preocupes; con un poco de experiencia, llegarás a dominar estas contracciones a tu antojo. Para ello, tendrás que ejercitar el suelo pélvico (toda la musculatura que va desde la

pelvis hasta el coxis). Se trata de los famosos ejercicios de Kegel de los que habrás oído hablar alguna vez. Muchas de nosotras desconocemos que en esta parte del cuerpo contamos con una musculatura que, bien trabajada, hace maravillas, tanto para conseguir una masturbación rápida como la que acabo de describir, como para evitar, más adelante, con la edad, el prolapso de útero o de vagina (caída hacia el exterior), o la incontinencia.

LOS EJERCICIOS DE KEGEL

Esta parte de nuestra anatomía puede ejercitarse de una manera muy sencilla: o bien haciendo las contracciones sola, mientras estás trabajando o andando por la calle (no te preocupes, no se nota absolutamente nada), o incluso sentada en el váter, si te resulta más cómodo, simulando que vas a orinar pero, en lugar de hacerlo, retienes la micción, después relajas, luego la retienes, etcétera, o bien usando las famosas bolas chinas que se introducen en la vagina y que te obligan, para que no se caigan, a contraer los músculos vaginales de manera automática. Estas maniobras se conocen con el nombre de ejercicios de Kegel y tienen numerosas

ventajas, tal y como he comentado anteriormente.

Si te lo tomas en serio, serás capaz de eyectar, cuando te dé la gana, un pene (y al hombre adherido a él) sin ningún tipo de esfuerzo. Eso sí, tienes que hacer estos ejercicios de manera seria. Piensa que ganarás en salud y en control. ¿Qué quieres? Las buenas seductoras conocen su vagina y el poder que tiene. No vas a ser la excepción, ¿verdad?

8

El clítoris y las malas lenguas

Ya nos hemos ocupado del «amiguito calvo» de los hombres; ahora toca que le metamos mano (o que nos la dejemos meter) al único órgano de nuestra especie humana cuya única función es procurar placer: el clítoris. Sólo lo tenemos nosotras, las mujeres, y no sirve para nada más (ni para nada menos) que para hacernos gozar, algo que ha

resultado absolutamente incomprensible para todos los varones moralistas y científicos, bienintencionados y malintencionados, que han pretendido sentar cátedra sobre él. Así, las teorías de Hipócrates (nada menos que del siglo V antes de que se armara el belén) sostenían que debía estimularse el clítoris para que la mujer deviniera fértil, con lo que se le daba una función ligada a la reproducción. Estas teorías se aceptaron como ciertas hasta bien entrada la Modernidad, momento en el que se asume que el cometido del clítoris es única y exclusivamente el gozo, NUESTRO gozo. Imaginaos lo que supone para los piadosos, que siempre

han asociado el gozo con el diablo, el hecho de que Dios, nuestro Señor, nos haya dotado a las mujeres de un órgano complejo ¡que sólo sirve para sentir placer! (Vamos, para mear y no echar gota).

Es por eso que el clítoris es el gran excluido (literal y metafóricamente) cuando no el extirpado por bárbaros cabrones de ambos géneros (me refiero a la ablación y a la infibulación).

De la polla, la siempre expuesta, lo sabemos todo, mientras que del clítoris, por no saber, hasta existen mujeres que no saben que lo tienen (muchas más de las que pensáis) y otras que, aun teniendo noticia de su existencia, no lo

saben manejar (muchísimas más de las que creéis). El desconocimiento es tal que no sólo afecta a las poseedoras y usuarias de tan hermoso apéndice, sino que abarca a la propia clase científica que sigue haciéndose la picha un lío con lo de los tipos de orgasmos femeninos y, en general, con la respuesta orgásmica femenina (ya nos ocuparemos de esto más adelante).

En el ámbito del lenguaje, que no es otro que el ámbito de nuestro conocimiento, sucede lo mismo: mientras que para el pene tenemos centenares de sinónimos, ¿cuántos se os ocurren para el clítoris? Pocos, ¿verdad? Y los pocos que se os ocurren

(que si la pipa del coño, la campanita, el garbancito, etc.) no hacen referencia al clítoris sino al glande del clítoris, pues mucha gente sigue creyendo que el clítoris es aquella pequeña protuberancia insertada en la conjunción superior de los labios de la vulva obviando toda su estructura interna (lo que equivaldría a creer que el pene únicamente es el glande y pare usted de contar).

Pues bien, del nombre del innombrable no conocemos con seguridad ni siquiera su etimología (mira que el término es raro, con lo fácil que hubiera sido llamarlo, por ejemplo, el «cli»). De ese modo, los

estudiosos de las lenguas se debaten entre si «clítoris», que proviene del griego *kleitorís*, hace referencia semántica a un montículo o a una llave (vamos, que lo único que parece seguro es que no tiene ninguna relación con una plancha de vapor).

Toda esta ocultación e ignorancia, estaréis de acuerdo conmigo, toca bastante los huevos pero dificulta sobremanera tocar, aunque sólo sea un poquito, el clítoris. Para remediarlo, y visto que no os puedo prestar a todas un dedo, intentaré echaros a casi todas una mano (literaria, me temo).

LO QUE ES, ES (PORQUE, COMO DIJO EL CLÍTORIS: «ME TENÉIS HASTA EL COÑO»)

Como no se ha descubierto mejor remedio a la ignorancia que el conocimiento, me parece que haremos bien en abordar sin más demoras lo que es el clítoris, tal y como ya lo he explicado en alguna ocasión.

El clítoris es un órgano femenino retráctil que se encuentra, en su parte visible, en la intersección superior de los labios menores de la vulva. Su parte visible es el llamado «glande» del

clítoris, que puede oscilar según la mujer entre unos pocos milímetros a varios centímetros, y que se encuentra recubierto de un capuchón que lo protege en estado de reposo (dada su enorme sensibilidad, pues posee más de 8000 terminaciones nerviosas). Su parte interna, que suele rondar los 10 centímetros, tiene una conformación similar a una «Y» invertida y quebrada (el palo de la «Y» es perpendicular a las ramificaciones; visto de costado se parecería a algo así: «¬»). Esta parte interna se amolda a los huesos pelvianos, de manera que recubre por el exterior las paredes vaginales y la uretra.

La estructura del sistema clitoral se compone, por tanto, de tres partes: el glande (la parte externa recubierta de un capuchón), el cuerpo (que sería lo que une el glande con la bifurcación de las raíces y que permanece interno) y las raíces (que, como hemos dicho, son dos, internas, que revisten las paredes vaginales).

El glande del clítoris, la parte accesible, actúa de distintas maneras según sea el momento de la respuesta sexual en la que se encuentre la mujer. Así, en el período de excitación, se muestra más grande, visible y fácil de estimular, mientras que en el momento de la meseta, próximo al orgasmo e

incluso durante el orgasmo, tiende a retraerse para intentar contrarrestar su enorme sensibilidad. Del mismo modo, todo el sistema clitoriano, y no sólo el glándula, reacciona de distinta manera según en qué período se encuentre la mujer en las distintas fases de su respuesta sexual y según desde dónde se estimule. El cuerpo del clítoris está compuesto por dos cuerpos cilíndricos cavernosos que se unen en uno solo, responsables de recoger sangre para favorecer su ensanchamiento durante el período de excitación. Su tamaño suele rondar los 4 centímetros. De mayor tamaño (alrededor de 7 centímetros de media en cada rama de la bifurcación),

la raíz del clítoris parte del encuentro del cuerpo del clítoris con el hueso púbico y sigue a ambos lados adherida a la forma de los huesos pelvianos.

La fisiología del clítoris es, como hemos dicho, exclusivamente la de proporcionar placer, bien sea a través de la estimulación directa del glande, bien, según parece, desde la zona interna de la vagina (el cuerpo del clítoris y la raíz tendrían un importante desempeño en eso que se ha venido en llamar el «punto G», así como en los procesos de eyaculación femenina), y, de una manera u otra, la inmensa mayoría de las mujeres necesitamos su estimulación para alcanzar el orgasmo.

EL GLANDE: TÓCALO OTRA VEZ, SAM

Como hemos dicho, el glande del clítoris no es fácil de estimular especialmente en los momentos próximos al orgasmo. A su retracción se une la circunstancia de que el prepucio (el pequeño capuchón de piel que lo recubre) no es fácil de deslizar para dejar el glande al descubierto, pues cumple muy bien con la función de protegerlo de caricias inapropiadas o a destiempo. Si los hombres tuvieran un clítoris, el dicho popular de «tocar las pelotas» quedaría reemplazado de

inmediato por el de «no me toques el clítoris», pues si los testículos son sensibles, parecen de piedra pómez comparados con la sensibilidad del clítoris.

La mejor manera de dejar accesible el glande, sobre todo si es otro el que nos lo acaricia, es estirando suavemente la piel con un dedo desde la parte inferior del pubis. De este modo, el prepucio se retrae lo suficiente como para que se produzca una ligera fricción entre el elemento que lo estimula, el prepucio y el glande. Conviene señalar que, del mismo modo que en los hombres no es siempre conveniente una exposición directa del glande sino que

la fricción que el prepucio ejerce sobre él al deslizarse arriba y abajo es la que facilita el orgasmo, a nosotras nos sucede lo mismo.

Si sois vosotras mismas las que os estimuláis (estéis o no solas), una manera adecuada es separar delicadamente el prepucio con la yema del pulgar de la mano derecha y estimularos con el dedo corazón o índice de la misma mano. ¿Por qué con la derecha? Pues porque parece ser que la mayor concentración de ramificaciones nerviosas se sitúa en el tercio superior izquierdo del glande, de forma que entrando con la derecha os acercaréis de manera más natural a esa

zona.

Sí, convengo con vosotras en que es más fácil tocar la zambomba que encontrar un *La* en un violín (o pelar un plátano que un guisante), pero también es verdad que no hace falta ser un neurocirujano para estimular como corresponde tan extraordinario apéndice. Además, el glande del clítoris tiene otra especificación: es infalible. Salvo que exista una lesión medular o se haya producido un daño en esa zona erógena, todas las mujeres obtenemos el orgasmo sin excepciones si se estimula convenientemente y el tiempo adecuado el glande del clítoris. Todas. Cuando el orgasmo no se produce es porque, o bien

ha fallado una de las dos circunstancias (estimulación y/o tiempo), o bien la mujer no ha aprendido a concederse el orgasmo. Veréis, nosotras, a diferencia de ellos, tenemos que aprender a permitirnos el orgasmo. Esto se debe a varios factores: a la complejidad de nuestra anatomía; a la enorme presión cultural represora que hemos sufrido sobre nuestro placer, y a que nuestros mecanismos fisiológico-neuronales son distintos y mucho más sofisticados que los de los varones (por eso siguen siendo un interrogante para la ciencia moderna).

El orgasmo femenino se asemeja a montar en bici, mientras que el

masculino se asemeja a respirar. Nosotras debemos aprender a encontrar, de manera intuitiva, un equilibrio entre perder el miedo a la caída y dejarse llevar con naturalidad. Una vez hemos conseguido sostenernos en la bici, ya no lo olvidaremos y nos equilibraremos y avanzaremos de manera natural (como si fuera una habilidad innata en nosotras). Desde luego que resulta más sencillo intentar dominar la bicicleta cuando somos adolescentes que iniciarnos en su manejo cuando tenemos cincuenta años y nos falta cierto descaro e ingenuidad para aventurarnos con las dos ruedas, pero nunca es tarde si la dicha es buena (y, puñeta, en este caso, la dicha es

realmente buena...).

Pero sigamos con el glande del clítoris y sus peculiaridades. Cuenta con alrededor de 8000 terminaciones nerviosas (el doble que el glande del pene), lo que lo convierte con diferencia en la zona más sensible de nuestro cuerpo, por encima, por ejemplo, de la punta de la lengua o de la yema de los dedos. De ello se deduce que esta parte del clítoris está para muy pocas «coñas» y que debe ser gestionado con la dulzura y el afecto que requiere, además de con una lubricación suficiente que permita que no haya contactos duros (por lo general, esa lubricación se produce de manera natural, pero si no es el caso,

hay que recurrir a la ayuda de fluidos sintéticos que suplan la carencia). Este tremendo potencial de sensibilidad transmite su información a la médula espinal y de ahí a los neuroreceptores cerebrales.

Existen mil utensilios para estimular el glándulo del clítoris, pero, por su precisión, yo siempre suelo recomendar uno: el dedo. La lengua cuenta con la ventaja de tener mayor lubricación natural, salvo, obviamente, si habéis dejado a vuestro amante seco... y tendido; en cambio, es más imprecisa y matiza peor la intensidad. (¿Conocéis el chiste aquel de dos clítoris que van andando por la calle y uno le dice al

otro: «¿Es cierto lo que dicen por ahí de que no gozas?», a lo que el otro responde: «Bah, no hagas caso, eso son las malas lenguas...»?).

Respecto a los utensilios mecánicos, también acostumbran a ser grandes amantes los pequeños dildos, semejantes a un pintalabios, con velocidad variable. Que la velocidad sea variable resulta importante, pues si bien nosotras no solemos necesitar, al contrario que los hombres, incrementar la velocidad de fricción a medida que se anuncia el orgasmo y nos resulta preferible mantener un ritmo constante, siempre conviene empezar a estimularlo suavemente para, en el momento de

excitación, aumentar su intensidad hasta la velocidad de crucero.

LA RAÍZ: O CUANDO FREUD NOS TOCÓ LOS OVARIOS

Freud nos metió a todas en un lío con esa vocación de hurgar en los bajos femeninos. Según él, la mujer inmadura era aquella que conseguía gozar a través de la estimulación del clítoris (pues, en el fondo, sólo estaba imitando el modelo masculino y jugaba con su «pequeño

pene»), mientras que la mujer madura era la que gozaba con su vagina. Esta aseveración implicaba varias cosas.

Primero, que el clítoris era una especie de pene fracasado, y se podía entender: la mujer era toda ella un hombre al que no todo le había acabado de crecer (además de ser un producto de él). Hoy sabemos que las similitudes formales del pene y el clítoris se deben simplemente a que ambos se forman y desarrollan a partir de una misma protuberancia embrionaria, y que comparten, por tanto, el mismo tejido, lo que hace que sean estructuralmente muy parejos. Así, el feto posee la propiedad en su estado formativo de «elegir» (y

más partiendo de una protuberancia más femenina que masculina) si va a desarrollar un pene o un clítoris en etapas posteriores con la intervención del sistema hormonal. Pero ni el clítoris, una vez desarrollado, cumple las mismas funciones que el pene (entre otras cosas, no está atravesado por la uretra y, por ende, no sirve para hacer pipí), ni tiene en toda su extensión nada que envidiarle, en cuanto a tamaño, al pene.

Segundo, que estimularse el glándulo del clítoris era propio de mujeres inmaduras, que es como decir que la mujer es inmadura porque mea sentada y no se agita después el «potorro» como si

quisiera desprendérselo. Sin comentarios.

Y tercero, que existían dos tipos de orgasmos: el clitoridiano y el vaginal.

Esto último nos sigue liando, confrontando y ayudando muy poco todavía hoy en día.

En realidad, no existen dos tipos de áreas para producir el orgasmo, sino que el llamado orgasmo vaginal no sería otra cosa que un orgasmo clitoriano por otros medios, es decir, la estimulación interna del clítoris desde otras vías, en concreto, desde cierta área del interior de la vagina que contacta directamente con la raíz del clítoris.

De modo que si hace un rato hemos

visto cómo estimular el glándulo, ahora podemos especular con cómo estimular el clítoris en su parte interna (y digo especular porque aquí la ciencia médica se queda en bragas frente a la experiencia de nosotras, las mujeres).

Esta experiencia dice que en ocasiones, y cuando se estimula la zona que suele conocerse con el nombre de «punto G», las mujeres podemos experimentar un orgasmo o sensación enormemente placentera que suele venir acompañada de la eyeción en considerables cantidades a través de la uretra de un líquido traslúcido y casi inodoro. Da casi vergüenza a una sexóloga como yo el tener que verme

obligada a hablar así, sin poder ser más explícita ni más precisa, de la estimulación de la raíz del clítoris y sus consecuencias, pero lo cierto es que simplemente no sabemos (la humanidad) mucho más; ni por qué se produce, ni si se produce en todas las mujeres, ni si ese líquido tiene alguna función, ni de dónde viene, ni cómo puede reponerse tan rápido, ni, ni, ni...

La zona en cuestión (el punto G) está a unos 5 centímetros de la entrada de la vagina hacia arriba (hacia la pelvis) y ocuparía un área que va, mirando de frente en línea recta, desde unos 5 centímetros a la izquierda a unos 5 centímetros a la derecha. Lo notaréis

porque su tacto es rugoso y diferente del resto de la pared vaginal y cuando empieza a ser estimulado convenientemente, se inflama y parece que se descuelgue como una lengua hacia abajo.

La estimulación de esta zona, al contrario de la del glande, debe hacerse con cierta contundencia, preferiblemente con el dedo corazón doblado (como si quisieras traerte algo hacia fuera) en movimientos repetidos y continuos.

Lo primero que notaréis es que os vais a orinar o algo peor. Esto es lógico porque para tocar la estructura interna del clítoris estáis presionando la uretra cuando no la vejiga urinaria y, además,

estáis relajando todos los músculos del suelo pélvico (que se encargan, entre otras cosas, de controlar las incontinencias). Aquí es donde la mayoría de las mujeres se detienen porque resulta una sensación un tanto desagradable y el pudor les impide la concentración. Sin embargo, si proseguís en la estimulación, es probable que empecéis a sentir cómo se comprimen las paredes de la vagina, como si algo por fuera de ellas estuviera inflamándose (esto puede deberse a que los bulbos vestibulares situados cada uno junto a cada raíz del clítoris se rellenan de sangre), a medida que aumenta vuestro gozo. Si la estimulación

persiste, la vagina comprimirá con fuerza el dedo y, al ser éste retirado, se producirá la eyección.

El mecanismo de estimulación es bastante sencillo (no se requiere ser un amante habilidoso para localizar la zona y tratarla con acierto); el pene no es el mejor instrumento para estimularlo (por eso, en la inmensa mayoría de las ocasiones, no sentimos nada especial durante el coito) y lo verdaderamente complicado es que nosotras aprendamos a dejarnos llevar por esta sensación, pues si trabajo nos costó «aprender a montar en bicicleta», ahora se trata de circular sin manos. Eso hace que, salvo contadas excepciones, no todas las

mujeres lo consigan y menos a una edad temprana. También hay factores fisiológicos que pueden influir en que la estimulación interna del clítoris sea muy complicada, como paredes vaginales gruesas o muy rígidas, raíces poco pronunciadas, etcétera.

Una cosa más que me gustaría señalaros antes de despedir este capítulo y dejaros con tocamientos purísimos: el hecho de conseguir un orgasmo mediante la estimulación interna del clítoris no hará que seáis más mujeres, ni más listas ni más liberadas. Es sólo una manera más de congraciaros con vuestro cuerpo, pero no se trata de un reto ni una finalidad... El sexo,

afortunadamente, sigue siendo algo mucho más profundo que aquello de «tócame Roque».

Ah, y si queréis ser buenas seductoras, empezad por dejaros seducir como más os plazca por este buen amigo que de verdad lo merece... Que para tocaros los huevos siempre habrá alguien dispuesto.

9

El bello vicio del amor propio

Es posible que alguna de vosotras se pregunte por qué motivo hay un apartado sobre la masturbación en un pequeño tratado de seducción. ¿No es el objetivo de la seducción precisamente conseguir que alguien nos «eche una mano»? Y si es así, ¿no sería mejor olvidarnos del bello vicio del «amor propio»? Pues no, y por varias razones de las que nos

ocuparemos ahora mismo. Aunque dejadme deciros, para entrar en materia y anunciar algunas cosas, que, en el fondo, la seducción no es más que una masturbación por otros medios.

LA CITA DE KRAUS

Karl Kraus fue un pensador, ensayista, periodista y sátiro austríaco que vivió a caballo entre los siglos XIX y XX. De entre los múltiples aforismos que nos dejó, hay uno que querría recordaros:

De tiempo en tiempo, una

mujer es un sustituto razonable a la masturbación. Pero, naturalmente, exige de mucha imaginación.

No os molestéis por el tufo misógino de la cita, pues el sustantivo «mujer» puede ser fácilmente sustituido por el de «hombre» (si ésa es vuestra preferencia) sin que para ello se altere lo sustancial e ingenioso de la cita.

Porque lo que de cierto tiene es que coloca la masturbación en una posición no sólo no sustitutoria sino preferente en el amplio espectro de eróticas que conforman el hecho sexual humano. Y esto es importante señalarlo: la

masturbación no sustituye a nada; en todo caso, se complementa con otro tipo de prácticas como la interacción sexual con el otro. Quien se masturba, y salvo que él o ella lo crea así, no es porque no tenga con quién actuar sexualmente, sino porque prefiere interactuar consigo mismo. Es un error creer que una seductora no se masturba. Al contrario: una buena seductora tiene los dedos pelados (de pelársela), y los tiene así no porque se trate de una «deficiente social» sino porque sabe que sólo se puede llegar el «nosotros» desde el «yo».

De modo que ahí tenéis el primer error: creer que la masturbación es un

sucedáneo barato del sexo, cuando, siguiendo a Kraus, podría muy bien ser justo al revés. También lleva el austríaco razón con lo de que hace falta mucha imaginación. Veréis, hay dos tipos fundamentales de buenas seductoras: las frías, que calculan y obtienen lo calculado, y las emocionales, que inventan y nunca consiguen lo inventado. Estas segundas son las que más imaginación le echan al asunto (por imaginarse, hasta se imaginan cómo es el seducido, mientras que las primeras lo saben) y obtienen en su enamoradizo proceso de seducción una recompensa creativa basada precisamente en la cantidad de fantasía

que derrochan, mientras al masturbarse en solitario basta con que sigan el hilo de su deseo.

El segundo error: pensar que la masturbación es una actividad que sólo se realiza en solitario. Falacia comprensible, pues nuestro modelo de sexualidad castiga todas las eróticas que no son reproductivas (es decir, las que no tienen ni siquiera una mínima posibilidad ni una ínfima vocación de engendrar). Al hecho de que, estando a solas, nos metamos un pepino por ahí lo llaman «masturbación», pero que, estando con nuestra pareja, nos metamos un pepino por ahí lo llaman «hacer el amor» (la verdad es que no sé cómo no

acaban locos los pepinos... pelados, por cierto, siempre pelados). Para mí, lo fundamental y definitorio de la masturbación está en que es una misma la que se toca. Si a vuestra pareja le estimuláis el pene con la mano, no lo estáis masturbando, lo estáis estimulando, por tanto la masturbación es un verbo que siempre se conjuga en transitivo. Sin embargo, la masturbación no tiene por qué ser un hecho aislado y en ningún caso aislante. Una puede perfectamente interactuar mediante el sexo con alguien y procurarse esa erótica sin que por ello desprecie al *partner*.

La no exclusión de participación en

el bello arte de masturbarse se remonta a las raíces de nuestra cultura. Así, para los antiguos romanos, masturbarse era un acto colectivo por más que una estuviera sola; no concebían el procurarse placer con la propia mano si no intervenía la ayuda de un espíritu que nos pusiera en situación o nos guiase. Esa tradición se continúa en la cristiandad medieval con la adopción de los íncubos, «los que se acostaban sobre» (demonios masculinos que poseían a las damas mientras dormían procurándoles los placeres de la carne) y los súcubos, «las que yacen debajo» (que cumplían la misma función pero siendo de género femenino y acosando a

novicios y monjes). De modo que ya veis, ni masturbándose podía estar una tranquila...

A BUEN ENTENDEDOR...

El término «masturbar» proviene etimológicamente del latín *manu* que significa «mano», aunque los estudiosos de la etimología no acaban de ponerse de acuerdo si al prefijo *manu* le acompaña el verbo latino *turbare* («producir turbación») o *stupare* (que implica agresión, violación). Por tanto, el significado de masturbación tanto

puede ser «turbarte con la mano» como «violarte o violentarte con la mano». Sospecho que esa discrepancia se debe más al puritanismo sexual de los que han querido hallar en el término una raíz con connotaciones morales que a otra cosa. En cualquier caso, sois libres de escoger la etimología que más os guste (y si no lo tenéis claro, siempre la podéis elegir echándolo a la «pajita más larga»).

Pero ¿por qué la mano? No dudo que, para un hombre, la mano pueda resultar de gran ayuda, pero a nosotras nos suele bastar con un dedo (y un clítoris, por supuesto). Entonces, ¿por qué no llamarlo, por ejemplo,

«digiturbarse»? Aquí, como comprenderéis, volvemos a caer en el antropocentrismo del lenguaje sexual (si algo vale para el hombre, vale para todos los humanos), aunque algunas aguardamos, esperanzadas, el advenimiento del sexo de la era «digital» y el abandono de hacerlo todo a mano.

Los griegos antiguos (ésos sí que sabían) no hacían esa diferenciación, pero a cambio tenían algo que todas las culturas posteriores han abandonado: ellos utilizaban un término específico para designar la masturbación del clítoris y diferenciarla de la del falo. Lo llamaban *kleitoriázein*.

De todo lo anterior se concluye que esta denominación de «masturbación» se muestra algo corta (independientemente de lo que duren las fricciones) para lo que representa, pues, como hemos dicho, no tiene en cuenta que uno puede masturbarse sin emplear la mano, bien en el caso de las mujeres, a las que nos basta el dedo corazón, o bien en el caso del empleo de algún utensilio auxiliar. Es por eso, y por intentar darle una connotación más científica y alejada de la condena moral, que diversos autores han propuesto otras denominaciones.

Havelock Ellis, el sexólogo de principios de siglo, introduce un término nuevo que no es dependiente de la mano:

el «autoerotismo». A mí me gusta, pues acaba con el predominio de la mano y la ausencia de «utensilios de soporte», además de entregar la autoridad del gesto a uno mismo. En los años cincuenta, un sexólogo italiano llamado Rinaldo Pellegrini incorpora una nueva denominación genérica, la «ipsación» (otro latinismo que significa algo así como «a sí mismo»), a la que agrega otra más específica para definir aquella práctica que se apoya en el uso de la mano, pero a la que intentaba quitarle la connotación culpabilizadora que tiene la masturbación: la «quiroerastia» (formada por términos griegos que significan «amar con la mano»).

Otro término con el que suele confundirse la masturbación (además de condenarla piadosamente) es el de «onanismo». Onán es un personaje bíblico hijo de Judá que, según la tradición hebrea, debía casarse con su cuñada cuando ésta enviudó. Pero si Onán tenía un hijo con ella, el hijo nacido de esta unión adquiriría los derechos de herencia por encima del propio Onán, con lo que éste decidió no verter su simiente en el vientre de su cuñada mediante el *coitus interruptus* (la «marcha atrás»). Es decir, que cuando el tal Onán estaba a punto de eyacular vertía su simiente sobre el suelo y no donde correspondía.

Detectada la trampa por Dios, éste lo mató (y no a pajas, precisamente...). Por tanto, lo que hacía Onán y lo que condena la Biblia, no es la masturbación en sí, sino cualquier práctica (*coitus interruptus*, *coitus reservatus*, uso de preservativos, etc.) que transforme la sexualidad en un hecho no reproductivo. Además, el término «onanismo» pierde sentido si lo aplicamos a nosotras (salvo que lo queramos adoptar para la menstruación).

LA TÉCNICA MÁS TURBADORA

El placer de besarse la punta de los dedos, hacerlos descender despacio hasta la abertura de la vagina para lubricarse y volver a subir lentamente rozando los labios hasta llegar a la pequeña prominencia del clítoris. Extender el dedo corazón cuando todo está en calma, las piernas muy abiertas, la otra mano que busca el pecho y sujeta con fuerza el pezón.

A partir de entonces, vosotras mismas. Desde la estimulación clitoriana indirecta, con pequeños golpecitos sobre el capuchón o con movimientos circulares alrededor de él, sin olvidar el suave rozamiento sobre la vulva, a la estimulación clitoriana

directa, con dos dedos de la otra mano que retiran hacia atrás el prepucio del clítoris para exponer el glande, con un movimiento del pulgar perpendicular al glande que a la vez que retira el capuchón roza el glande. De vez en cuando con algún vibrador, otras con penetraciones anales o vaginales. A veces frente a un espejo, otras a oscuras y con los ojos cerrados; a veces boca arriba y con un pequeño cojín sobre las nalgas, otras a cuatro patas y meciéndote sobre tus dedos quietos... Vosotras sabréis (y seguro que sabréis, pues, como dice el refrán: «No hay mejor recado que el que una se hace»).

Así que, ¡venga!, a tocarte, que es la mayor muestra de cariño que puedes ofrecerle a alguien que os va a acompañar durante toda la vida y que a buen seguro se lo merece. La masturbación es un armisticio con vosotras mismas aunque estéis en período de entreguerras, y eso es algo que debéis preservar y glorificar (nunca merece la pena enfrentarse a una misma... bueno, quizá sólo salvo por un «quítame allá esas pajas»...).

10

El rábano en la boca

La felación es una práctica erótica que se engloba dentro de las pertenecientes al sexo oral y que son todas aquellas tendentes a provocar estimulaciones eróticas con la boca. En el caso concreto de nuestra querida felación, consiste en la estimulación erótica que se realiza con la boca sobre los genitales de un hombre (falo y escroto).

La felación, contrariamente a lo que

de continuo sugieren muchos (por ejemplo, el cine porno), es una erótica en sí misma y no un preliminar al coito. Esta manía de colocar todas las eróticas como preámbulos para una supuesta gran práctica final es una herencia de aquellos modelos de sexualidad, principalmente religiosos, que consideran que la única finalidad del sexo es la procreación. Así, no es de extrañar que haya todavía personas que se pretenden entendidas en cuestiones del hecho sexual humano y que sigan hablando de «relaciones sexuales completas» cuando contemplan y se enfocan hacia la penetración. Un ejemplo muy curioso lo tuvimos con el

affaire Lewinsky y el expresidente de Estados Unidos Bill Clinton. Cuando se destapó el asunto (y por «asunto» no me refiero al miembro presidencial) y el bueno de Bill no tuvo más opción que reconocer que la becaria había recordado sus tiempos de lactante con él, la defensa del presidente arguyó de inmediato que sí, que bueno, que Bill había dicho y jurado que no tuvo sexo con la becaria, pero que no mintió pues una mamadita no es sexo.

Con ello quiero indicaros, queridas lectoras, que si pensáis que la felación es sólo una manera de poner a tono y de predisponer al macho a la cópula, mal empezamos. La felación es un grado de

maestría y con ella se puede demostrar muchísimo más talento y comprensión que con el coito.

LA HISTORIA

El término «felación» proviene del latín *fellare*, que significaba «chupar». Pero para los romanos era un término despreciativo, pues indicaba «chupar sin ganas», como por obligación. Ellos preferían utilizar el verbo *irrumare* para designar esta práctica erótica que implicaba la voluntad y el talento de dar placer. El porqué hoy en día hablamos

de felación y no de, por ejemplo, «irrumación» se debe a que los moralistas que han controlado nuestros comportamientos, y también las palabras, la han considerado (como todo lo placentero y carnal) como algo despreciable. Los mismos romanos no eran especialmente amantes del sexo oral, del mismo modo que eran grandes amantes de las dobles morales. Para ellos existía la concepción de que la boca debía ser pura y no estar sujeta a contaminación sexual alguna, pues a través de la boca se proferían discursos, juramentos y, sobre todo, se certificaba la *fides* (un concepto de capital importancia social, política, económica

y jurídica que implicaba la fiabilidad de que lo que se decía era cierto o se cumpliría). Eso en teoría, pues en la práctica existían meretrices dedicadas exclusivamente a practicar felaciones (las «felatrices») y que alcanzaban los más altos reconocimientos sociales en las artes amatorias (y «mamatorias», por supuesto), lo que demuestra la importancia que daban a una buena felación. Fuera de esas felatrices profesionales y por lo dicho de lo mal considerado de la práctica, no se concebía que una esposa practicara felaciones en el hogar (en el hogar quedaba reservada a esclavas y esclavos), pues era denigrante para ella

y su honor habría sido puesto en entredicho. Del mismo modo, un hombre sólo podía practicar una felación a otro hombre si su condición era la de esclavo o de prostituido.

En Grecia parece que eran mucho más tolerantes con esta práctica y, según cuentan algunas fuentes, las más reputadas eran, sorprendeos, las lesbianas. Así, «lesbiana» es el nombre que parece que da Homero a las habitantes de una pequeña isla, Lesbos, que con posterioridad sería el lugar de nacimiento de la poetisa Safo. Las lesbianas (como gentilicio) gozaban de una gran independencia sexual y eran, al parecer, muy aficionadas a practicar el

lesbiázein (la *irrumatio* latina); de ahí su nombre.

Pero si existe algún lugar en nuestra historia antigua en el que la felación fue cosa de dioses (al menos está contemplada en sus mitos fundacionales) fue en Egipto, donde la historia nos ha dejado a una de las felatrices más famosas: la reina Cleopatra (quien parece que con este arte volvió locos a unos cuantos prohombres romanos, entre ellos a Julio César o Marco Antonio... aunque tal reputación bien pudiera ser una forma de desprestigiarla públicamente).

ALGUNOS DICES Y DIRETES

No a todas las mujeres les gusta practicar felaciones. Especialmente suele suceder en mujeres a las que, bien por edad, bien por cultura, les sigue pesando en exceso el simbolismo amenazador del pene (entre el que se cuenta la correspondencia simbólica de objeto para «hacer daño»... la espada, el palo, etc.). Antes de nada, dejadme deciros, queridas amigas, que esa opción es del todo respetable. El hecho de no practicar felaciones (o cualquier otra erótica) no necesariamente mengua

el valor erótico de la persona, y es una decisión personal que debe respetarse (en el sexo, cuando se practica bien, hay un adverbio que siempre tiene que funcionar a la perfección: «no»).

Sucede también, y esto es una de las maravillas morales que tenemos como seres sexuales, que la felación es una de esas actividades que procura el placer de procurar placer. Quiero decir con ello que el gozo de la que la realiza no está en su propia e inmediata satisfacción sino en la satisfacción de procurar el gozo al otro (el altruismo es mucho más característico del sexo que de ninguna otra actividad humana).

Una causa que suele producir

rechazo a la hora de llevarse algo como un falo a la boca es la creencia de que se trata de una práctica sumisa, en la que el «felador» está al servicio del «felado». Sin embargo, la realidad es más bien todo lo contrario. En primer lugar, por una razón evidente: en la boca tenemos dientes (y además somos omnívoros, es decir que, puestos a comer, lo mismo nos da un apio que un plátano... o el besugo entero). Pero además de eso, de que el que presta un pene para ser «felado» siempre puede acabar cantando tres tonos más agudo, resulta que absolutamente todo el control de lo que sucede está en nuestras manos (vamos, en nuestra boca y en

nuestro talento): desde la velocidad con la que nuestro compañero de juegos va a alcanzar el orgasmo hasta si lo conseguirá o no.

Otra causa de rechazo acostumbra a ser el miedo a que un objeto voluminoso en la boca nos pueda producir arcadas o sensación de asfixia. Esto no debería representar ningún obstáculo. En primer lugar porque, como decíamos antes, todo está bajo el control de la felatriz (la profundidad de la penetración, también) y, además, porque si la felatriz es experta, sabe que lo que debería contener la boca no es más que el glande (que, aunque sea glande, por lo general no es muy grande) y no todo el tronco, al

que se puede estimular oralmente de muchas y diversas maneras.

Y llegamos al punto más peliagudo de los «contras» que la felación puede suscitar en algunas mujeres: la ingesta del semen. A este respecto, sólo os diré que no es en ningún caso obligatoria, que la eyaculación puede preverse (aun en el caso de que nos hayamos topado con un caballero que no nos permita una «retirada a tiempo»), que el semen no es sucio (no es algo descartado por el organismo tras la digestión como las heces o la orina) y que, además, se digiere bien, en las cantidades que se emite. Esto no impide que pueda ser un fluido contaminante de infecciones de

transmisión genital, por lo que el preservativo puede sernos de nuevo muy útil en las mamadas ocasionales. Al semen le dedicaremos un capítulo exclusivo un poco más adelante y veremos, incluso, cómo obtener un sabor concreto de él.

MANOS (Y, SOBRE TODO, BOCA) AL ASUNTO...

Cuando nos ocupamos de la fisiología del pene, ya mencionamos el hecho de que la parte que más procura el erotismo era el glande y su suave frotamiento. En

la felación ha de ser, por tanto, el punto que exija nuestras mayores atenciones (aunque ni mucho menos de manera exclusiva). Hay una zona particularmente agradecida a las caricias: la zona baja donde está insertado el frenillo, de tal manera que unos ligeros toques repetidos con la lengua pueden ser enormemente placenteros (aunque os hago una recomendación: son más eficaces cuando tu pareja está en una zona muy alta de la excitación o incluso ya en la meseta previa al orgasmo). Del mismo modo, la succión realizada con los labios hacia dentro con el apoyo delicado de la lengua (como si de

mamar suavemente se tratara) a lo largo y ancho del glande suele resultar también irresistible.

Durante la felación, los labios deben permanecer firmes aunque sin rigidez; con esto se consigue que no pierdan capacidad motriz pero que resguarden bien los dientes debajo (que el pene se tope con algo duro no parece aconsejable... aviso no sólo a las mujeres con dientes sino también a las que tienen *piercings* linguales... aunque muchas pensarán lo contrario) y los movimientos no deben ser siempre de «arriba abajo y vuelve a subir», sino que también resulta aconsejable realizar medias rotaciones cuando menos se lo

esperen. Las manos deben servirnos de apoyo, con una ligera estimulación en la parte baja del tallo del pene o los testículos o la próstata, o bien para sostenerlo, pero no deben tener mayor protagonismo, pues no estamos realizando una masturbación sino una felación.

Es natural que al introducirnos algo en la boca comencemos a salivar (ya indicamos que sexo y antropofagia comparten antepasados comunes). Bienvenida sea la saliva, pues es un extraordinario lubricante natural (nada peor para el glande que la sequedad) que nos va a permitir un deslizamiento suave, además de ser, por su

composición, un bactericida muy potente. Mientras más se lame, más saliva se produce, y ésta puede distribuirse con el propio lamido o escupiendo (pero ¡ojo con esto!: no siempre puede resultarles agradable; hay tipos muy finos hasta en la cama, aunque cuando les resulta placentero, lo es mucho).

Los testículos no deben olvidarse. De tal manera que lamerlos, succionarlos o incluso tirar ligeramente de ellos hacia abajo cuando la eyaculación es inminente, suele dar magníficos resultados. Pero atención, queridas amigas, hacedlo de forma progresiva (no empecéis como si fuerais

el párroco tocando las campanas de misa de doce), pues no a todos los hombres les resulta placentero el manejo de sus testículos (vamos, hay algunos a los que de ningún modo les gusta que les toquen las pelotas).

Insertarse todo el pene en la boca no es, vuelvo a repetirlo, necesario, pues en todo caso el único efecto que producirá en el varón es de carácter psicológico más que físico (pues, entre otras cosas, perderemos indefectiblemente movilidad en la lengua); pero si aun así quiere intentarse, conviene que midamos muy bien el tamaño y el calibre de lo que vamos a engullir (otra ventaja de los

varones que tienen un pene contenido frente a los tontamente llamados «superdotados»).

En caso de que hayamos optado por ingerir el semen (véanse las consideraciones anteriores), debemos hacerlo de forma explícita pero lenta. Que nuestros amantes sientan el fluido en nuestra boca (paladearlo cerca de su oído suele dejarlos tan satisfechos como si hubieran sido ellos los que acabaran de mamar) y, por último, que perciban cómo se desliza suavemente por nuestra garganta.

Los hombres, y este tópico suele ser bastante cierto, son bastante visuales. Por tanto, el hecho de que participen

visualmente de nuestra felación, bien sea porque nos apartamos el pelo en caso de tenerlo largo (como actualmente una servidora), bien porque optemos por una postura frontal, también nos mejorará el rendimiento.

El lápiz de labios es otra característica que debemos mencionar. De hecho, muchas prostitutas en la antigüedad anunciaban sus méritos de felatrices coloreándose los labios con tonos marcados. Hay que tener en cuenta que el hombre, en su imaginario erótico, asocia los labios con la vulva, por lo que si utilizamos un color muy fuerte o muy poco natural (como, por ejemplo, los violetas), crearemos un rechazo

inconsciente por su parte a la felación. Del mismo modo, dejar marcas de carmín en el pene puede resultar excitante para él, pero también puede provocarle algún sobresalto o alguna asociación simbólica poco agradable.

Por último, la actitud general debe ser la de que estamos haciendo algo que nos apetece extraordinariamente. Es por tanto necesario acompañar con ciertos gemidos y cálidas respiraciones nasales (el control de la respiración es fundamental, y hay que evitar las apneas, que normalmente se producen por un exceso de precipitación o profundidad) siempre que no parezcan falsas (él sabe que no estamos obteniendo con ello

ningún placer físico, por lo que si exageramos, notará nuestra impostura y obtendremos justo lo contrario que pretendemos). Asimismo, es importante que el ritmo que impongamos a la felación sea acorde al ritmo de excitación de nuestro *partner*, que por lo general será de menos a más, para volver a menos cuando queramos controlar su deseo para incrementarlo nuevamente. Y, queridas amigas, si deseáis que la felación se prolongue, tomaos ligeros momentos de descanso que permitan recuperar el control respiratorio, por ejemplo, lamiendo de arriba abajo el tallo del pene como si estuvierais tomando un helado, o bien

colocad la lengua tocando el paladar, para que se relaje, lo que además producirá en el glande una sensación muy placentera de «recogimiento» (vamos, como si de un convento de clausura se tratase).

¿MÁS RAZONES?

Dos más, entre amigas y para concluir.

La felación suele ser el mejor antídoto contra la impotencia (ya nos referimos a ella cuando hablamos del pene) y también contra los amantes persistentes. En efecto, así como hay

«taladradores coitales» que consiguen mantener esa erótica un tiempo considerable (en ocasiones, demasiado considerable para nuestras apetencias), es muy difícil que controlen su eyaculación con la misma facilidad durante una correcta felación. De modo que si los empujones empiezan a sonar como tambores de guerra, nada mejor para acabar con el asunto que agarrarlo no por las hojas sino por el rábano y comérselo... *Bon appétit*. (¡Ah! Eso sí... evitad eructar después de la ingesta).

11

Aquello que gotea

LOS FLUIDOS VAGINALES

Sí, en ocasiones gotea, ¿y qué? No por eso lo vamos a tirar, ¿no?

El motivo es sencillo: tanto las paredes de nuestra vagina como el cuello del útero producen secreciones, y no lo hacen para mayor gloria de los

fabricantes de salvaslips, sino por dos razones tan concretas como protegerse y lubricarse.

Estos fluidos varían en función del momento menstrual en que nos encontremos así como de nuestro grado de excitación (cuidado con aquello de: «¿Mojas, querida?», que hay algunos por ahí que llegan ya con la miga de pan en la mano). Su producción y calidad cambian según varíen nuestros niveles hormonales y de estrógenos, por lo que nos pueden ayudar a intuir algunas cosas. Enseguida nos ocupamos de esto. Antes, algunas consideraciones más.

El fluido que nos lubrica tiene una composición química parecida al suero

fisiológico (aunque muy excitada hay que estar como para ponérselo en el gota a gota a un amante exhausto) y un sabor y olor variables en función de cada mujer. Y ahí es donde quiero detenerme un segundo. Cada coño (empleemos la palabra genérica y común para no entrar en especificaciones) es único, exclusivo e intransferible. Lo es en su conformación, pero sobre todo en su modo de actuar y en los olores y sabores que produce. Por lo tanto, si un amante os quiere amar, deberá amar esa parte de vuestra anatomía. Decía el ensayista Pascal Quignard: «Amar es amar con locura el olor del otro», y llevaba muchísima razón, especialmente si a la

zona genital nos referimos. En ese proceso de emitir olores, nuestros fluidos genitales tienen una importancia capital, del mismo modo que influyen en el sabor (a ver cuándo inventan los fabricantes de condones el preservativo con sabor a pene). Por consiguiente, no debemos avergonzarnos de nuestros fluidos, sino más bien al contrario, hay que respetarlos y hacerlos respetar. Si el sabor y el olor íntimo de una mujer son normalmente fuertes o ácidos, no hay que intentar camuflarlos con olores artificiales y mucho menos con una higiene excesiva e impropia. La higiene de nuestros genitales es muy sencilla: un poco de agua en la vulva (labios

mayores y menores y entrada de la vagina) y en ningún caso una ducha vaginal para intentar contrarrestar nuestros fluidos, pues lo único que vamos a conseguir es que debilitemos nuestras defensas y variemos el pH, ácido protector de nuestra flora (por lo demás, será inútil para evitar el olor).

Nadie como la propia mujer conoce la calidad de sus fluidos. Por eso antes he empleado el término «normalmente» para referirme a situaciones de olor o de cantidad que se dan con frecuencia. Otra cosa es una variabilidad significativa en cualquiera de esas dos condiciones de nuestros fluidos. Si se produce una

variación es importante considerar lo siguiente:

Un semáforo líquido

Antes de que existieran las ecografías, los análisis químicos y hasta los espéculos pero ya había mujeres con sus atributos, el mejor método para conocer el estado de salud de una vagina era valorando directamente los fluidos vaginales. Así, parteras, médicos (o curanderos) y demás «aficionados» a estas interioridades se apoyaban desde la antigüedad en la consistencia, el olor

y el color del flujo vaginal a fin de emitir un diagnóstico (o un auto de fe). Especialmente del «moco» (es un término feo y además poco acertado) que produce la cervix (el cuello del útero).

Esta elemental observación sigue siendo de enorme validez para todas nosotras, pues cualquier variación, aparte de las normales derivadas de nuestro ciclo menstrual, nos está indicando algo. Hay situaciones que provocan un incremento de la cantidad de flujo, que pueden ser desde, por ejemplo, un episodio de estrés hasta un embarazo, la ovulación o la ya mencionada excitación sexual. Del

mismo modo, una notable disminución puede estar anunciándonos una falta de estrógenos (normalmente debida a la menopausia). Pero también puede estar indicándonos algún tipo de dolencia, como una vaginitis (infección de la vagina) bacteriana que suele producirse por un aumento descontrolado de la flora natural (normalmente debido a cambios emocionales, estacionales, etc.), o bien por una bacteria concreta, como la *Chlamydia*, o bien por una micosis (infección producida por hongos), la más habitual de las cuales es la *Candida* (que tiene muy poco de cándida).

En cualquier caso, si detectamos una

irregularidad en nuestros fluidos, sobre todo si este cambio opera además con síntomas como irritación, picores, dolor o fiebre, lo mejor es consultarlo con un profesional (de la medicina me refiero) y abstenerse de fornicaciones hasta que el asunto esté resuelto o dictaminado.

Sin embargo, estas alteraciones no sólo nos sirven para detectar dolencias. Así, en condiciones de salud normales, cuando el moco (sigue sin gustarme el término...) cervical tiene un aspecto parecido a la clara de huevo y puede alargarse sosteniéndolo entre dos dedos unos 4 centímetros, lo que nos está indicando con toda probabilidad es que estamos ovulando (es decir, estamos en

nuestro período de mayor fertilidad), del mismo modo que si el flujo es denso y espeso como el gel de baño y de color blancuzco o amarillento (en el cuello del útero es traslúcido, pero en contacto con el aire amarillea) o pegajoso y con grumos, nos está señalando que es difícil la concepción, pues los espermatozoides van a moverse con mucha dificultad en este elemento.

El fluido «ovni»

¿Eso es todo lo que gotea en una mujer? Pues no. Al parecer hay también otro

fluido que bien encajaría en aquellas siglas de objeto volante no identificado: nos referimos al emitido por la eyaculación femenina. No entraremos aquí en más detalles sobre este fenómeno; si se produce, si no se produce, si se produce en la mayoría de las mujeres o en la minoría, si su composición es en gran parte orina o no lo es, si el fluido tiene alguna utilidad o no la tiene, si se emite a través de la uretra, de las glándulas de Skene o de la vagina... No entraremos en detalles, pero sí abordaremos una cuestión: ¿cómo coño es posible que sigamos sin saber nada de esto?! ¡Es como si entre nuestros bestiarios de zoología

occidental hubiésemos descubierto al guanatí enano de Borneo pero no supiéramos nada del gato! ¿Cómo es posible que podamos manipular el código genético de una molécula y no sepamos por qué, para qué y cómo una mujer puede eyectar un fluido durante su orgasmo?! Y la última: ¿sigue siendo la sexualidad femenina cosa de oráculos, de elfos y de hombres de las nieves?

LOS FLUIDOS GENITALES MASCULINOS

No se puede decir que esto de los fluidos masculinos sea la leche. Básicamente, y si al sexo nos referimos, son dos: el semen y el líquido preseminal. Ambos difieren considerablemente en función (y, por tanto, en composición), en aspecto, en sabor y en olor. Vayamos al grano (o al huevo) y empecemos por el semen.

El semen

El término «semen» proviene del latín *semen*, *seminis*, que significa «semilla», y si bien algunos lo emplean como

sinónimo de «esperma» (que vendría del griego *sperma*, que significa «germen» o «semilla»), otros prefieren designar con «esperma» la parte de espermatozoides que contiene el semen (que es aproximadamente un 10 por ciento de lo eyaculado, siendo el resto líquido seminal).

A la vista (siempre hay que procurar no verlo demasiado cerca pues escuece, y mucho, los ojos...), es un líquido biológico de color blancuzco de cierta densidad y ligeramente pegajoso.

Su función, obviamente por contener espermatozoides, es la de fecundar el óvulo e iniciar el proceso reproductivo. Su emisión la realiza el varón mediante

una eyección que se produce a través de la uretra durante el proceso orgásmico. Para las amantes de los datos absurdos, os indicaré que el semen puede ser eyectado en una primera contracción a casi 50 kilómetros por hora, lo que se acerca a una distancia de tiro de hasta 2 metros (vamos, como para ponerse un chaleco antibalas...), pero que no siempre es así, pudiendo del mismo modo ser derramado sin mayores aspiraciones. El motivo de que se pueda expulsar lejos no es herir a nadie, sino intentar llegar al cuello del útero (en este caso cumple una función similar a la de la erección: arrimarse lo más posible a su objetivo).

El semen, como hemos indicado, contiene espermatozoides producidos por los testículos sumados al epidídimo, así como también un «envoltorio» fluido (el líquido seminal) que les garantiza un período de supervivencia suficiente como para navegar por un medio tan ácido como el de la vagina (con un pH cercano al 4 que le permite protegerse de infecciones). Por ello, el espermatozoide tiene un pH cercano al neutro 7, aunque puede oscilar para resultar operativo entre el 6,5 y 8. El líquido seminal se produce con diversas aportaciones de las vesículas seminales, la próstata o las glándulas de Cowper.

Para los antiguos (entre los que

cuento a Hipócrates o a Aristóteles), el semen contenía en sí mismo la nueva vida, y si bien Hipócrates concedía una participación a la mujer, pues el esperma se depositaba en el vientre de la fémica para nutrirse de la sangre menstrual, Aristóteles afirmaba que el papel de la mujer era poco más que el de darle de comer de manera pasiva (por defecto y con lo que ella se alimentaba). No será hasta finales del siglo XIX cuando se le otorgue a cada uno la parte que le corresponde.

La cantidad de semen que se eyacula es también variable y está en función de algunas cuestiones como, por ejemplo, el tiempo que ha pasado desde la

eyaculación precedente, pero puede cifrarse entre 2 y 5 mililitros como promedio normal. En el caso de no eyacular nada o de que la eyaculación sea inferior a 0,5 mililitros («aspermia») o si, pese a que la cantidad eyaculada resulta mayor, no hay presencia de espermatozoides en el semen («azoospermia»), nos encontraremos con efectos de infertilidad. Hay que pensar que el semen debe contener alrededor de 20 millones de espermatozoides por mililitro eyectado para que pueda considerarse fértil.

Ocupémonos ahora del sabor del semen, pues hay algunas que no sólo lo

reciben sino que también lo paladean. A mí personalmente, y esto es un secreto entre amigas, me gusta, en condiciones normales, el sabor natural del semen (bueno, me gusta sólo el de mi novio... por si estás leyendo estas páginas, cariño, y aún somos novios). Pero existen personas que lo encuentran o demasiado ácido o agrio... A todas ellas tengo que decirles que, como sucede con todos los fluidos biológicos, el sabor y el olor se alteran, además de por una falta de higiene o de ciertas medicaciones, por los alimentos que se consumen (probad si no a comeros un espárrago y luego haced pipí y ya me diréis...). A este respecto, se dice que el

tabaco, la marihuana o el alcohol amargan enormemente el semen, que las carnes rojas, los espárragos, el brécol, las espinacas y los complejos vitamínicos lo vuelven muy ácido, mientras que el arroz, las patatas, los pasteles, los helados y las bebidas azucaradas suelen endulzarlo notablemente. No sé a ciencia cierta qué hay de verdad en ello, pero por probar que no quede (ellas, cariño, las lectoras, que a mí no me hace falta).

El líquido preseminal

El líquido preseminal es otro fluido biológico de aspecto traslúcido, mucho menos denso que el semen y de sabor más neutro que el varón suele emitir por el mismo conducto uretral en sus momentos de excitación. Sus funciones son básicamente tres: permitir la lubricación (en especial del glande para que pueda deslizarse con facilidad bajo el prepucio o lo que se le ponga delante), limpiar la uretra de restos de orina y proteger los espermatozoides del ambiente ácido de la vagina. La cantidad de ese líquido que produce un hombre es variable (no siempre en función de su excitación sexual), y puede ser desde prácticamente inexistente hasta

considerable (vamos, tampoco como para inundar un pantano... unos 4 mililitros).

Normalmente no contiene semen en cantidad suficiente como para provocar un embarazo, pero ojo, no hay que fiarse, porque si tras un coito interrumpido con eyaculación ha quedado semen en la uretra, el siguiente líquido preseminal puede arrastrarlo hacia el interior de la vagina. Tampoco hay que olvidar que si bien no puede producir un embarazo, es, como sucede con el semen, una vía de contagio de enfermedades de transmisión genital.

Y hasta aquí lo que gotea de los

humanos sexuados, que, como se ha visto, ni es tan extraño ni tan sucio... Las lágrimas también son un fluido biológico interno y no por ello han dejado los poetas de cantarles (aunque espero, querida amiga seductora, que si tras un encuentro hay lágrimas, sean tuyas y no tuyas... y de felicidad, por supuesto...).

12

Por delante...

Una empanada, eso es lo que es. Me refiero al término «coito», no a lo que representa, que se asemeja más bien a unos huevos al plato con salsa de pepinillos. Si nos atenemos a su etimología latina, la palabra está formada por la unión del prefijo *co* (que implica unión) y de *ito*, que es el participio pasado del verbo *ire* («ir, marchar»), por lo que su significado

sería el de «idos conjuntamente». Es decir, que se podría entender que coito es toda aquella opción erótica que puede llevar a dos amantes a irse (... corriendo). Si, dubitativos, vamos a la RAE (que no es ninguna práctica erótica, sino la Real Academia Española de la lengua, y no por ello del sexo oral), nos dice que «coito» es la cópula sexual. ¿Y qué es cópula?, pues la acción de copular (¿qué va a ser?), así que tendremos que mirar «copular» para aclarar el tema: «Unirse o juntarse sexualmente». Ya estamos en las mismas, cada vez que nos unimos con alguien o nos juntamos para interactuar sexualmente, ¿copulamos o tenemos un

coito? Juraría que no. Así que, queridas mías, vamos a tirar de la *vox populi* y a decir que entenderemos por coito la acción de «meterla» (suena un poco basto, lo sé, pero finos ya parece haber montones).

Si hablamos de coito vaginal, entonces nos referiremos a introducir el falo en la cavidad vaginal. Sencillo, ¿no?

Pues no, no tanto. Sucede que a esta práctica erótica, entre otras, cuya única verdadera particularidad es que puede producir gestación, la hemos convertido en el centro, la finalidad y el motivo de nuestro estar sexual en el mundo. Y esto es tan absurdo como, por ejemplo, que

creyéramos que el motivo de la actividad económica mundial es fabricar misiles de largo (o no tan largo) alcance. Si alguna de vosotras habéis seguido un poco mi trayectoria, sabréis que sólo suelo recomendar el coito a aquellos que quieran tener hijos, y no se trata de que a mí no me guste meterme de vez en cuando un buen coito entre pecho y espalda, pero creo, sinceramente, tal y como está planteado el tema, que la fijación por meterla (además, siempre a empujones), es decir, la obsesión por el coito o ayuntamiento (se ve que en los consistorios se lo pasan en grande), no beneficia a nadie. Parte de la culpa de la

magnificación y sobrevaloración de esta erótica la tienen, cómo no, todas aquellas doctrinas ideológicas y morales que han asociado exclusivamente la condición de seres sexuales que tenemos los humanos a la reproducción. Un ejemplo evidente de esto es el cristianismo, que consideró y sigue considerando (recuérdese su doctrina sobre los preservativos aun conviviendo con la plaga del sida) que una persona sólo debe hacer uso de esa condición si la finalidad de dicho uso es la de traer al mundo a otro cristiano (Orígenes, uno de los Padres de la Iglesia del siglo III y uno de sus máximos ideólogos, junto a santo Tomás de Aquino y san Agustín de

Hipona, decidió que como lo suyo no era tener descendencia lo mejor era castrarse... y con ese «entrego un eunuco a los cielos» perdió sus testículos pero no su condición de ser sexuado). Esas creencias implican la condena de cualquier práctica o erótica no reproductiva (desde la masturbación hasta la contemplación de un cuerpo desnudo, pasando, por supuesto, por la sodomía, el sexo oral, etc., es decir, la casi totalidad de la sexualidad en sí misma). Pero, además, aunque la práctica sea reproductiva, debe estar sometida a toda una «liturgia» de puesta en escena que excluya desde los mal llamados «preliminares» (si a una

felación, por ejemplo, se la llama «preliminar» es porque se considera que existe un «liminar», es decir, un «umbral», una puerta, una entrada... el coito) hasta cualquier atisbo de gozo (hay muchas maneras de intentar castrarse... no sólo cascando los huevos).

Si cualquiera de vosotras le confiesa a una amiga o a alguien cercano que ha mantenido relaciones sexuales, nadie pensará que, por ejemplo, habéis estado leyendo poesía erótica, sino que os imaginará fogosamente «coiteando»... porque se sobrentiende que tener relaciones sexuales es practicar el coito. En esta asociación no sólo ha influido el

cristianismo, también ha ayudado el terror que los adultos imbuyen a sus hijos sobre el coito (terror que sólo incrementa la curiosidad y la sublimación de ese acto). No me extraña, pues si la virtud, la dignidad, la virginidad, la salud y el futuro de una mujer dependen del hecho de que entre esa cosita en la vagina, el asunto no es para menos, por lo que hay que abrir la puerta del infierno (antes que la del coño) a tal acontecimiento. A los hijos, queridas amigas, sólo debemos decirles que usen preservativo, y mantener con ellos una actitud: la de dejarles crecer.

Pero tampoco se trata sólo de una política educativa sexual en exclusiva

de prevención ante el coito la que lo ha privilegiado como el momento casi único del sexo humano, sino que también influyen todas las plataformas culturales de explicación y consolidación del modelo «coitocéntrico», desde gran parte de la literatura erótica hasta el cine porno, con sus rutinas de ensalivamiento, gruñidos y perforaciones.

En realidad, la penetración no aporta enormes beneficios ni a nosotras ni a ellos. Aunque es cierto que para ambos puede incrementar la sensación un tanto mística de unión y simbiosis del uno con el otro, a nosotras la estimulación vaginal con el pene no suele

proporcionarnos placer físico, y a ellos los carga de responsabilidades.

**SI NO ES POR NO
ENTRAR, PERO SI HAY
QUE HACERLO, QUE SEA
CON GRACIA...**

Los besos han sido intensos, notas que la lubricación amenaza con deslizarse ya por tus piernas, ves su falo erecto y la congestión sobre su glande que rezuma hambre. Lo colocas frente a ti, una gota de sudor cae sobre tu pecho, los labios

de tu sexo se engrandecen ligeramente y notas que la vagina se entreabre para recoger dentro ese fragmento inflamado de tu amante.

Bien, asumamos que nos apetece «coitear». Ya hemos mencionado que existen eróticas que requieren más maestría que la penetración (por ejemplo, la felación o las relacionadas con el BDSM que veremos más adelante), pero ello no implica que valga cualquier cosa.

El estado emocional, por más apasionada que sea la cita, debe ser relajado; nada peor para el placer propio y ajeno que el baile de sambito. Así, debemos intentar mantener una

calma activa, que nos permita un control motor fiable sobre nuestros movimientos, así como espontaneidad (la cabeza despejada es fundamental para esto), desinhibición, iniciativa y cordura (hasta el momento de perderla).

Personalmente nunca he sido muy amiga ni de las contorsiones ni de las «batidoras» (es una opinión personal) y considero que los ejercicios gimnásticos están bien para el espectáculo pero poco para tocar el culo. De manera que los grandes movimientos de pelvis tanto en él, pero sobre todo en ella, tendentes a deslizarse muy rápido sobre el falo o a rotar sobre él como si se nos fuera a cortar la mayonesa, suelen resultar

mucho más espectaculares que efectivos. Del mismo modo, las posiciones contorsionistas que impiden una relajación muscular de todo el organismo, también son más apropiadas para que nos graben que para que nos gocen. Hay una cosa que deberíais considerar, queridas amigas, en función del tiempo de resistencia que queráis encontrar en vuestro amante: contrariamente a lo que pueda parecer, a un hombre le cuesta menos sostener el coito si el ritmo de penetración es alto que si se realiza con suavidad. Así, si vuestro amante ya os cansa, disminuíd el ritmo, masajead sorprendentemente su pene con movimientos de contracción

vaginal (directos o circulares, aunque esto último requiere de cierto oficio en la coordinación de vuestro suelo pélvico) y veréis que el asunto está resuelto. Si, por el contrario, os satisface prolongar más el encuentro, pedidle con un gesto que acelere las embestidas, por ejemplo, sujetándole las nalgas con las manos si estáis en una postura como la del misionero, pero no intentéis variar el ritmo vosotras mismas con movimientos de pelvis, pues eso le desconcertará, le hará perder el control de su ritmo de penetración y, además, es muy probable que os descoordinéis (con las incómodas y cortantes salidas del pene cuando menos se esperan). Del

mismo modo que él verá aumentada su resistencia, vuestro gozo se incrementará pero no la inminencia de vuestro orgasmo. Así que manifestad un gran placer cuando acelere su intensidad, pero reservad los gritos para cuando sean de verdad (por ejemplo, cuando se la seque con la cortina de raso). Si lo que queréis es acabar ya, os traslado un viejo truco de cortesana: pegad un alarido que haga temblar las paredes y moved con fuerza las paredes vaginales (como si hubierais obtenido el orgasmo más potente de vuestra vida). No falla.

Para realizar el coito, tampoco hay tantas posturas (en todo caso, cuatro o

cinco básicas, y algunas variaciones de cada una de ellas) y no os recomiendo como práctica habitual el variar en exceso de posición en un mismo encuentro sexual, pues volveremos a estar más preocupadas por la coreografía que por la música, y perderemos concentración y tranquilidad. Así que, cuando encontréis la postura que más os satisfaga, perseverad en ella. Del mismo modo, desconfiad de los amantes muy dados a los bailes carnales, pues es muy posible que sean del tipo de los que se miran en exceso y están más pendientes de ellos que de vuestro gozo (si nada más entrar en el sitio donde practicaréis la

penetración, veis espejos por todas partes y luces estratégicas, huid directamente... habéis venido a follar y no a una pasarela).

Para practicar el coito, los sitios pequeños y estrechos son un incordio (ya sea un coche o una cama de 90). Tampoco es necesario que os lo montéis en una pista de trotones, pero sí que haya un poco de espacio para desplazarse sin llevarse por delante la mesita de noche o el salpicadero (ahora caigo por qué se llama así esa parte de los coches...).

Como habréis deducido, servidora es bastante tradicional en esto de encontrar lugar para el coito y no se me

ocurre mejor sitio que la cama. El ascensor, encima de la lavadora, los baños públicos... me parecen más apropiados para las jovencitas que están buscando transgredir moralmente que para una mujer que sabe lo que va a hacer y lo que quiere (del mismo modo, aquello de encontrar un sitio nuevo para cada vez me parece cosa de exploradores más que de amantes).

Volvamos a las posturas (y, cómo no, a mis gustos personales). Particularmente encuentro que las posturas que permiten reposar el cuerpo y que dejan libres las manos, las propias o las del amante, son las más recomendables. El motivo es sencillo:

cualquier gesto que nos fuerce a mantener una postura incómoda resta atención para centrarse en lo que importa (no es lo mismo cantar sentado que haciendo el pino... aunque aquí se trate de cantar lo menos posible). También hemos dicho que la mujer difícilmente alcanzará el orgasmo con el coito, por lo que una estimulación del clítoris con los dedos suele ser siempre necesaria. La celebérrima postura del misionero (se lo debían de pasar bien evangelizando...) tiene algunas particularidades que, supongo, le habrán otorgado la fama. Por ejemplo, el hecho de que los amantes puedan verse los rostros. Hay algunos paleoantropólogos

que consideran que ése es el primer rasgo de humanización en el paso del primate al homínido: cuando los amantes se miran y se identifican con el otro, se puede empezar a hablar de cultura (parece que entre todas las especies de primates sólo la nuestra y la de los bonobos la realizamos). Resulta, asimismo, una buena postura para la concepción, lo que sin duda la convierte en válida para los moralistas antes mencionados, pues la penetración suele ser profunda. Sin embargo tiene, a mi parecer, algunos inconvenientes que derivan sobre todo de que la mujer tiene que soportar sobre su vientre el peso del varón y además éste tiene las manos

ocupadas sujetando, como si hiciera flexiones, el peso de su cuerpo. Asimismo, la gran cercanía de las dos pelvis (el «aplastamiento» es el que hace que la penetración sea profunda) convierte en prácticamente imposible poder estimular el clítoris.

Una variante de esta postura del misionero, y que a mí me gusta especialmente, es la del varón frente a su amante, bien colocándose frente a ella con el tronco erguido (por ejemplo, al borde de la cama) en un principio, bien de lado frente a ella después. Esta variación permite a los dos amantes tener las manos libres, los impulsos que realice él con la cadera o la pelvis son

cómodos pues simplemente se desliza sobre la cama (sin tener que aguantar su peso) y la penetración es frontal, por lo que el clítoris resta accesible en todo momento. Todas las penetraciones frontales (como, por ejemplo, tú tumbada en la cama y él de pie frente a ti) tienen la ventaja de que pueden estimular con el glande el punto G, aunque no es frecuente que ocurra, sobre todo si los dos amantes no lo están buscando. La única exigencia para practicarla es que el falo no puede tener una erección muy marcada (hay varones que son capaces de controlar su nivel de erección casi a voluntad) pues, en caso contrario, y al tener que entrar de frente

en la vagina, puede molestarle al tener que colocarla recta. En esta variación, podemos atenuar algo la incomodidad si colocamos bajo nuestros riñones algo que eleve el acceso a nuestra vagina (por ejemplo, un cojín o una almohada).

Otro gran grupo de posturas son las que se realizan, como decían los latinos, *a tergo*, es decir, desde atrás. Del mismo modo que el misionero es la más frecuente de las frontales, la llamada «el perrito» es la más común de este grupo. Esta postura, como ya habréis intuido, es la que se lleva a cabo colocándose a cuatro patas mientras nuestro amante nos penetra por detrás. Es una postura muy recomendable, pues, si inclinamos la

cabeza hasta apoyarla sobre la cama, las manos nos quedan libres para poder masturbarnos a voluntad. Además, tiene mucho morbo pues mostramos a nuestro amante claramente tanto los genitales como el ano, permite una buena concentración y a ellos les estimula visualmente (como ya indicamos, la vista es fundamental en la excitación masculina). ¿Los inconvenientes? Que no vemos la cara de nuestro amante (lo que en ocasiones es una bendición...), pero, a cambio, nos permite una mayor concentración en nuestro gozo. También puede resultar un inconveniente si nuestro compañero es más bajo que nosotras, pues es posible que tenga

algunas dificultades para alcanzar, de rodillas, con su falo, nuestra vagina. Es una postura de penetración muy profunda, además de bastante «animal» (siempre he dicho que el sexo no nos hace más animales sino más humanos), por lo que no estará de más, en especial si nuestro compañero tiene un falo considerable, que pongamos un tope con una de nuestras manos (recordad, la otra... al clítoris) en su pelvis o en su cadera, a fin de controlar el nivel de penetración (en caso contrario, las sacudidas en el cuello del útero pueden ser muy fuertes y desagradables). Como todas las penetraciones profundas, ésta también es adecuada para el embarazo,

así que ¡jojo! Y como aviso a navegantes de ambos sexos, cabe recalcar que es la postura idónea para tirarse «pedos vaginales», esas, en ocasiones, incómodas flatulencias que se producen al actuar el falo como un émbolo dentro de nuestra vagina y hacer que salga el aire que contiene. No tienen nada de sucios ni de olorosos, pero siempre es un incordio el vernos obligadas a justificarnos (por tanto, ¡qué coño!, no os justificuéis).

Una variación placentera de esta postura es la de los dos amantes recostados de lado, el varón detrás de nosotras. Con ello conseguimos que una de sus manos quede libre (pues no

tendrá que sujetarnos por las nalgas) mientras la otra queda atrapada en el lado interno, con una movilidad algo reducida (aunque puede servirle para acariciarnos el pelo o la espalda).

Otro gran grupo son las posturas en las que las mujeres llevamos la iniciativa, por ejemplo, en la llamada postura «del egipcio», o el «arre caballito», en la que, con el hombre tumbado, somos nosotras las que nos sentamos sobre su miembro, bien de frente o dándole la espalda. Eso exige de nosotras cierto esfuerzo físico y controlar adecuadamente el ritmo de frotamiento (lo cual es una responsabilidad, pues, en el coito, el

hombre es el sexo débil que siempre está dispuesto a irse corriendo). Es posible que a él le incomode el hecho de no poder decidir cuándo se retira, pero a cambio obtendrá una gran recompensa visual, sobre todo si lo «montamos» de espaldas a su rostro y nos inclinamos sobre sus piernas a fin de que él pueda ver todo el proceso de penetración: el falo húmedo erecto y rígido deslizándose suavemente por unos labios abiertos que lo acogen, las impactantes caricias de su glande golpeando las tersas paredes de tu vagina cada vez más líquida y que tiñe de brillo, con tu humedad, su miembro, mientras sus manos te entreabren las

nalgas al ritmo de sus gemidos...

¿Habéis gozado, queridas?... Pues esperad a que pongáis en práctica lo que habéis leído (entonces sí que será un disfrute... o quizá preferáis quedaros conmigo... nunca se sabe).

13

... Y por detrás

La historia nos enseña que los legionarios de la antigua Roma combatían con un vestidito corto con unos faldones con placas metálicas que, además de protegerles las nalgas, se las golpeaban al marchar. A este atuendo le llamaban *saccus*, y de ahí viene la expresión «dar por saco». No sabemos si las estrategias militares de los romanos les aconsejaban con frecuencia

«atacar por la retaguardia», pero en cambio sabemos que hoy en día el hecho de que a alguien le den por saco significa, además de molestarle, que le sodomicen (cuando da por saco) o que sea sodomizado (cuando lo mandan «a tomar por saco»).

Lo primero que tenemos que saber de la afición por la sodomía es que nos pueden dar por saco, pero no hay que dejar que entren a saco, porque una cosa es el coito anal y otra que nos den por culo.

La segunda cosa que debemos saber es que, al coito anal, no son sólo aficionados los banqueros, políticos y la prima de riesgo, sino que os vais a

encontrar a un gran número de seducidos que os propongan esta práctica erótica. Desconozco el motivo de tanta afición, aunque sé que existen culturas que la emplean para preservar «la virginidad» de las doncellas o como método anticonceptivo, pero lo cierto es que creo que los varones, proclives a dar y nunca a recibir (pero ¡qué generosos son!), lo que suelen buscar es un conducto más estrecho que la vagina, reafirmar su posición dominante y deleitarse con el morbo de lo prohibido.

Lo tercero que hay que tener en cuenta: a todos ellos los podéis mandar en cualquier momento, literal y metafóricamente, a tomar por culo.

Metafóricamente, porque siempre podéis emplear esta partícula tan útil en el sexo y tan infravalorada del «no», y literalmente, porque también vosotras podéis ser sujetos activos en el coito anal (a esta práctica se la conoce con el nombre de *pegging*). Es más, yo siempre recomiendo que en el «utillaje» de cualquier seductora que se precie debe incluirse sin excepción un arnés para la penetración anal (el tamaño del miembro debe ser proporcional a vuestra maldad) y emplearlo al menos una de cada tres veces que os propongan coito anal. El mecanismo de estos dildos es sencillo: se ata con unas correas alrededor de vuestras caderas con el

falo sintético hacia delante y listos, a practicar la espeleología. Resulta interesante que vayáis variando los papeles de activas y pasivas para transmitirle a vuestro compañero lo que supone, física y psicológicamente, una penetración anal (al fin y al cabo, y con independencia de la preferencia sexual de un varón, ellos disfrutan más de ser sujetos pasivos, pues la penetración anal les estimula la próstata, cosa que a nosotras no nos pasa).

Pero metámonos en más honduras.

EL ANO Y EL RECTO, UN

CALLEJÓN DE SALIDA

El ano, como todas sabéis, es la abertura inferior del tubo digestivo. Por cierto, al igual que sucede con las huellas dactilares, es único y no existen dos iguales, por lo que resulta identificativo. Hay dos músculos principales en forma circular que lo envuelven y controlan su apertura, uno interior y otro exterior a los que se denomina esfínteres. De los dos, es especialmente el esfínter interno el que más nos da por saco en esto del coito anal, pues su función es precisamente impedir la entrada de elementos extraños en el recto y su

manejo es involuntario, es decir, no depende de nuestra voluntad el contraerlo o relajarlo. Además, su posición normal es la de «contraído», para evitar, por ejemplo, la salida involuntaria de gases intestinales, y sólo se relaja cuando la presión de las heces actúa sobre él. La buena noticia es que el esfínter se dilatará una vez que los movimientos rítmicos de la penetración lo estimulen (ahora bien, la primera entrada puede ser muy incómoda, especialmente si no estamos relajadas). El ano (o el «nudito del globo», como lo llama un conocido) conecta de forma directa con el recto, que es el último tramo del tubo digestivo, y con sus

aproximadamente 15 centímetros limita con el intestino grueso. En el recto, que participa de una parte muy significativa del proceso de defecación, se acumulan las heces en espera de que exista una cantidad suficiente como para que provoque el estímulo defecatorio. Esta condición de almacenamiento, y por lo que nos concierne, significa que el recto siempre está sucio por más que hayamos evacuado hace poco. Para intentar limpiarlo no existe más remedio que la aplicación de enemas o lavativas previas al encuentro.

Otra característica del tramo que abordamos es que no tiene lubricación natural por sí mismo. La poca fluidez

que permite el deslizamiento del material de desecho es la que este mismo material, por su composición, contiene, con lo que si queremos introducirle algo, debemos saber que no se va a deslizar con facilidad, por lo que resulta casi obligatorio recurrir a procurarle una ayuda adicional con lubricantes externos.

De esta manera, tenemos que: duele por la expansión inicial forzada del esfínter, está sucio porque contiene heces y lo que sale con facilidad entra con dificultad porque no hay lubricación natural. Pero ¿qué queréis que os diga? Si los humanos hemos sido capaces de colonizar el planeta, de descifrar nuestro

código genético o de escribir la *Iliada*, bien podremos superar estas incómodas trabas si ésa es nuestra voluntad. Vamos a intentarlo.

«TRÁTALA CON CARIÑO QUE ES MI PERSONA»

No es tanto la paloma como el «palomino» lo que en estas situaciones nos preocupa. Pero lo primero es el cariño. La penetración anal debe ser siempre cautelosa, respetuosa y prudente. Y no sólo por las condiciones físicas que hemos reseñado de tan

estrecho camino sino también por las psicológicas. Es una práctica que, si no de amor, requiere, al menos, de confianza. De confianza, digamos, sanitaria, y de confianza moral. Si en vuestras primeras citas ya estáis con el culo en pompa, es posible que, además de sodomizadas, os acaben dando mucho por donde duele.

Como hemos explicado, al tratarse de un canal de expulsión (el ano no es como las puertas batientes de los salones del Oeste... no) y no tener control consciente sobre los músculos del esfínter, la penetración puede ser muy incómoda. Para intentar paliar esta circunstancia, nada mejor que la

relajación. Conseguir la suficiente tranquilidad físico-emocional es fundamental para que los esfínteres no se enconen en sus contracciones, lo que imposibilitaría la penetración. Si estáis tensas, bien por falta de seguridad, bien por estrés, bien por pudor, es mejor abstenerse y esperar, en todo caso, circunstancias más propicias. Existen, no obstante, algunos elementos que pueden ayudarnos a ganar esa confianza y seguridad antes de ofrecer las posaderas. Son los dildos de tamaño variable. Con ellos podemos ir probando las «tragaderas» de nuestro ano y acostumbrándolo paulatinamente a empresas mayores (los conjuntos de

dildos progresivos, utilizados también para tratar otras estrecheces como el vaginismo, empiezan con algunos de grosor no superior al de un dedo meñique). Sobre todo, lo que conseguiremos es acostumbrarnos psicológicamente a esta práctica y habitar nuestro inconsciente a tolerar alguna introducción sin que por ello crispe las vías de entrada. Y no os preocupéis, no dejaremos los esfínteres permanentemente dilatados (lo que sería un problema para las incontinencias), pues el esfínter, al igual que sucede en el proceso de defecación, recupera su tamaño, elasticidad y funcionalidad en cuanto uno deja de solicitarle que se

dilate.

También existe otro interesante utensilio que puede cumplir las funciones de los dilatadores progresivos: son los llamados *plug-in* (cuya traducción literal sería, más o menos, la de «enchufarse»). Consisten en unos conos de unos 12 centímetros confeccionados de material elástico como la silicona, muy estrechos en la punta y que se van ensanchando progresivamente hasta llegar a un tope circular que los limita. El objetivo de este diseño es permitir un ensanchamiento gradual del ano en función de lo que le introduzcamos.

Además, contamos con consoladores

de forma parecida a los *plug-in* pero que permiten, a través de una pera, insuflarles aire para que se expandan a nuestra voluntad dentro de la cavidad anal. Como hemos indicado, la utilidad de estos artefactos es la de quitarnos el miedo a los juegos en la trastienda y en ningún caso variar el tamaño de nuestro ano y, por tanto, dejar expandidos los esfínteres.

Otro tipo de material publicitado en los *sex shops* son las cremas anestésicas y las relajantes. No soy partidaria de recomendarlas, pues suelen utilizar sustancias que no han pasado todos los controles sanitarios necesarios o que, en muchos casos, no consiguen más que un

efecto placebo.

Una vez abordado el tema de intentar hacer del ano un orificio de salida diaria y entrada ocasional, nos encontramos con la segunda dificultad: la mancha por materia fecal. Antes que nada debo recordaros que, como dice el refrán, «Quien quiera peces que se moje el culo», por lo que debe ser un tema, el de las máculas, que debe importaros sólo relativamente, pues no se puede querer andar por el campo sin mancharse de barro las botas. Así que desinhibíos un poco; ya sabe uno dónde se mete.

Si en cualquier caso el tema os agobia, pensad que podéis realizaros una lavativa (enema es la palabra

técnica) para limpiaros un poco el recto, mientras que el uso del bidé y un poco de jabón será suficiente para el ano. Es el truco que suelen emplear los actores porno para garantizar la inmaculada penetración. El procedimiento del enema es sencillo y sólo basta utilizar un poco de agua templada. Una vez introducido el líquido, éste volverá a bajar por sí solo. La única molestia del proceso puede radicar en que se escape un poco de líquido pasados unos minutos.

Otro truco, que no por elemental es menos consolador, es el de emplear en el coito anal unos preservativos de color negro que eviten contrastes.

Y llegamos a la lubricación. Ésta debe ser siempre abundante y no sólo durante la interacción sexual sino cuando estamos en el proceso de congraciarnos con nuestra trasera anatomía. El modo de aplicación de los lubricantes es sencillo: deben aplicarse en el ano con la abundancia descrita, así como en el elemento que vamos a introducirnos (el pene, el juguete sexual, el dedo, etc.). Aunque la saliva suele ser un lubricante oportuno y especialmente estimulante (por ejemplo, realizando un *anilingus*, que es la estimulación del ano con la lengua y al que también se llama «beso negro»), también existen lubricantes industriales de base acuosa u

oleosa que sirven muy bien a nuestros propósitos. Yo os recomendaría los de base acuosa pues no son dañinos para el látex del preservativo, aunque los de base aceitosa puedan parecer más eficaces por su mayor consistencia y duración (olvidaos de la mantequilla y la margarina por muy adictos al cine que seáis... salvo, quizá, si estáis en París y vuestro *partner* se parece a Marlon Brando).

Con todo ello, podemos asegurarnos de que el asunto del oscuro callejón se resuelva a la perfección. Pero no olvidéis nunca la profilaxis. El ano y el recto están muy vascularizados, por lo

que no es extraño que sangren ligeramente en algún momento (ojo con las uñas si lo que entra es un dedo), lo que los convierte en una localización de riesgo en la transmisión de enfermedades. A cambio, posee muchas más terminaciones nerviosas que, por ejemplo, la vagina, con lo que procuran más placer. Tampoco olvidéis que, después de una penetración anal, vuestra pareja se limpie bien el pene (las bacterias intestinales pueden acabar lastimándole la próstata o produciéndole una infección de orina), o si ha utilizado un condón es necesario que lo sustituya por otro antes de que realicéis el coito vaginal, pues también a vuestra flora

vaginal no le sentará nada bien la vida interior del más atrás.

Así que mucho ojo con el ojo y cariño para tratarlo.

IR POR EL «RECTO» CAMINO

En este peculiar arte de la sodomía (el dejarse dar por culo es un arte y para la ciencia resta la palpación rectal) no deberíamos olvidar, por más que lo de las posturitas le corran a una el rímel, qué posiciones son las más convenientes. Las ordenaremos en

función del grado de maestría que requieren, o lo que viene a ser lo mismo, en función de cuáles resultan menos dolorosas y más fáciles de controlar hasta las que exigen dilataciones más amplias.

Para empezar bien en la práctica del «griego» (según parece, el coito anal toma este nombre de la particular afición de los griegos antiguos por esta erótica... además de por la filosofía, la democracia o el arte), nos puede servir el «arre caballito» o, por continuar con los griegos, la denominada «postura de Casandra» (en la *Iliada*, Casandra es la mujer de Héctor, el héroe troyano al que dio muerte Aquiles, y su nombre indica

«la mujer cuyo varón está combatiendo»). Esta postura es la de sentarse sobre vuestra pareja, que se encuentra extendido boca arriba. Se puede realizar tanto de frente a él, con lo que podrá ver el movimiento de vuestros senos al subir y bajar, o de espaldas a él, con lo que tendrá a la vista una mejor perspectiva de la penetración anal. En ambos casos, seremos nosotras las que controlemos el momento y la profundidad de la penetración, lo que deja en nuestras manos el marcar el ritmo así como el detenernos o forzar más o menos el orificio. Esto la convierte en ideal para iniciarse, pues si bien exige de nosotras un mayor

esfuerzo de movilidad, también nos da el control absoluto sobre el coito.

Después podría venir la de los dos amantes tumbados de costado. Es una postura relajada en la que perdemos un poco de control (aunque siempre podemos detener a nuestra pareja apoyando una mano sobre su ingle) a cambio de asegurarnos que la penetración no será súbitamente profunda y que existirá un contacto muy estrecho entre los amantes, además de dejarle a nuestro compañero una mano libre para acariciarnos los genitales durante la introducción.

En el *back swinging* (postura que literalmente significa «balanceo de

espalda» y que también se conoce como el «soplido en la nuca») permanecemos tumbadas boca abajo mientras que nuestra pareja se coloca encima de nosotras. Aquí perdemos el control sobre las acometidas y las nalgas permanecerán bastante prietas, por lo que se requiere cierta desinhibición en los esfínteres. A cambio, la cerrazón del ano puede provocarle a él un placer significativo por el estrangulamiento al que sometemos su glande.

Una postura muy común para practicar el coito anal pero que resulta menos sencilla de lo que se supone es la del perrito. A cuatro patas con nuestro amante penetrándonos analmente *a tergo*

(que es como los latinos llamaban a hacerlo por detrás), tenemos muy poco control sobre su efusividad aunque mostramos el ano muy abierto. Pero así como la vagina puede adaptarse a la forma del pene, el ano no, y mientras el pene apunta hacia arriba, nuestro recto lo hace hacia abajo con lo que el riesgo de lesiones se incrementa y, por tanto, también el dolor.

De las múltiples variantes dejamos para el final la postura del misionero, es decir, con los dos amantes frente a frente y él encima de nosotras. Es una posición desaconsejable para practicar el coito anal, pues las nalgas y el ano están muy cerrados con lo que nos resultará

complicado relajarnos lo suficiente.

«BÉSAME DONDE NO ME DA EL SOL»

Este dicho castellano lo emplea Quevedo en su opúsculo «Gracias y desgracias del ojo del culo». Hago referencia a él pues el culo, y por concreción el ano, se han ganado un lugar de respeto en la literatura universal gracias a autores como Boccaccio, Rabelais, Apollinaire o Bataille (entre otros muchos), y si en autores de esta envergadura lo ha

conseguido, no sé por qué no debemos rendirle el respeto que se merece. Basta ya de verlo como un agujero sucio del que sólo puede tratar la escatología y del que tenemos que avergonzarnos. A tal propósito puede servir el hecho de saber que la oquedad más sucia de nuestro cuerpo, si al número de bacterias nos referimos, no es el ano sino la boca (y bien que estamos todo el día ofreciéndola). El ano es otra parte sensible de nosotras mismas, sobre la que tenemos los mismos derechos de interdicción y gozo que con las demás.

Entre los poetas decimonónicos parnasianos existía uno que tenía por nombre Albert Mérat. De maneras

refinadas y un poco cursis, escribió un extenso poema llamado «L'idole» («El ídolo») en el que elogiaba inflamadamente todas las partes del cuerpo de la mujer. Todas salvo el ano. Verlaine y Rimbaud, coetáneos y enemigos acérrimos de Mérat, suplieron el descuido escribiendo el «Soneto al ojo del culo», en el que pueden encontrarse versos como los que siguen:

*Oscuro y arrugado como un clavel
violeta*

*entre el musgo respira
humildemente oculto,*

*húmedo aún del amor que la
pendiente sigue*

*de las nalgas blancas al borde de
su abismo.*

[...]

Sin duda estos dos poetas amantes
consiguieron «tapar el hueco» que el
refinado había descuidado...

Los «Kama sutra»

¡En asuntos de este tipo estamos como en el viejo Oeste! En Occidente nos van las cosas prácticas; en cuanto algo hace referencia a la reflexión de conceptos, lo llamamos despectivamente «filosofías» (pese a que la filosofía haya sido inventada por nosotros) o lo designamos con la bonita expresión de «hacerse pajas mentales» (como si las pajas pudieran ser de otro tipo... bueno,

también están las pajitas... las de sorber, las pajitas cortas, las pajitas largas) o simplemente nos hacemos un gazpacho con ese algo. Tomemos como ejemplo un clásico chino de estrategia: *El arte de la guerra* de Sun Tzu. Escrito, según se cree, en el siglo V a. C., en el período chino conocido como Primaveras y Otoños por un supuesto estratega militar de nombre Sun Tzu (del que se desconoce si existió realmente alguna vez, un poco como pasa con nuestro Homero... o con la eyaculación femenina), es un texto que reflexiona sobre el sentido de la guerra, pero más que en cómo hacerla, en cómo evitarla. Lo cierto es que esto no nos cabe en la

cabeza (quizá porque la inmensa mayoría de los que lo citan no lo han siquiera leído nunca): para nosotros *El arte de la guerra* es un libro de estrategia para aplastar al enemigo. Como astucias para consumir productos no nos faltan (y aquí viene lo del gazpacho), algunos han decidido versionarlo a fin de crear una serie de subtratados de segunda categoría en los que supuestamente se explica cómo ganar en otros terrenos de las relaciones interpersonales: como *El arte de la guerra para mujeres*, *El arte de la guerra para los negocios*, *El arte de la guerra para la seducción...* y de próxima aparición: *El arte de la guerra*

para ciscarse en los que no han leído el arte de la guerra. Somos así, qué le vamos a hacer. Claro que si repasamos nuestra literatura bélico-militar, nos encontramos, ya en el siglo XIX, con el militar prusiano Carl von Clausewitz que escribió el libro inconcluso (supongo que le debieron de dar con una bala del quince en el occipucio) *De la guerra* y que, pese a sus reflexiones («La guerra es una continuación de la política por otros medios»... ¡glups!), éste sí que tiene una marcada vocación de responder a la pregunta de cómo ganar en la guerra. Con los *Kama sutra* sucede algo parecido: si preguntamos a la gente qué son los *Kama sutra*,

primero esbozarán una sonrisa medio pícara, medio boba, para contestarnos seguidamente que se trata de un libro de sexo con muchas posturas para guarrear. ¡No hay remedio! Es lo que tiene no remontarse a la fuente y quedarse en malas interpretaciones... Vamos, como si un sordo hablara de oídas.

Historias paralelas

Todas las culturas cuentan con tratados clásicos eróticos, todas salvo, quizá, el cristianismo, aunque para afirmarlo tendríamos que excluir *El Cantar de los*

Cantares de los libros Poéticos y Sapienciales del Antiguo Testamento («[...] Mi amado metió la mano en la hendidura y por él se estremecieron mis entrañas. Me levanté para abrir a mi amado, y mis manos destilaron mirra, mirra fluida en mis dedos [...]»)... Lo de mirra lo imagino, pero ¿a qué se referirá, digo yo, con la «hendidura»?), como también gran parte de las interpretaciones sensualistas de la poesía mística. Que el cristianismo no haya dado clásicos del erotismo no implica que en nuestra cultura no existan (ya que posee una riquísima tradición de textos libertinos y sicalípticos), pues aun siendo de ascendencia judeocristiana,

también es heredera de la grecolatina, y aquí es donde encontramos uno de mis textos favoritos, el *Ars Amandi* de Ovidio. Escrito a caballo entre el siglo I a. C., y el I d. C., la obra está compuesta de tres libros (el último de los cuales, «Consejos para que las mujeres puedan seducir a un varón», fue añadido con algo de posterioridad). Con esta obra Publio Ovidio Nasón pretendió abordar las relaciones humanas desde un punto de vista erótico vinculando dos conceptos capitales para entender el hecho sexual humano: el amor y el sexo (la obra se titula, no lo olvidemos, el *Arte de amar*). Por cierto que al bueno de Ovidio sus reflexiones, si bien le

dieron notoriedad y fama postrera, le costaron, en vida, el destierro.

«La que sea de lindo rostro, yazga en posición supina, y la que tenga hermosa la espalda, ofrézcala a los ojos del amante [...]; la mujer diminuta cabalgue sobre los hombros de un amigo [...]; la que tenga el talle largo, oprima con las rodillas el tálamo y deje caer un poco la cabeza; si sus músculos incitan a la frescura juvenil y sus pechos carecen de mácula, que el amante en pie la vea ligeramente en el lecho. No te sonroje soltar, como una bacante de Tesalia, los cabellos y dejarlos brotar sobre los hombros [...]»... No parecen malos consejos. Otra curiosidad de Ovidio: a

él le gustaban las mujeres maduras, mayores de treinta y cinco años (¡en el siglo I de nuestra era!), pues, según decía, habían conseguido, en cuestiones sexuales, cambiar el espanto por el placer. La literatura musulmana tiene otro clásico del erotismo en *El jardín perfumado* (así se ha traducido, aunque parece que la traducción literal del árabe sería *La pradera perfumada donde se abaten los placeres*).

«[...] Dejad que vuestros labios vaguen por sus mejillas y vuestra espada repose en su vaina. Tratad ardientemente de excitar su chupador [...]; apriétala, chúpala, muérdela; besa su cuello, sus senos, su vientre y sus flancos; estrújala

contra ti hasta que el deseo la debilite y, al verla en este estado, introduce tu miembro [...]»

Con un estilo literario tan metafórico y rico en símbolos propio de la lengua árabe, esta obra de Cheikh Nefzaoui (un poeta tunecino de principios del siglo XV) fue descubierta por nuestra cultura ya entrado el XIX. En ella se aborda, al parecer por un encargo realizado por el sultán local (que este tipo de reflexiones se encarguen es algo bastante común), una serie de cuestiones referentes a la seducción, a técnicas sexuales, a enfermedades de transmisión genital y muchas cosas más (desde sinónimos del pene y de la vagina hasta

la interpretación de los sueños eróticos, pasando por algunas cuestiones relacionadas con la zoofilia). En la infinita tradición china son numerosísimos y legendarios los tratados (especialmente durante la dinastía Han, siglo III a. C.) que, en clave picantona o médica, se han ocupado del tema.

El *Koka Shastra*, conocido también entre los anglosajones con el nombre de *Ratirahasya*, es otro texto hindú, escrito alrededor de los siglos XI o XII por el poeta Kokkoca. Compuesto por cincuenta capítulos y ochocientos versos, se ocupa, entre otras muchas cosas y de manera quizá más «puritana»

que el *Kama sutra*, de describir los tipos de genitales, zonas erógenas, mordiscos, besos y hasta de cómo practicar sexo con una desconocida. Algo posterior a éste es el *Ananga Ranga*, que podría traducirse como *Barco en el mar del amor*. Fue escrito por Kalyana Malla entre los siglos XV y XVI con la misma vocación de instruir en las relaciones sexuales (aunque se orienta fundamentalmente hacia una mujer de casta poderosa), y en él se tratan cuestiones como las cuatro clases de mujeres (con sus características, calidades y temperamentos), los placeres externos (los que no se refieren al coito) y los internos (los del coito),

los afrodisíacos así como recomendaciones astrológicas necesarias a la hora de entablar matrimonio. Como se ve, lo de «refundir» ya se conocía en la India (aunque posiblemente no lo del «corta y pega» o lo de la «intertextualidad»... cultismo que algunos utilizan para evitar mencionar el plagio). Si bien es cierto que todas las obras hindúes mencionadas se apoyan en el concepto y las valoraciones de los *Kama sutra*, ninguna de ellas deja de aportar algo nuevo.

Y CON TODOS USTEDES... LOS «KAMA SUTRA»

Después de todo lo dicho, creo que queda de manifiesto que si os pasáis por una librería y os encontráis el *Kama sutra ilustrado con novecientas treinta y una mil quinientas catorce posturas* o el *Kama sutra para gays y lesbianas* o el *Kama sutra para volver loco a un calentorro*, no os habéis encontrado con los *Kama sutra*. En todo caso, os habréis topado con un refundido o con una interpretación o, simplemente, con un autor caradura que os ofrece un huevo

por una castaña apoyándose en el término *kama sutra* (parecido a lo de esos vendedores ambulantes que repiten «bonito» para vender el artículo que les interesa). Está bien saberlo; luego, que cada uno lea lo que le interese.

Kama es un término sánscrito que podríamos traducir por «concupiscencia» o por «deseo sexual», y que tiene connotaciones positivas para la tradición religiosa hinduista (la cultura en la que se crea) pero no para el budismo, pues el *kama* es un obstáculo para alcanzar la iluminación. *Sutra* significa literalmente «hilos» y, por derivación, «tramas», de donde puede entenderse «enseñanzas», «reflexiones»

o «aforismos». Por lo tanto, la traducción más próxima sería la de *Aforismos del amor carnal*. Sobre el momento de su escritura, nada se sabe con certeza; aunque suele fecharse en el período Gupta (siglo III al VI de nuestra era), algunos autores extienden su posible escritura hasta el siglo VII, y otros afirman que pudo haberse escrito en el siglo I (en definitiva, lo único cierto es que parece que la obra fue escrita). Con respecto a su autor, Vatsiaiana, se considera que existió aunque, por descontado, tampoco se le asigna fecha de nacimiento. Se supone que era un brahmán (casta superior) y que posiblemente se crió en un burdel

(no me preguntéis cómo lo saben, pues ni siquiera saben cuándo existió... Es como aquel borracho que se salta la señal de tráfico y el policía, después de detenerlo, le pregunta: «¿No ha visto la flecha?», a lo que el borracho responde: «Claro, hombre, si no he visto los indios, ¿cómo voy a ver la flecha?»). Lo que el mismo Vatsiaiana cuenta de su obra en los *Kama sutra* es que se trata de la recopilación de una doctrina y unos conocimientos antiquísimos que le fueron revelados mientras era estudiante en Benarés, y que los recopila para que no se pierdan. Puede que sea verdad, pero lo cierto es que atufa a *marketing* puro y duro para autopromocionarse y

difundir su obra (¿cuántos autores de libritos de autoayuda siguen utilizando hoy en día la misma táctica?), aunque atribuir sus conocimientos a tan antiguo y esotérico linaje también pudiera deberse, simplemente, a un recurso literario. Los *Kama sutra* se conocieron en Europa a través de una traducción al inglés que se realizó en 1883 y de la que apenas se publicaron doscientos cincuenta ejemplares. La historia parece otorgarle el privilegio a *sir* Richard Francis Burton (un explorador inglés de amplísima cultura y don de lenguas), aunque posiblemente, y como suele suceder, dicha versión fuera obra de un mandado, en este caso Shirvaram

Parshuram, un estudiante aventajado de la Universidad de Bombay relacionado con Burton que dominaba a la perfección tanto el sánscrito como el inglés y que, para su tarea, se sirvió de distintos *Kama sutra* de diversas procedencias facilitados por Brugwuntlal Indraji (un arqueólogo indio), así como también del *Jayamangla* (un comentario literario a los *Kama sutra* datado entre los siglos X y XIII).

En la edición que tengo en mis manos (de vez en cuando conviene que las seductoras, además de falos, testículos y botarates completos, tengamos también ediciones al alcance),

la obra consta de siete partes.

La primera se refiere a cuestiones generales y consta de cinco capítulos (que fundamentalmente tratan sobre la base intelectual, moral y formativa que debe tener cualquier hombre que quiera poner en práctica los *kama sutra*... *desde las ciencias y artes que deben estudiarse hasta cuáles deben ser sus diversiones en sociedad, así como las permisiones y prohibiciones de interrelación sexual en un sistema socialmente tan complejo como el de las castas hindúes*). La segunda lleva por título, en mi traducción, «De la unión sexual», y consta de diez capítulos... Aquí esperáis todas esas

posturitas, ¿verdad? Pues bien, el primer capítulo nos habla de las distintas conformaciones físicas y pasionales que hacen viables o no las interacciones sexuales, designando tipologías de animales para las diversas configuraciones de los genitales (penes grandes o vaginas estrechas, por ejemplo) y niveles de intensidad pasional. También se centra en una reflexión del autor sobre cuatro motivos que nos pueden llevar a amarnos. El segundo capítulo se ocupa de los distintos tipos de abrazos; el tercero, de los besos; el cuarto, de los pellizcos con las uñas y de su presión, así como de las marcas que deben

dejar; el quinto, de los mordiscos y de cómo emplearlos con las extranjeras; el sexto (¡tachán!), del coito en función de las conformidades antes reseñadas (no llega a cuatro páginas de las 177 de esta edición); el séptimo, de la manera de azotar y de los sonidos que deben producir estos azotes; el octavo, de cuándo y cómo la mujer debe mostrarse activa en el lecho así como de recomendaciones para los varones que se encuentren en esta circunstancia; el noveno, de las felaciones (especialmente dedicado a los eunucos... pues esto de mamarla no era cosa de mujeres respetables y hombres letrados), y el décimo capítulo

aborda cómo comenzar y acabar el coito. La tercera parte nos habla de adquirir esposa y consta de cinco capítulos (que tratan de lo que es el matrimonio; de la manera en que se debe mostrar confianza en la mujer; de cómo hay que cortejarla y a través de qué signos se manifiestan nuestros sentimientos; del modo en que el hombre puede retener a la mujer y viceversa, y, por último, de las formas del matrimonio). La cuarta parte se ocupa de la esposa. En sus dos capítulos nos habla de lo que es una esposa virtuosa y de cómo se comportan las mujeres entre sí.

La quinta trata el tema de las

esposas ajenas (es decir, de los «dimes y diretes» del adulterio): seis capítulos que no tienen desperdicio. La sexta parte es para las prostitutas; ¡ojo!, no para explicarles a los hombres cómo tratar a las prostitutas, sino un auténtico tratado de cómo convertirse en prostituta y no morir en el intento. Por ejemplo, el tercer capítulo de los seis que contiene está dedicado a explicar sugerentes formas de desplumar al cliente y a dar consejos nada despreciables sobre cómo desembarazarse de un amante pelmazo. La séptima parte, con dos capítulos, se ocupa de la seducción y sus medios, desde el adorno y los afrodisíacos hasta maneras y recetas para estimular el

deseo.

Como se ve, queridas mías, los *Kama sutra* son algo bien distinto a lo que nos han vendido. Es decir, resultan infinitamente más interesantes, entretenidos y útiles de lo que nos han hecho creer... Y, además, tienen la ventaja de que pueden leerse con una sola mano y ponerlos en práctica sin que por ello te fractures el metacarpo tercero (o te envista un rinoceronte al que le han recortado un 20 por ciento de su sueldo de rinoceronte... No olvidemos que los ejercicios de mazas y pelotas están muy bien para las niñas de gimnasia rítmica).

¿Qué es el orgasmo?

Conocida es aquella vieja disputa dentro del matrimonio de Zeus y Hera (parece que Zeus y Hera se echaban más trastos encima que polvos...) que referiré a continuación. Todo comenzó cuando un mortal de nombre Tiresias paseaba por el monte y vio copular a dos serpientes. Las separó y mató de un golpe a la hembra. De inmediato, y como por arte de «birlibirloque», Tiresias se convirtió

en mujer. Así vivió unos cuantos años (se dice que fue madre y que ejerció la prostitución) hasta que la escena de la cópula reptiliana volvió a repetirse, pero, en esta ocasión, Tiresias (que debía de estar ya bastante acojonado) mató a la serpiente macho y recuperó su original género masculino. Esta peculiar circunstancia de la transexualidad de Tiresias llegó a oídos de los dioses olímpicos e inmediatamente Zeus y su esposa se metieron a la bronca. Así que decidieron convocar al propio Tiresias al Olimpo para formularle una pregunta. ¿Qué creéis que le preguntaron para solventar la disputa que tenían? ¿Qué le hubierais preguntado vosotras a un ser

humano que ha sido la mitad de su tiempo hombre y la otra mitad mujer?

Cuando Tiresias estuvo en presencia de las dos divinidades, no le debía de caber el cuerpo en la caja. Y entonces le formularon la pregunta: ¿quién goza más del orgasmo, el hombre o la mujer? Hera sostenía que el hombre, mientras que Zeus decía que, sin duda, la mujer. Los dioses olímpicos, por si alguna de vosotras no lo sabe, tenían una mala leche impresionante, de modo que mejor pillarse las pelotas recién recuperadas con la tapa de un piano que llevarle la contraria a uno de los dos. Sin embargo, Tiresias optó por decir la verdad (a estas alturas, ya le debían de castañetear

los dientes). Dijo así Tiresias, tragando saliva: «Si el gozo se puede dividir en diez partes, ocho corresponden a la mujer y dos al hombre». Acto seguido, Hera lo dejó ciego (ciego debía de haberse puesto el bueno de Tiresias con el experimento), y Zeus, para compensarlo, le dio el don de la clarividencia y una vida siete veces más larga que la de cualquier otro mortal (ciego, lúcido y longevo, no sé si estaría ya para muchos más experimentos concupiscentes...).

¿Tan importante es eso del orgasmo como para transformarlo en asunto divino? Desde luego que sí, sin duda.

Pensad que, por ejemplo, es harto difícil concebir cualquier planteamiento religioso sin la experiencia del trance, de la contemplación; en definitiva, del éxtasis. Sería absurdo siquiera imaginar un más allá, un más allá de lo sensible, de lo corpóreo, de lo material, sin que en algún momento de nuestra vida de mortales de carne y hueso no tuviéramos la sensación de que nos vamos de nosotros mismos, de que trascendemos nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestra circunstancia. A ese salir de uno mismo, de sus posiciones y estabilidad, se refiere el término griego de *éxtasis*. Y ese éxtasis, con mayor o menor fortuna, es experimentado por todas en el

orgasmo. Quizá se deba a eso que las religiones condenan (y, por lo tanto, admiran) el sexo (pues consigue lo mismo sin tener que comulgar con hostias).

Fijaos bien, ¿qué gritáis cuando vuestro orgasmo es inminente? «Me voy a correr», «Me vengo», «Ya llego», «Me corro», «Me voy»... aullidos que implican una partida, un desplazamiento, un abandono de nosotras y que creemos necesario hacer explícito a nuestra compañía, tal vez como una despedida. En Francia, tenemos una expresión de uso común para designar la consecución del orgasmo: *prendre son pied*, literalmente, «tomar su pie»... hacerse

con la base de su desplazamiento. La mística, la más erótica de las expresiones religiosas, usa otros términos para designar dicha partida: «arrebato», «rpto»... y todos y todas tenemos una expresión recurrente del destino: «¡Dios!» (venga, no me digáis que no os acordáis del Altísimo cuando os están tocando lo más bajo...). Quizá por eso siempre he sostenido que Dios sale más en el gozo carnal que en las charlas teológicas (y además con mucho más criterio...).

Con probabilidad también se deba a ese sentido de inevitable partida el hecho de que se haya asociado tradicionalmente el orgasmo con la

muerte («la pequeña muerte»), la llamaba Georges Bataille, mientras que el poeta romántico Shelley lo describió como *death which lovers love...* «la muerte con la que los amantes se aman»). Así, Eros y Tánatos han sido estrechos compañeros (cuando no amantes) destinados a entenderse.

BIEN, VALÉRIE, PERO ¿QUÉ ES EL ORGASMO?

El orgasmo es una reacción físico-psicológica que se produce a consecuencia de la interpretación

erótica de determinados estímulos. Quiero recalcar con ello que es necesario que esa estimulación se interprete como erótica, y mientras más erótica la interpretemos, mayor será la reacción orgásmica. Por tanto, si una no construye todo un sistema que le facilite el convertir en erótico cada signo de lo que sucede (es decir, que se «ponga» lo suficiente), la interpretación será más difícil y, por consecuencia, el orgasmo. Después, y esto es importante recalcarlo, hay que «tomar la decisión» de tener un orgasmo. El orgasmo no es algo que sucede (como una gripe o un vaso que cae a nuestros pies), sino que es algo que se decide experimentar o no

y, por tanto, sobre todo en nosotras, es algo que debemos «aprender» a sentir o, cuando menos, aprender a que nada nos impida sentirlo (es importante tener esto en consideración para afrontar algunas dificultades vinculadas a la fase orgásmica de nuestra respuesta sexual).

Bioquímicamente, el orgasmo es un «chute» de padre y muy señor nuestro. Debemos tener en cuenta que nuestro cerebro es un creador habilidoso y un almacén sin fondo de sustancias bioquímicas (tanto es así que no existe en la naturaleza sustancia capaz de alterar la psique que no podamos, de manera natural, fabricar). Lo expliqué hace tiempo en un artículo para una

revista de divulgación científica: «Cuando el orgasmo se produce, nuestro cerebro segrega enormes cantidades de endorfinas, unos neurotransmisores que actúan de manera muy similar a como lo hace la morfina y los derivados del opio en general. El resultado de esta “sobredosis” es una sensación de enorme plenitud y satisfacción. Del mismo modo, también se multiplica por cinco la secreción de la hormona androstenediona (DHEA) que es capital, entre otras muchas virtudes, a la hora de incrementar nuestra energía, facilitar el sistema cognitivo, por no hablar de que es un poderoso antidepresivo. La serotonina, la “hormona de la felicidad”,

también aumenta considerablemente durante el orgasmo, y dado su carácter neurotransmisor encargado de regular nuestros estados emocionales, nos induce a un estado de placer, entendimiento y bienestar. Otro componente bioquímico importante en este proceso es la oxitocina (conocida como la “hormona de la fidelidad”), fundamental para establecer nuestros patrones de “simpatía”, aumentando nuestra confianza y generosidad hacia el otro. La prolactina, la vasopresina o la norepinefrina son otras sustancias capitales en ese divino combinado».

El resultado: una alteración de la conciencia. Las cosas con relación a

nosotras no son iguales durante que antes o después, y aquí cobra sentido lo del «viaje» (un viaje, por cierto, tan individual y solitario como la muerte... por más que te lo montes en un río, en un cuarteto o con toda la sinfónica de Berlín).

Nuestra respuesta fisiológica, es decir, cómo reacciona nuestro cuerpo, también resulta curiosa: el ritmo cardíaco se incrementa notablemente (pudiendo doblar las pulsaciones en reposo); la presión arterial también sube, y se produce un erizamiento del vello de todo el cuerpo. Los vasos sanguíneos se dilatan, lo que provoca un aumento notable de la temperatura

corporal con el consiguiente rubor de las mejillas. Las pupilas se dilatan hasta el punto de que se produce una transitoria fotofobia que hace que cerremos los ojos o los dejemos «en blanco» (no queremos saber nada de lo que está sucediendo fuera), de ahí que prefiramos por lo general la oscuridad para interactuar sexualmente (ya comentamos la poca importancia que tiene la vista en este estado de clímax erótico). Nuestros músculos se contraen o entran en pequeñas convulsiones en forma de «tics», pero no sólo los implicados en la respuesta orgásmica, como los del suelo pélvico, sino otros como los faciales o los de las

extremidades (manos y pies). Para todo esto, además, necesitamos aire, por lo que nuestra frecuencia respiratoria la llevamos a alrededor de 30 respiraciones por minuto (normalmente con los conocidos jadeos). Todo esto es lo que nos pasa durante un orgasmo; sin embargo, seguimos teniendo dificultades para explicar lo que es, pues con el orgasmo pasa algo parecido a lo que sucede con el sol: tienes que hablar de lo que produce pero nunca podrás mirarlo de frente. El orgasmo es de las cosas más oscuras de definir y más inequívocamente claras de sentir. El motivo radica en que el orgasmo y las palabras se llevan mal, muy mal, y lo

hacen porque el orgasmo es enormemente irracional (aunque enormemente humano). Es una experiencia inefable, no tiene palabras ni relato que lo acompañen; mientras él está, sólo nos queda el gruñido, el grito, el jadeo o el silencio... Somos, en su compañía, seres dotados de entendimiento pero no de razón. Nada es más ridículo y menos agradecido (hablo por experiencia) que intentar relatarle al lector cómo uno de los personajes tiene un orgasmo. Hay que emplear metáforas que bordean lo ridículo (del tipo «sintió fuegos artificiales en su cabeza») o circunstancias anticipatorias (como «ella notó que su cuerpo se estremecía,

le sujetó con fuerza la mano y de su garganta brotó un profundo gemido...»). Pero «durante» no existe nada, la elipsis, el fundido en negro. Otra característica del orgasmo es que es indiscutible: o lo tienes o no lo tienes (si dudas, es que no lo has experimentado). Se trata de una experiencia sensible así de incuestionable, que podría llevarnos a otra definición un tanto redundante: «El orgasmo es eso que sucede cuando tienes un orgasmo».

**SÍ, PERO ¿Y SI NO ME
VOY NUNCA A NINGÚN**

SITIO?

En sexología, la dificultad de obtener el orgasmo se denomina «anorgasmia». Puede ser de dos tipos: primaria, que es aquella que se manifiesta siempre (nunca, bajo ninguna circunstancia o estímulo, se alcanza el orgasmo), y secundaria, que es la que se manifiesta ocasionalmente. La anorgasmia es una disfunción que nos afecta casi en exclusiva a nosotras. En los hombres pueden darse dificultades del tipo de retraso involuntario en la eyaculación (pudiendo ser en ocasiones tan severo que llegue a impedirla) y que se conoce

con el nombre de «eyaculación retardada». También me he topado con consultas por parte de varones que manifiestan una respuesta sexual normal pero una pérdida de intensidad a la hora de alcanzar el orgasmo (es decir, su interpretación del gozo no es tan satisfactoria como antes). Pero, como decíamos, la anorgasmia es prácticamente exclusiva de las mujeres. ¿A qué se debe? Antes de intentar responderos, dejadme decir que por lo general nunca se trata de causas orgánicas (entre el 1 y el 3 por ciento de los casos) las que llevan a una mujer a negarse el orgasmo, sino de causas con un origen cultural (creencias inducidas)

y que influyen en nuestra reacción psicológica a la hora de afrontar el orgasmo. También os señalo que las terapias y los tratamientos sexológicos para combatir esta dificultad son muy eficaces.

Básicamente se trata de un bloqueo de carácter psicológico lo que nos impide alcanzar esta fase en nuestra respuesta sexual; tenemos deseo, nos excitamos, alcanzamos la meseta, pero a la hora de decidir (ya hemos mencionado que el orgasmo es una toma de decisión) conseguir el orgasmo, lo inhibimos. Desde luego que cuando hablo de decisión, no me refiero a que tomemos la calavera de Yorick entre

nuestras manos y nos preguntemos: «¿Tener o no tener?», sino que es un proceso inconsciente en el que resulta de una gran importancia nuestro código ético (si está bien o está mal sentir un orgasmo), o si en nosotras se ha inculcado una asociación neurótica del tipo «los que me quieren me hacen sufrir; por lo tanto, si gozo es que esta persona no me quiere», o conocimientos erróneos (como creer que el modo en que una mujer alcance el orgasmo es a través de la penetración), o bien porque exista una excesiva voluntad de control sobre nuestras emociones y no estemos dispuestas a dejarnos abandonar a ese placentero caos que es el orgasmo. No

hay que olvidar que el deseo femenino, así como su capacidad para experimentar placer, ha sido históricamente perseguido, controlado, manipulado y acallado por toda una maquinaria moral que sigue operando en nosotras. Sumado a ese peso abrumador, y como consecuencia de él, se debe considerar que la maquinaria femenina del placer es compleja, frágil y que requiere de un aprendizaje individual paulatino y constante (no es lo mismo pelar un plátano que comerse una chirimoya, ni estimular un pene que el glándulo de un clítoris). De manera que lo que para el hombre es un acto casi mecánico, para la mujer es un proceso

que demanda experiencia, capacidad de concentración y un particular marco erótico-afectivo. En fin, que no siempre es fácil, y la tarea del terapeuta suele consistir en facilitar el entendimiento y en detectar qué asociaciones son las que bloquean esa toma de decisión.

¿Alguien piensa que me he olvidado de tener en cuenta la capacidad del amante? Pues no. No la he considerado porque el amante es bastante secundario. Sí, es cierto que nos podemos encontrar con compañeros hábiles y con tipos (o tipas) que no saben hacer una «o» con un canuto, pero una mujer no depende de con quién se encuentre para decidir

tener o no tener un orgasmo, entre otras cosas porque en el bagaje de cualquier buena amante está el dirigir al necio con mano firme, por no hablar de que aunque haya interacciones sexuales más placenteras que otras, esto no impide que el orgasmo sea una consecuencia exclusiva de nuestra responsabilidad.

Otro punto que me gustaría mencionaros es el de fingir. Al ser nuestro orgasmo bastante menos visible que el del varón y más complejo de conseguir, las mujeres hemos encontrado un recurrido recurso en simular el orgasmo. Los motivos que nos llevan a esta pantomima, muchísimo más frecuente de lo que cualquier hombre

pueda imaginar, son diversos: desde querer poner fin a una interrelación que no nos conmueve, hasta no querer decepcionar a nuestro *partner* sexual. Personalmente, y quizá porque ya tengo una edad y un recorrido, no os lo aconsejaría como práctica frecuente. Si estamos con alguien ocasional que no nos interesa, es más corto decir: «Aparta y lárgate», que tener que representar a la Dama de las Camelias en el último acto. Si el encuentro es ocasional pero la persona nos ha resultado interesante en otros aspectos, es más recomendable manifestar que no alcanzamos el erotismo exculpándolo de ello, asumiendo nuestra responsabilidad

y emplazándolo para otra ocasión más propicia. Y si estamos con una pareja de largo recorrido, se trata de una dificultad que tenemos que poder gestionar en común (si no somos capaces, ¿cómo es que llevamos ya un largo recorrido?).

¿ORGASMO U ORGASMOS?

Y llegamos, chicas, por si la cosa hasta ahora os resultaba sencilla, a la compleja particularidad de nuestro orgasmo con cuestiones que van desde

la vetusta disquisición clitoriano-vaginal (que debe de ser algo así como el «¿estudias o trabajas?»), hasta la eyaculación femenina, pasando por aquello de la multiorgasmia. Pero, como decía Jack el Destripador, vayamos por partes. Empecemos por lo de la multiorgasmia. A mí el término no me gusta, porque parece dar a entender que se tienen varios orgasmos a la vez, cuando en realidad lo que se experimenta, o puede experimentarse, son orgasmos secuenciales, es decir, uno detrás de otro, de modo que prefiero hablar de «orgasmia secuencial». Nosotras las mujeres, a diferencia de los varones, tenemos un período refractario

(el que viene después del orgasmo) muy suave, es decir, que si nos apetece y el ambiente es propicio, podemos enlazar con facilidad otra vez la excitación, luego la meseta y, por último, un nuevo orgasmo, y así sucesivamente hasta que decidamos detenernos. Por lo general, el orgasmo más difícil de alcanzar es el primero, y los siguientes llegan con más rapidez. Nuestra respuesta sexual lo permite sin ningún problema, lo cual no quiere decir que «nosotras» lo permitamos. Quiero decir con esto que no hay ninguna obligación de tener un orgasmo detrás de otro (del mismo modo que yo me puedo comer, porque mi organismo lo permite, uno, dos, tres o

cuatro bombones... pero en ocasiones sólo apetece un bombón, si, por ejemplo, mide 1,80 y tiene los ojos negros). También es importante señalar que se requiere de cierta madurez tanto física como mental y un buen conocimiento de nuestras reacciones sexuales para poder manejar la orgasmia secuencial a nuestra voluntad (por lo tanto, si una persona es muy joven o le plantea reparos la cosa del gozo, es posible que su período refractario sea más marcado y no pueda gestionar esta particularidad).

Una cosa más: en sendos apartados dedicados al clítoris y a la vagina, ya ha quedado constancia de para qué sirve

cada cosa. Sin embargo, hay mujeres que afirman poder alcanzar el orgasmo a través de la estimulación de ambos órganos. Lo primero que hay que reseñar es que el orgasmo puede alcanzarse mediante la estimulación de cualquier parte de nuestro cuerpo, aunque esto no contradice el hecho de que haya un apéndice que sirve exclusivamente para ello (el clítoris). En mi opinión, lo que nos produce el orgasmo en un encuentro sexual es siempre el clítoris, aunque éste sea estimulado directamente desde el glándula del clítoris (la parte visible) o desde la vagina en su parte interna (recordad que el clítoris mide aproximadamente unos 12 centímetros,

de los cuales casi un 90 por ciento son internos). De acuerdo, pero ¿son iguales las manifestaciones del orgasmo si se estimula desde dentro (desde la vagina) o desde fuera? En principio, así debería ser, pero resulta que aquí nos metemos en terrenos pantanosos. Hay mujeres que manifiestan que cuando la estimulación se realiza desde el celeberrimo punto G (dentro de la vagina) pueden eyectar en cantidades más que notables (el equivalente a un cuarto de vaso o hasta dos vasos) un líquido de cuyas características ya hablamos en el apartado de los fluidos vaginales. ¿Es eso cierto? Sí, sin duda, pero no contamos con estudios que aseguren que

esto se produce en todas las mujeres, o si depende del grado de madurez física de la mujer, o si se produce durante el orgasmo o justo antes o sólo después, o si esta reacción tiene alguna funcionalidad clara, o si el orgasmo es más intenso, sin dejarnos cuestiones como por dónde se emite ese fluido (si por la uretra, las glándulas de Skene, por las paredes de la vagina o por una combinación de ambas), qué mecanismo posibilita el reponer esa cantidad de líquido en tan corto espacio de tiempo (pues, según los testimonios, se puede eyectar en un mínimo espacio refractario y casi todas las veces que se desee), si eso es bueno o no para la salud y qué

consecuencias fisiológicas tiene (si deshidrata, si debilita el suelo pélvico...), si se puede emitir la misma cantidad de líquido a lo largo de todo el período menstrual femenino, si esa eyección se consigue sólo estimulando el punto G, dónde o desde dónde se produce esa emisión (es decir, qué órgano regula este proceso)... Es decir, científicamente no sabemos nada o casi nada, por lo que sólo puedo aconsejaros el probarlo, recomendándoos un par de cosas: es más difícil para una sola encontrarse el punto G al principio, pero no hace falta ser ningún experto para que vuestro/a compañero/a os lo localice y lo estimule convenientemente en el

momento oportuno. Prestad especial atención a vuestra relajación (hay que estar muy distendida para probarlo, pero no sólo psicológica sino también físicamente, en especial toda la zona correspondiente a vuestro suelo pélvico) y, por último, encontraros del todo desinhibidas y dispuestas a haceros pipí o algo peor en la cama (la sensación que vais a tener al principio es la de que vais a orinaros irremediablemente o a «iros de vareta»). De modo que tranquilas y ánimo, que como decía el poeta: «Caminante no hay camino, se hace camino al andar»... o al correr.

Como veis, esto del orgasmo no es

cuestión menor, pero me gustaría proponeros una reflexión final: el sexo es mucho más que el orgasmo. El sexo no tiene finalidad (ni fin) y, por lo tanto, creer que practicamos sexo para acceder a la recompensa del orgasmo es minusvalorar al sexo y obligarnos en exceso. Supongo que todas habréis tenido ya ocasión de concluir más de una y más de dos (y más de treinta) relaciones sexuales sin que os hicierais con un orgasmo. No pasa nada, ¿verdad? Si una no lo tiene como objetivo prioritario (lo cual sólo entorpece su llegada), la interacción sexual puede resultar igualmente satisfactoria, con o sin él.

Y ahora, si me lo permitís, después de tanto hablar del orgasmo se me ha abierto un apetito inmenso, así que, si no os importa, me voy a ir corriendo...

C) DEJAR VOLAR LA IMAGINACIÓN

16

Las fantasías eróticas de los hombres

«Pienso que un hombre se acerca a mí y me levanta con violencia la falda mientras con su mano derecha arranca mis bragas. No quiero someterme a él, pero mi sexo está húmedo y empiezo a jadear. Cuando me sujeta con fuerza con sus dos brazos, noto cómo mis pezones se clavan en la blusa. Una gota de sudor cae desde su cara hasta la mía. Gruñe

mientras noto que su enorme miembro empieza a golpearme el coño sin encontrar la entrada. Me gustaría poder ayudarle, y giro mis caderas para mostrarle a su polla la entrada abierta y empapada de mi vagina. Puedo oler el sexo en él. Es entonces cuando me parece como si me atravesase con un puño caliente y su musculoso culo empieza a subir y a bajar sin detenerse. Estoy a punto de correrme, pero él lanza un gruñido y se corre antes que yo. Veo cómo su polla chorreante sale de mi coño. Me libera despectivamente pero sólo un momento, hasta que su amigo ocupa su lugar. Hay diez hombres detrás de él».

Testimonio de una fantasía erótica de J. D., mujer heterosexual de veintiséis años.

No es lo mismo imaginar que robas un banco que planear robar un banco. Poneos un momento en situación (no quiero decir que os vayáis bajando las bragas... desde luego, estáis siempre pensando en lo mismo...). Son las doce de la noche. Habéis tenido un día duro y mañana os espera, desde temprano, otra jornada similar. Os metéis en la cama y empezáis a coger el sueño. En ese preciso momento en que vuestros párpados se entornan y notáis la relajación que os induce a dormir, una

música atronadora empieza a sonar en el piso contiguo. Pegáis un bote de la cama. ¿Cuál sería vuestra fantasía? Pues, con mucha probabilidad, meterle a vuestro vecino heavy todos sus discos de vinilo por el culo, y después, ya bien sodomizado, empujarlo por la ventana. ¿Es eso lo que deseáis? No, normalmente y salvo que seáis unas psicópatas, vuestro deseo de verdad es que el vecino apague la música y os deje dormir. La prueba de que ése es vuestro deseo y no el de cargároslo, será la acción que emprendáis. La inmensa mayoría de vosotras os pondréis la bata y, con más o menos buenas maneras, os acercaréis a la puerta del vecino para

decirle que baje la música, que mañana tenéis que madrugar.

Lo de asesinarlo con saña ha sido una fantasía, mientras que lo de poder dormir es vuestro deseo. Por eso vuestra acción se encamina hacia lo segundo y no hacia lo primero. Tampoco a nadie se le ocurriría esposaros y llevaros presa porque habéis fantaseado con asesinar al pelmazo de vuestro vecino, sencillamente porque el haber imaginado esto no os convierte en asesinas. En el sexo pasa igual: una cosa son las fantasías sexuales (por ejemplo, que nos follen tres ñus en plena época de berrea) y otra muy distinta, nuestros deseos (por ejemplo, pegarnos el lote

con otro vecino que está, éste sí, como para matarlo... a polvos). Una cosa es lo que soy capaz de imaginarme y otra muy distinta lo que quiero hacer.

Pues bien, esta distinción tan sencilla es algo que no todo el mundo (incluyo aquí a profesionales de la sexología) tiene claro. De ahí que todavía se sigan haciendo preguntas como: «¿Qué fantasías sexuales te quedan por realizar?», a lo que habría que responder que todas, sencillamente porque no quiero poner en práctica ninguna de ellas.

Las fantasías sexuales no tienen ningún tipo de control porque son fruto de nuestra imaginación. No las controlan

ni nuestro código ético de conducta ni los sistemas de juicio y sanción sociales (en nuestra fantasía, y ya he cogido el ejemplo antes, no tememos que nos detenga la policía simplemente por imaginar que tiramos al vecino por la ventana). Sin embargo, los deseos, al tratarse del relato de lo que queremos hacer, sí tienen en cuenta estas barreras relativas al comportamiento. Otra cosa es que en un determinado momento de nuestra vida tengamos una fantasía, y que esa misma fantasía en un momento diferente (cuando, por ejemplo, un código ético distinto nos lo permita) se convierta en un deseo. Tomemos, por ejemplo, una fantasía femenina

recurrente que es la de convertirse en una prostituta (vamos, no me digáis que ninguna de vosotras lo ha pensado alguna vez...). Pues bien, eso que al principio era una fantasía, puede que en una determinada circunstancia y para una determinada mujer (como fue mi caso) se convierta en un deseo y se ponga en práctica a poco que las circunstancias lo permitan. Por lo tanto, para que una fantasía se realice, es absolutamente necesario que antes se den las condiciones (internas y externas) que la conviertan en deseo. No olvidemos tampoco que las fantasías pueden teatralizarse, es decir, pueden representarse sin que por ello se

conviertan en reales. Cuando Johnny Depp (eso sí que es un deseo... pero ¡qué bueno está el tío!) hace de Jack Sparrow en *Piratas del Caribe*, él no es en verdad un pirata (nadie va a detenerlo por haber asaltado a los ingleses) ni tiene cargo de conciencia, por ejemplo, por haber robado nada porque, en la realidad, no ha robado nada. Así, el hecho de tener un amigo de juegos cómplice con el que pactar y simular una fantasía (por ejemplo, la de ser raptadas y folladas en medio de un prado) no significa que vuestro deseo sea el de ser raptadas por un desconocido (eso lo sabéis muy bien todas aquellas de vosotras a las que os

interesa el BDSM, tema que veremos más adelante).

Que no os líen, queridas, que nadie os condene, y mucho menos vosotras mismas, por ser personas imaginativas y con una enorme creatividad, pues intuyo que el hecho de que todo el mundo confunda fantasía con deseo es en el fondo una estrategia para que os vigiléis continuamente («¿Cómo es posible que yo me masturbe pensando o viendo estas cosas...?»). Así que no dejéis que nadie se meta en vuestras fantasías (sobre todo esos que follar, follan poco pero no paran de joder), que ninguno venga a deciros lo que está bien o lo que está mal... bastante controlan nuestros

deseos y nuestro cuerpo como para dejarles ni siquiera asomarse ahí.

FANTÁSTICAS (Y GUARROTAS) NOSOTRAS Y ELLOS BASTANTE MÁS SIMPLONES

Nosotras fantaseamos mucho más que ellos, aunque también parece cierto que ellos desean más (el tópico de que tienen delante una zanahoria que los guía no erra demasiado). Añadamos que nuestras fantasías son mucho más

complejas y ricas literariamente que las de ellos; suceden más cosas, descritas con mayor detalle y con escenografías más complejas, y, por lo demás, son historias considerablemente más largas. Del mismo modo, nuestras fantasías (y aquí habrá alguien que se sorprenda... seguro que un hombre) tienden a ser más violentas, más sórdidas y muchísimo más marranas que las de ellos. Quizá por eso la distancia entre lo que imaginan y lo que quieren hacer es muy corta en ellos, y en cambio en nosotras suele haber un mundo entre nuestras fantasías y nuestros deseos. Quizá, también por eso, a nosotras nos cuesta muchísimo aceptar y contar una fantasía

mientras que ellos suelen ser más desinhibidos.

SUS DESEOS SON ÓRDENES (SIEMPRE QUE COINCIDAN CON LOS MÍOS...)

Es interesante saber, para cualquier seductora que se precie, qué desean los hombres, pues conociendo sus deseos pueden gestionarse mejor (digo gestionar... no complacer) o se puede saber por dónde nos la van a meter (la

infidelidad, digo...).

Por descontado que los deseos son individuales, pero en cuanto se indaga un poco, se comprueba que existen arquetipos que permiten encuadrarlos con facilidad, al menos eso dicen los estudiosos en la materia. Vayamos al *ranking*. ¿A ver si adivináis cuál es el deseo favorito de la mayoría de los hombres?... Vamos, os dejo unos segundos...

Pues sin lugar a dudas el trío o, como se dice en mi país, el «arreglo a tres» (*ménage à trois*)... Apenas han conseguido una y ya están pensando en la otra... Les pueden faltar muchas cosas, pero no ambición. Lo que pasa

con el trío es que, como muchas habréis deducido, hace falta un tercero con su propio género. ¿Y qué creéis que prefiere el hombre para completar el terceto: otro hombre o una mujer? Ciertamente. Otra mujer (nada teme más un hombre heterosexual que otro hombre al lado... especialmente si a éste le llega antes al techo). Así que, si al poco de conocerlo, ya os propone un trío, pensad que mucha originalidad no tiene, y si el tercero en cuestión es con otra mujer, es ya menos original que rascarse con los dedos.

¿Y si somos nosotras las que deseamos realizar un trío? Seguro que no os sorprende, porque es nuestro

segundo deseo más recurrente. ¿Y sabéis cuál es el tercero de una mujer heterosexual? Pues montárselo con otra mujer... Al final se van a salir con la suya. Ahora bien, os digo una cosa: los tríos suelen decepcionar si no están todas las cuerdas afinadas (bueno, eso es lo que me ha dicho una amiga... que luego todo se sabe). Vayamos por el segundo deseo más mencionado por los hombres. El darse el filete en algún sitio exótico (y por exótico no me refiero a vuestra vagina). Escenarios como el ascensor, el confesionario, la playa, el baño público... En fin, tampoco es que los lugares les den para mucho. Y aquí es donde quizá os sorprendáis un poco

(aunque, si lo hacéis, seguro que las estadísticas no son ciertas), pues resulta que para nosotras ése es el deseo más recurrente. Lo que sucede es que, para nosotras, el sitio exótico es algo más complejo que encima de la lavadora centrifugando y solemos irnos a paisajes idílicos o a lugares concurridos (desde luego que estamos hechas unas golfas...). El tercero es el sexo oral. Ellos desean mucho que se la mamen bien mamada, pero parece que nosotras tampoco le hacemos ascos a un buen *cunnilingus*. Después viene el sexo anal. Para aproximadamente el 24 por ciento de los hombres, su mayor deseo es darnos por culo (llevamos una larga

tradición de esto...), pero a nosotras no nos gusta especialmente, pues no aparece hasta el puesto trece de nuestros mayores deseos y sólo lo hace acompañado del coito vaginal; vamos, lo que se llama una «doble penetración» (cosa que a los hombres heterosexuales no acaba de gustarles, pues suele requerir, salvo si se cuenta con la ayuda de un dildo, de otro miembro con su miembrito). De porcentaje idéntico al anterior aparece otro deseo masculino: la orgía (aquello de todos para una y una para todos), y resulta que a nosotras parece gustarnos más que a ellos (será por las razones que apuntábamos en el trío). Y una pequeña sorpresa más. El

sexto deseo preferido de los hombres es el voyerismo. Mirar, les gusta mirar. No me digáis que no os habéis encontrado con alguno de estos que podrían pasarse horas observando lo que escondéis debajo de la falda (como si estuviera a punto de salir algo de ahí; vamos, lo del conejo y la chistera). Pues, y aquí viene lo curioso, nuestro sexto deseo más mencionado es el exhibicionismo (si es que Dios los cría y ellos se juntan...). Con relación a deseos menos recurrentes que los anteriores, podríamos citar, por ejemplo, que las relaciones de dominación y sumisión son el vigésimo tercero de los preferidos por los hombres, mientras que a nosotras

parecen gustarnos más estas historias (al fin y al cabo son bastante más cerebrales y menos genitalizadas que todas las anteriores mencionadas). También deseamos tener relaciones zoofílicas más que los hombres (será porque el tener sexo con un hombre ya se considera como una especie de zoofilia). Otra divergencia entre deseos sería la de esparcir y ser esparcidas de semen. A ellos les pone un montón, mientras que a nosotras, en el mejor de los casos, y bien visto, nos escuece un montón.

EL PLACER DE LA LECTURA

Las fantasías y los deseos son el nutriente de nuestra libido sexual. Sin ellos, devendríamos seres apáticos y poco dados a los placeres, y ése es el gran mal que nos afecta en estos tiempos tan convulsos: la melancolía y la falta de deseo sexual. Cuando, además, en una pareja estable se produce una asimetría en el deseo (no en los deseos sino en la intensidad de éstos), suele conllevar muchos problemas de difícil gestión para seguir manteniéndose unida. Frente a estas dificultades, mi recomendación

siempre suele ser la misma: no dejar de tener deseos y fantasías aunque sólo sea una vez al día y, si no aparecen de manera natural, forzarlos a que se manifiesten. Para este fin, recomiendo un remedio sencillo y que suele ser de enorme eficacia: la lectura erótica (el porno o el erotismo visual puede resultar contraproducentes cuando el apetito es bajo). Tumbarse en la cama y leer, aunque sólo sean unas líneas de algún buen relato erótico, es dar de comer directamente a nuestra imaginación erótica y suele ser mano (o lo que tú prefieras) de santo.

«Yo estoy a cuatro patas delante de

él. No siento ningún rubor, y aunque no lo veo sé que me está recorriendo los glúteos y la vulva con la mirada. Se agacha un poco y entreabre mis nalgas con ambas manos. Empieza a lamerme suavemente el ano. Después baja hasta la entrada de mi vagina y finalmente a mi clítoris. Luego hace el recorrido a la inversa. En ocasiones, rápido, en ocasiones, lento, y a veces trazando algunas formas geométricas; que si un zigzag, que si un círculo, que si cruces. En ocasiones me lame sólo con la punta de la lengua y otras con toda la lengua muy ensalivada como si fuera un perro. Noto que voy a tener un orgasmo muy intenso».

Testimonio de un deseo erótico de V. M., que se declara bisexual y tiene cuarenta y cuatro años.

¿Ha funcionado?

Lo bueno y lo malo del porno

El «porno» es la abreviatura con la que normalmente se conoce al cine pornográfico. En él se ejecutan y se muestran, se presentan, pública y explícitamente, actos derivados de la interacción sexual. Su finalidad no es otra que servir de estímulo sexual a los que lo contemplan. Vayamos por lo primero: porno de «pornográfico». El

término «pornografía» proviene del griego *porne* y del sufijo *grafía*. En la antigua Grecia una *porne* era una prostituta de baja extracción social (normalmente esclava), mientras que *grafía* significa «relato», «dibujo» o «representación». Así, etimológicamente, el término pornografía significaría algo así como «historias de putas».

Al primero que se le atribuye esta calificación de creador de historias de putas (pornógrafo) fue a un pintor griego del siglo V a. C. de nombre Parrasio. De él se contaba que era extraordinariamente virtuoso y realista en sus representaciones, y que una vez

tuvo una disputa con otro afamado pintor de su época, Zeuxis, quien había pintado unas uvas tan realistas que los pájaros se acercaron a ellas. Retando a Parrasio a que hiciera algo parecido, éste lo llevó a su estudio para que contemplara su última obra y, colocando a Zeuxis frente a unas cortinas, le pidió su opinión, a lo que Zeuxis le ordenó que las descorriera para poder apreciar la obra. Parrasio, imaginamos que orgulloso, le dijo que las cortinas eran su pintura, con lo que Zeuxis tuvo que admitir la derrota, pues si él había sido capaz de engañar a un pájaro, Parrasio había sido capaz de engañarlo a él.

Pues bien, este Parrasio no sólo

pintaba cortinas, sino que tenía a bien retratar con extraordinario realismo y como Dios las trajo al mundo a las prostitutas más bellas de Grecia. De hecho, parece ser que compartía su vida con una de ellas (nada mejor que tener el desnudo a mano).

Pero volvamos al principio. El hecho de que al cine pornográfico se le conozca con el apócope de «porno» no se debe sólo a la intención de ahorrar saliva, pues el cine pornográfico ni tiene mucho de «grafía» ni, por consecuencia, de cine. De este modo, ¿qué nos queda?: porno. De eso tiene a discreción. Al porno lo definíamos al principio como

una presentación pública y explícita de actos derivados de la interacción sexual. Y decíamos presentación, porque en este espectáculo no se representa casi nada, sino que se presenta. En él no se simula, se ejecuta, y los actores, más que actores, son actantes pues ejercen realmente las acciones que muestran (simular un orgasmo femenino es algo frecuente en todos los hogares y eso no convierte a la mujer en actriz... ¿o sí?). «Aquel tío follándome por detrás, ¿sabes?, y otros dos tíos enormes vestidos de poli dentro de mi boca, a la vez... y recuerdo que pensé para mí: ¡Me gusta ser actriz!, ¡quiero estudiar!», dijo Linda Ash, mientras, posiblemente,

Lenny se atragantaba con los fettuccini. Recuerdo que no pude contener la carcajada ante esta escena de *Poderosa Afrodita* de Woody Allen, con la que Mira Sorvino haciendo (esta vez sí) de actriz, consiguió un Oscar. Sé que esta opinión no gustará a las chicas que trabajan en el porno, entre las que, por cierto, tengo buenas amigas, pues ellas, desgraciadamente mucho más que los mamporreros, llevan un estigma que las acosa: el de *porne*, el de ser consideradas como prostitutas. ¿Tan distinto es lo que hacen estas chicas en el porno de la prostitución? Pues si nos atenemos a las definiciones, la verdad es que, lo mires por donde lo mires, no

existe tal diferencia. Del mismo modo que tampoco es distinto de la prostitución masculina lo que hacen los chicos. En mi opinión, lo que deberíamos hacer no es minusvalorar a estas chicas actantes por el trabajo que realizan, sino valorar más a las prostitutas. En el porno, todo lo que se muestra es tan real, tan poco simulado, que la única falta de realidad en el porno es su exceso de realidad: lo que se ve en una filmación de estas características no se ve en una interacción real (vamos, ni siendo contorsionista y acostándote con un ginecólogo y con su espéculo a la vez) y es allí donde el espectador (en el cine

porno, el verdadero actor, si no el único, es el espectador) debe dejarse embaucar.

¿Quiero con esto decir que lo que nos presenta el porno es el sexo tal y como es? No, ni mucho menos. No os dejéis engañar.

BUENO PARA LA VISTA, MALO PARA EL ENTENDIMIENTO

En el porno se muestra sólo una manera espectacular (de «espectáculo») de

interactuar sexualmente. Los chicos y chicas que participan en estas filmaciones son personas escogidas (salvo en el caso del porno casero o *amateur*, pero que muchas veces sigue los mismos principios y finalidades del profesional pero con medios, digamos, más escasos). Además, sus acciones están planificadas y siguen el patrón de un modelo sexual. Los chicos suelen ser escogidos, mucho más que por su atractivo, por su capacidad de mantener la erección, prolongar el coito y tener un pene grande (todo un poco triste...), y a las chicas por ser sexualmente vistosas (especialmente las tetas) y encajar en el modelo de una gimnasta que ha dejado

la dieta por un momento (para comérselo todo...). Desde luego que no todos los chicos que os vais a encontrar son así (afortunadamente) ni todas nosotras somos tan... bueno, tan.

Pero lo más inquietante del porno (salvo honrosas excepciones) es que presenta un modelo lineal y basado en el placer masculino. Digo que es lineal porque va del sexo oral como preliminar (mamada y algo de lubricante *cunnilingus*) a la eyaculación masculina poscoital. Así de simple y así de recurrente, hasta el punto de que mucha gente cree que el sexo e interactuar sexualmente no son otra cosa más que esto. Vigilad, chicas, porque hay mucho

«enterao» por ahí que, en cuanto os lo echáis al buche, parece que le hayan gritado «cámara y... acción» y ¡venga!, a repetir el último numerito que presencié. Huid de ellos como de la peste, pues para *remakes* ya está Hollywood, y por lo general suelen ser unos pelmazos que os van a dar más vueltas que una lavadora centrifugando y vais a disfrutar menos que planchando la ropa centrifugada. Lo del primar el placer masculino es evidente (por más que las chicas berreen como si les fuera algo más que el sueldo en ello), y se explica sobre todo por dos motivos: en primer lugar, porque así ha sido entendido tradicionalmente el sexo

(como un ejercicio para procurar placer al hombre, de ahí la preponderancia que tienen el falo y el coito), y en segundo lugar, porque el gozo masculino es explícito y más difícil de simular (lo de la chorreada...). Este modelo androcéntrico en el que la mujer (su deseo, su gozo y sus preferencias) tiene un papel secundario de mero soporte más o menos habilidoso para el disfrute masculino es, insisto, sólo un modelo de conducta erótica, y en ningún caso la sexualidad humana. Es como si creyéramos que la música es el *rock and roll*, olvidando que sólo es un estilo de sonoridad musical. Recientemente ha habido intentos por «feminizar» el porno

y realizar un producto destinado al público femenino. Algunos de estos resultados no eran otra cosa que más de lo de antes aunque añadiendo argumento (como si nosotras, en el porno, buscáramos un argumento... para eso ya tenemos a Dostoievski), y otras propuestas más inteligentes han cambiado quizá no tanto el modelo sexual como la mirada de cámara. También ha habido gente, desde que en 1896 se realizara la primera filmación porno (por cierto, una películita francesa que coincidió cronológicamente con la que se considera la primera película española, *Salida de misa de doce del Pilar de*

Zaragoza... unos tan cochinos y otros tan beatos), que ha sabido encontrar en el porno auténtico cine con propuestas verdaderamente sugerentes y hasta artísticas, pero no las vais a encontrar con facilidad.

¿TODO EN EL PORNO ES POCO RECOMENDABLE?

No, desde luego que no. El porno, para los adultos, puede ser de gran ayuda en el proceso de estimulación del deseo sexual. Nos pone calientes, por decirlo en román paladino. Y eso está bien

cuando el gran mal que nos acecha es siempre la inhibición del deseo sexual o el deseo sexual hipoactivo. Bien es cierto que requiere, para participar de sus correrías, que el espectador tenga previamente al menos el deseo de ver porno, lo que ya implica en sí mismo un incipiente deseo sexual, por lo que no sería recomendable para personas con el deseo bajo mínimos. Ya comenté que en el porno, el único que actúa es el espectador, pues es él el que se sitúa en el papel de los que filman la escena, y ese trasvase en sí mismo es trabajar el deseo del espectador. Se dice que nosotras las mujeres vemos menos porno que los hombres, y puede ser, pues, por

lo general, nuestros canales de alimentación del deseo son más narrativos y menos visuales que los de ellos, pero lo que sí puedo aseguraros es que lo vemos y mucho, palabra de «pornoescópica» (término que acabo de inventarme pero que designaría a la persona que mira porno). Una recomendación: es mejor verlo sola. Cuando se ve en pareja, suele tener efectos secundarios poco recomendables, como que la pareja se siente un poco triste por haber tenido que recurrir a cuerpos ajenos en lugar de los propios para alcanzar el estímulo (cosa que no debería entristecernos ni inquietarnos pues no tiene nada de

anormal) o que se tome a guasa el tema, con lo que se conseguiría el efecto contrario (a los dos les entra la risa tonta y acaban jugando al parchís... y no a las damas). Por último, y para aquellas chicas cuyos deseos no estén estandarizados en los cánones que marca el modelo normativo en vigor, me gustaría recordaros que existen infinidad de temáticas en el mundo del porno que, aun siguiendo los cánones del género, digamos convencional, es decir, presentando las acciones y buscando la finalidad del calentón, pueden saciar casi cualquier apetencia deseante del espectador (a mí, por ejemplo, me gusta montar a caballo... bueno, pero me gusta

montar a caballo sobre la silla). Para estas descarriadas, os recuerdo que internet es una buena plataforma para saciar (o iniciar) vuestras apetencias (la oferta es tan grande que a una le faltan manos... o coños o le sobran dedos...).

FILMARSE O NO FILMARSE

Es una erótica bastante frecuente el hecho de querer plasmar nuestros ratos eróticos en algún tipo de soporte como la fotografía o el vídeo. ¿Qué queréis que os diga?, puede tener su punto.

Fundamentalmente porque nosotras mismas no nos vemos durante una interacción sexual solitaria o en compañía y apreciar desde fuera nuestras expresiones extáticas (de éxtasis) resulta curioso a la vez que excitante. Así, valoraciones del tipo «¿Cómo puedo ser tan perra?» suelen acompañar el visionado de las imágenes y funcionan como un buen alimento para nuestro deseo. Si ésta es vuestra inclinación, no seré yo quien os enderece, pero tened en cuenta algunas cosas. Ese material está registrado y puede ser utilizado de manera dañina por algunos. Como parece que dijo Aristóteles: «El hombre es esclavo de

sus palabras y dueño de sus silencios», lo que significa que no podréis negar o escamotear lo que ya está dicho o registrado. Las filmaciones son, en definitiva, pruebas de una acción erótica tomadas en determinadas circunstancias, y éstas, las circunstancias, pueden cambiar mucho a lo largo de nuestra vida. De manera que el hecho de que haya filmaciones eróticas con alguien a quien amamos no debe hacernos olvidar que, con un poco de suerte, vamos a amar a muchas personas, y puede ser que no nos haga mucha gracia encontrarnos con viejos recuerdos en nuevas parejas (y menos si andamos por allí, seduciendo a diestro y siniestro...).

Vivimos, además, tiempos en los que existe una enorme facilidad para difundir *urbi et orbe* todo tipo de material erótico, y siempre hay algún cercano a alguien cercano que está conectado en el momento más inoportuno. No lo olvidéis. Es un poco como los tatuajes: tatuarse el nombre de la persona querida suele obligar, a la larga, a tirar del láser cuando otro nombre ocupa nuestra vida, sólo que una imagen es más difícil de borrar que la tinta. Quizá penséis que lo filmado es inocente, sólo una «pajita» en la que apenas se me ven las tetas. En tal caso, recordad la sentencia de André Breton: «La pornografía es el erotismo de los

otros». Lo que para nosotras es erótico o picantón, para el otro puede convertirse en pornografía.

Si pese a todo, queréis inmortalizaros en tan especial circunstancia (no hablo de las fotos de la primera comunión), convendría que no intentarais afectaros en los gestos y en las posiciones; lo más natural es lo más apreciado. Y si una vez inmortalizadas, os apetece exhibiros públicamente por diestro y siniestro, existen multitud de páginas web (las mismas que utilizaría un exnovio despedido) donde poder colgar nuestras lúbricas carnes para deleite de propios y extraños. El exhibicionismo

cibernético resulta una succulenta variante del dejar descorridas las cortinas, sólo que en él no vamos a tener ningún tipo de control sobre las cortinas y los vecinos.

Personalmente, yo nunca lo he practicado (¿ves, cariño, cómo esa francesa que se agita como poseída mientras un tío la folla por detrás y el otro por la boca no soy yo?... Si cuando te conocí, era virgen... ¡Ay, yo también quiero estudiar!...).

Sexo virtual: se mira pero no se toca

«Mi amor querido, mi dulce amor, sigo en cama. Acabo de tener un sueño maravilloso, uno de esos sueños diurnos donde las emociones físicas te dejan al despertarte toda la parte correspondiente al deseo... y el deseo que arrastras después, ya despierto, se parece tanto al placer del sueño. Estaba tumbado en una cama al lado de un

hombre que no puedo identificar con seguridad, pero un hombre sumiso, soñador desde siempre y para siempre y silencioso. Le doy la espalda. Y tú vienes a tumbarte cuan larga eres pegada a mí, me besas los labios dulcemente, muy dulcemente y yo te acaricio bajo el vestido los senos, fluidos, tan vivos. Y tu mano pasa, muy despacio, por encima de mí, busca al otro personaje y se aposenta en su sexo. Lo veo en tus ojos, que se turban lentamente, cada vez más. Y tu beso se hace más cálido, más húmedo, y tus ojos se abren más y más. La vida del otro pasa a ti y al poco rato es como si masturbaras a un muerto».

¿SABÉIS QUÉ ES ESO?

Pues eso, además de una de las bellísimas cartas que Paul Éluard le envió a su esposa Gala (la que luego sería compañera de Dalí), es, también, sexo virtual.

Como los poemas de Rilke a Lou Andrea Salomé; las frases que ideaba el personaje de Rostand, de *Cyrano de Bergerac*, y que recitaba a su amada, como propias, el bello Christian de Neuville; las piezas musicales que Beethoven compuso para su «amada inmortal» (de quien desconocemos la identidad)... Todo eso y muchísimos

más ejemplos constituyen lo que se denomina «sexo virtual».

Entonces, ¿qué es el sexo virtual? Diríamos que todas aquellas prácticas eróticas que se producen sin que medie un contacto físico.

Sucede, y con mucha frecuencia, que creemos que hemos inventado algo, pero el simple hecho de que la tecnología de la comunicación nos facilite algunas herramientas para tener un contacto virtual no quiere decir ni que seamos más ingeniosos, en cuanto a lo comunicado se refiere, ni que hayamos descubierto un nuevo uso (en este caso, erótico) de la comunicación a distancia. Con ello quiero deciros que lo esencial

del sexo virtual sigue siendo lo mismo, aquí y ahora que en Babilonia y hace dos milenios. Aquello esencial de la sexualidad es de una importancia capital para la comprensión de nuestro hecho sexual: el sexo es mucho más que la carnalidad. El sexo abarca mucho más que un coito, que una interacción, que unos genitales que se rozan, y, por tanto, no es en la piel donde reside su importancia, sino en el cerebro.

Una gran ventaja para las seductoras de verdad, pues éstas pueden ser guapas, tener las tetas grandes y hacer como nadie un francés, pero también pueden no tener nada de eso... Ahora bien, lo que en absoluto puede faltarles es un

hermoso y operativo cerebro. Un cerebro que sepa leer e imaginar, adaptativo y con talento para la improvisación, claro y ordenado pero plástico, con poder para el relato y con inteligencia como para saber que los relatos no siempre hay que creérselos. Y es precisamente en el sexo virtual donde todas esas virtudes se os van a poner a prueba, más incluso que en el sexo *tête à tête*, pues el sexo virtual es el arte puro de la seducción. Aquí no disponemos de más herramientas, puntos de enganche o reclamos seductivos que nuestro talento.

EL OBJETO DE SEDUCCIÓN Y SU MOTIVO

Para el sexo virtual, cualquiera, creedme, cualquiera puede servir como objeto de seducción. Si queréis bajarle los humos a un (presunto) alto ejecutivo y ponerlo con el culo en pompa, ése os vale; si queréis que uno de esos casanovas de rastrillo perdonavidas os acabe implorando una cita, ése también sirve, y si os queréis follar virtualmente al jorobado de Notre Dame, adelante. Porque el sexo virtual tiene otra gran ventaja: no lo llevaremos

a la realidad. Si lo que vosotras queréis es llevaros «realmente» a alguien a la cama y tener su peso encima, entonces os recomiendo cambiar de capítulo. El sexo virtual no sustituye a nada (por tanto, no se trata de una erótica a la que se deban acoger mujeres desesperadas porque en su vida real pescan menos que un gato con guantes), ni un prolegómeno de nada (si lo empleáis en este sentido, mejor os vais a una fiesta y así os aseguráis el tiro).

Es importante, creo, que lo tengáis claro. En caso contrario, corréis el riesgo de tropezaros con los cordones de vuestros propios zapatos. Me explico. Lo que terminaréis por crear

con vuestro objeto de seducción, y, por ende, vuestro seducido con vosotras, es una fantasía. Una fantasía que incluirá la creación total de vuestro amante. No será en casi ningún caso real. Y si así lo creéis, es posible que os llevéis un chasco, pues os puede «poner» su capacidad poética, cuando en realidad está plagiando poemas googleados, o que siendo, por ejemplo, polaco, escriba bien vuestro idioma, cuando sólo está utilizando un traductor simultáneo, o que haya una enorme concordancia entre vuestros gustos y deseos, cuando lo cierto es que sois más evidentes que un libro abierto o simplemente ha echado un vistazo a vuestro perfil en Facebook.

No os olvidéis que la seducción es un acto recíproco, y si bien es verdad que os vais a topar con más calentorros que listos, muy tonto hay que ser como para no daros juego por donde más os gusta. En el sexo virtual con un desconocido, no vais a encontrar vuestra alma gemela, sencillamente porque un alma gemela sólo se encuentra, como dice el proverbio chino, «después de haberse comido con él dos sacos de arroz», es decir, después de haber vivido con alguien lo bueno y lo malo de un proyecto común, y no después de unas palabritas que ni sabes de dónde provienen ni quién las profiere. Sucede que los caminos del sexo virtual están

llenos de «cazadoras de tesoros» y de muertos de hambre. En definitiva, de personas que buscan pescar a alguien para que les solucione la vida; de otras carentes o adictas a los afectos, o de tipos (normalmente son tipos) con más hambre que el perro de un ciego que os dirán que sí a todo, que sois el amor de su vida y que os van a poner un pisito en Leganés... todo por un polvo real, pues el polvo virtual está reservado para gente que, de verdad, sabe lo que es el sexo y lo ama profundamente. Por fortuna, también hay personas que saben lo que es un contacto virtual con un desconocido, que saben limitarlo a eso y que saben gestionarlo... Existen, aunque

son pocas (os recomiendo que os apuntéis a este grupo). Pero, insisto, si lo que pretendéis es encontrar «realmente» a la persona de vuestros sueños, lo más probable es que os topéis con un hambriento de sexo (real). Es algo así como confiar vuestra futura economía a la Bonoloto. No hay nada de malo, entendedme, en utilizar las herramientas de comunicación que la tecnología ha puesto a nuestro alcance para llevarnos a alguien a la cama o para concertar una cita (me parece que desde que se inventó Facebook, las discotecas han quedado para ir a bailar...), pero eso no será sexo virtual, y os recomiendo que si queréis llevaros

a alguien a la cama, le oláis antes el aliento (es una metáfora). Pero ¿se puede mantener sexo virtual con alguien conocido? Sí, pero dejará de serlo cuando el sexo con él pierda, en algún momento, su condición de virtualidad. Es decir, si practicamos una erótica virtual con alguien que ya conocemos y nos restringimos a esta erótica, estaremos realizando sexo virtual, pero si lo que hacemos es preparar el encuentro real a través de una comunicación erótica a distancia, lo que hacemos es mantener «preliminares» o establecer un flirteo cibernético, pues nuestro objetivo no es esa erótica en sí sino estimular la interacción real. Como

en este capítulo queremos centrarnos en lo estrictamente virtual, supondremos que de nuestro objeto de seducción no sabemos nada de partida. En el proceso de enamoramiento real, el de encontrarse a alguien por la calle y sentir un flechazo y tomar una copa con él y compartir después líquidos más sabrosos, siempre interviene algo de fantasía, de autoengaño (como os decía antes, el príncipe azul no aparece al besar una rana sino conviviendo con él desde que era cabo de guardia... o un renacuajo). Y si así sucede en la realidad, imaginaos lo que ocurre en la virtualidad. Una virtualidad en la que del otro no sabemos nada, absolutamente

nada, y somos nosotras las que estamos obligadas a rellenar todos esos huecos... y lo haremos a nuestra conveniencia y gusto, no os engañéis. En esto de la seducción en el sexo virtual, el seducido no es nada más que un papel en blanco, y si después de escribirlo nos enamoramos realmente de él, conviene saber que no es de él de quien nos estamos enamorando, sino de nosotras mismas.

Sin embargo, lejos de ser un inconveniente, es lo bueno de los medios tan fríos (por utilizar la terminología del filósofo MacLuhan). Al no tener datos reales del otro, requiere de nosotras un esfuerzo creativo que, si

nos sale bien, puede resultar muy gratificante. Si, además, el otro nos ayuda en esta escritura erótica, pues mejor todavía, y para ello no existe camino más idóneo que volverlo loco (acordaos que estamos hablando de volverlo loco virtualmente).

¿Por qué me muestro tan contundente con esto? Pues porque no quisiera que confundierais las cosas, y porque he visto que muchas fantasías destrozan muchas realidades... Sumado a que el sexo virtual puede funcionar como un buen complemento en la sexualidad personal, sin por ello entorpecer una realidad sentimental concreta.

LOS CANALES Y TOCAMIENTOS

Son muchos y muy variados. Los mencionaremos en orden contrario a lo que, creo, potencian más nuestros recursos seductivos. Me gustaría comentaros, también, que mientras más «caliente» sea el medio que empleéis (es decir, mientras más datos reales sepáis del otro y el otro de vosotras), más cerca estaréis de perder el sexo virtual y tener un contacto real. Los más calientes (seguimos con MacLuhan) son aquellos que nos permiten una conexión visual y auditiva. Son los que se

establecen, por ejemplo, a través de una cámara web (webcam). Son más calientes no sólo porque nos aportan más información del otro, sino porque se pueden hacer auténticas guarradas, pero resultan, a mi parecer, menos eróticos, pues exigen menos complementariedad imaginativa por nuestra parte (es la misma diferencia entre ver una película porno o leer literatura erótica).

Hay algunos que se enfrían un poco más, y entre ellos me gustaría destacar uno anterior a la llegada de internet. Se trata del teléfono. Si practicamos sexo virtual a través del teléfono es porque, por lo general, ya conocemos a nuestro *partner*. Si al teléfono llegáis desde un

contacto más frío, es decir, si no habéis conocido personalmente antes a vuestro interlocutor, pensad que estáis asumiendo un riesgo o que, en cualquier caso, están aumentando los niveles de intimidad con él. Eso puede ser bueno si queréis llegar a conocerlo en persona, pero, normalmente, no suele augurar nada bueno si queréis preservar la privacidad. Pensad algo: mientras menos se sepa de vosotras, más capacidad de maniobra tendréis y, del mismo modo, mientras más interés tenga el otro (o la otra) en conocer datos vuestros, más probable es que busque lo que los demás (el refregón sin filosofías). Los medios más fríos y, por

tanto, los que más permiten la erótica virtual son los relacionados con la escritura. Desde las relaciones epistolares que hemos mencionado hasta los chats, pasando por los SMS, el WhatsApp, el correo electrónico y muchos más. Entre ellos, hay que distinguir aquellos que permiten una comunicación continuada e inmediata (como el WhatsApp o cualquier otro chat) y aquellos que no garantizan que la secuencia de respuestas sea inmediata (como el correo electrónico). A mí personalmente me parece que el hecho de combinar medios más instantáneos con otros más retardados crea expectación, lo que equivale a deseo.

Por ejemplo, utilizad un medio «lento» (como el correo electrónico) para darle tiempo a que escriba su deseo, pero sin dejar que su afición por la escritura se enfríe, sorprendiéndole con mensajes intempestivos de contenido poco previsible (jugad con contenidos metafísicos y con los puramente carnales, en una proporción desigual que le permita comprender que los carnales van a acabar primando). Eso os diferenciará de las «busconas» que tienen prisa por cerrar el trato. Cuando creáis que ya está como para que prenda un pitillo con sólo acercárselo al culo, entonces pegarle un buen revolcón en una comunicación simultánea, con

chispa, gracia y procacidad, dejando las pausas necesarias como para que su erección mental se recupere. Después, y si el encuentro os ha resultado interesante, volved a dejar que se enfríe un poco. Durante ese encuentro simultáneo y acalorado, tendréis que aprender a escribir con una mano. Poneos cómodas de forma que, por ejemplo, vuestra vulva se apoye directamente en el asiento y podáis notar un contacto continuado y os estimuléis con sólo mover la pelvis. Las onomatopeyas de, por ejemplo, gemidos tipo «Oh, sí, Oh, sí» o «mmm...» y, en general, el «más y más», suelen funcionar bien pero siempre que sean

sinceras y oportunas. Prescindid de los emoticonos. Describid lo que estáis haciendo y pedidle que os describa a su vez lo que hace, pero olvidaos de Tolstói (las grandes parrafadas y las descripciones demasiado minuciosas suelen enfriar al más caliente). Describid también lo que queréis que os haga y lo que le estáis haciendo, pero, nuevamente, centraos en ese escueto juego de palabras que permite la inminencia del orgasmo (a saber: «coño», «chupa», «más adentro», «me corro», «polla», «leche», «culo», «dentro», «empapada», «sí» y muy poquitas más). Cometed alguna falta de ortografía (estáis que os corréis y en

estos casos la «v» y la «b» están muy cerca en el teclado... y si no estáis que os corréis, él lo creerá y os dará más juego). Olvidad también las metáforas y los dobles sentidos. Sed unas golfas, desinhibíós y tocaos con pasión y talento hasta que, de verdad, aulléis.

Después, borrad la conversación. Es igual que él la conserve; vosotras borradla.

A POR ELLO, CHICAS

El sexo virtual tiene muchas ventajas; por ejemplo, no hay que depilarse las

piernas, y sobre todo poder hacerle un corte de manga a la realidad, que suele joder más y peor que cualquier infatigable amante. Así, se trata de una práctica que os recomiendo con fervor pues, además de recompensaros por sí misma, os liberará la lengua, el descaro, la imaginación y el entendimiento, recursos muy útiles a la hora de afrontar una seducción en el mundo real. Ahora bien, como ya os he comentado, procurad que lo uno no preceda a lo otro, que el sexo virtual no os lleve al real, ya que no es lo mismo acudir a una cita sobria que harta de vino (las fantasías que os habréis creado sobre el otro suelen actuar como una mala

intoxicación a la hora de ganar la situación y perder la compostura). Una amiga, parodiando a un cómico, me decía un día: «Nunca me he acostado con un tío feo... ¡Pero me he levantado con cada bodrio!»... y lo malo, en la realidad, es que hay que levantarse...

19

Las lecturas eróticas

Dejadme que os diga sólo un par de cosas sobre el deseo (otra vez...). La primera es que funciona creando correspondencias simbólicas. ¿Qué quiere decir eso? Que detrás de un objeto de deseo siempre hay otro, es decir, que lo que creemos que deseamos no es en realidad lo que deseamos sino, simplemente, una metáfora de nuestro deseo verdadero. Os pondré un ejemplo:

cuando nos detenemos en un escaparate porque unos zapatos han captado nuestra atención y estamos dispuestas a dejarnos el sueldo en adquirirlos, en realidad no deseamos esos zapatos, sino algo que comportan o que creemos que comportan, como, por ejemplo, el hecho de vernos más atractivas. Pero el estar más atractivas no es nuestro deseo final tampoco. Queremos mostrarnos más atractivas porque nuestro deseo es poder subyugar con nuestro encanto a los demás. ¿Y por qué deseamos esto? Porque en realidad lo que deseamos es sentirnos respetadas, admiradas y amadas. ¿Ése es nuestro deseo final?... Quizá tampoco, pero aquí acabaré la

serie. Lo que quiero recalcaros es que para desear y para ser un elemento deseable, tenemos que ser capaces de generar esa concatenación simbólica de deseos en el sujeto deseante o, de lo contrario, tendrá que generárnosla a nosotras el sujeto deseable. ¿Nunca os habéis preguntado por qué os puede resultar deseable una determinada persona por la que ninguna otra daría un chavo? Pues atended e intentad descifrar esa concatenación fascinante, oscura e irracional (como todo lo simbólico), y quizá hallaréis la causa de por qué deseáis a ése y no al otro o por qué resultáis deseables para éste y no para el otro. Es lo que sucede con nosotras:

según los elementos simbólicos con los que nos dotamos, despertamos deseo o no, y lo despertamos en determinados individuos e individuos. Si uno de vuestros elementos simbólicos es, por ejemplo, unos labios muy carnosos, despertaréis quizá deseos en personas que ven en ellos un coño generoso; si es un *piercing* en la lengua, atraeréis a gente que sienta un cierto deseo por penetraros (el *piercing* simboliza un clítoris y la lengua, vuestra vulva); pero si uno de esos elementos simbólicos es un libro en la mano, interesaréis a gente que quizá «lea» en ese objeto que vosotras contáis con una mente cultivada. La segunda cosa que quería

comentarios sobre el deseo es que funciona creando relatos. Cuando deseamos algo, inmediatamente construimos un relato deseante. Nos describimos, por ejemplo, a nosotras mismas entrando en un local de moda con esos zapatos del escaparate ante la mirada fascinada de los demás para llevarnos, finalizada la velada, a la persona más interesante del local que, cuando la cosa se ponga tierna (o dura), nos quitará los zapatos con gesto delicado (un poco como el príncipe prueba el zapatito de cristal en Cenicienta). Es decir, cuando deseamos algo, nos montamos la película alrededor de ese algo. Es cierto que son

relatos que muchas veces pasan de manera inconsciente frente a nosotras, porque estamos acostumbradas a la operativa del deseo, pero siempre, en todos los casos, se construyen, y si no se construyen es, simplemente, porque no deseamos aquello. El deseo es, en definitiva, literatura, un relato literario personal e intransferible. Es quizá por ello por lo que la literatura erótica nos resulta tan estimulante, pues, en el fondo, la vemos como la plasmación de un deseo que nos induce al nuestro propio.

Siempre he creído que no hay nada más *sexy* que un cerebro *sexy*. Una

mente con curvas, musculada, con profundidades, abierta y hospitalaria, generadora de ideas y con capacidad para la asimilación y la asociación, es garantía de éxito. Y gran parte de este éxito, así como en el carácter lo da el viajar, en el cerebro lo da la lectura. De modo que, queridas mías, os podría asegurar que saber seducir es haber sabido dejarse seducir por la lectura. Con relación a la literatura erótica, yo la clasificaría en dos tipos: aquella que se ocupa de la genitalidad humana y aquella que se ocupa del ser humano a través de su condición de sexuado. De la primera existe gran cantidad y, como literatura que es, suele estar condenada

al fracaso, pues detrás de las pollas y de los coños no hay nadie que los sustente (y aunque aparecen pollas y coños que «cantan», la verdad es que hay muy pocos que hablen con propiedad). Sin embargo, de la segunda, donde lo importante es el personaje, su cerebro y su identidad, y que se ve reflejado en las acciones que, a partir de su condición de ser sexuado, lleva a cabo, existen obras de extraordinaria calidad erótica y literaria.

Ambos tipos de escritura pretenden, a mi entender, satisfacer tres propósitos (aunque sólo la segunda consigue los tres):

El primero es el de excitarnos

sexualmente. Es evidente que cuando una escribe relatos eróticos está, implícita o explícitamente, buscando provocar una reacción erótica en el lector (del mismo modo que Chesterton o Sterne están buscando provocar una sonrisa).

Aunque, insisto, el sexo o el humor, en el ejemplo que daba antes, son mecanismos de seducción del lector para atraerlo hacia algo que trasciende el propio sexo o el propio humor. Si el objetivo de un escritor es sólo excitarnos sexualmente, acabará por descontado fracasando como literato.

Un segundo motivo es el de aprender a amarnos. Cuando la literatura erótica

refleja la condición de lo humano, siempre nos adiestra en ese difícilísimo arte del amor. A veces lo hace, como suele suceder con la narrativa, de manera indirecta, y otras, normalmente bajo la forma ensayística, de manera directa (tal sería el caso, por ejemplo, del ya citado *Ars Amandi de Ovidio*).

El tercer propósito que suele estar latente en la literatura erótica es el de subvertir valores morales o, al menos, ponerlos en cuestión. Eso sigue siendo válido hoy en día y no sólo en la época de Sade, pues abordar el sexo conlleva enfrentarse al tabú y, por lo que de capital tiene el sexo en nuestras existencias, a algo extremadamente

moralizado, regularizado y estandarizado.

Lo complicado de hacer participar a estos tres propósitos en una obra quizá se deba a la creciente desfragmentación del género erótico en la literatura. Así, hoy en día, los autores sabemos que si catalogan nuestra obra como erótica, los lectores sólo van a buscar en su lectura el primer motivo (el de «calentarse») con tanta claridad que, en cuanto detecten un intento de abordar los otros dos, podrán llegar a sentirse, incluso, defraudados. Por eso es cada vez más frecuente encontrar actos sexuales en novelas de muy distinta vocación, en ocasiones como un mero y torpe reclamo

comercial y, en otras, como veremos, como una faceta más de la densidad del personaje y, por tanto, de lo humano.

Es por todo ello que me ha parecido oportuno incluir en el bagaje de una buena seductora una pequeña biblioteca con una selección de las obras eróticas que a mí me han parecido más instructivas y más enriquecedoras (seguro que después de leerlas sabréis mucho más del ser humano y, por tanto, de su sexualidad).

EL INFIERNO DE LA BIBLIOTECA

En la Biblioteca Nacional de París existe un apartado específico para todo aquel material que, por su contenido erótico, pudiera dañar los preceptos morales que socialmente nos rigen. Su acceso, naturalmente restringido, sólo se permitía a personas autorizadas de probada moralidad y entereza espiritual (os podéis imaginar que la mayoría salían con una probada inmoralidad... o con una mancha en la entrepierna). Su nombre es *L'Enfer* («El Infierno»). Prácticamente todas las grandes bibliotecas del mundo tienen un *enfer* con esas joyas que (¿será por mano del diablo?) han logrado sobrevivir a los tiempos más oscurantistas y a los

censores más fanáticos. En el Museo Británico, este especial y sicalíptico apartado recibe el nombre de *Private Case*, pero en general el nombre que se les da a estos apartados es el de «infierno» (hasta se dice que la Biblioteca Vaticana tiene uno especialmente jugoso... pero sólo el Papa y Dios lo saben). De modo que si vuestra biblioteca no tiene su pequeño infierno particular, debo deciros que es menos biblioteca. Vamos a intentar paliar, modestamente, este demérito. Ah, y por cierto, colocad el pequeño infierno en un sitio alto, no para que vuestra suegra no lo encuentre a la primera, sino para que vuestro amante

os vea las braguitas, o, en su defecto, el trasero, cuando trepéis por la escalera en busca de alguno de sus tesoros. Personalmente, me gusta clasificar los libros primero por disciplina (literatura, ensayo, teatro, etc.) y, dentro de ella, por orden cronológico. Sé que facilita el acceso el orden alfabético, pero el hacerlo cronológicamente me exige un conocimiento y un orden mental más disciplinado (no puedo colocar un libro si al menos no sé algo de su autor).

Así que, si os apetece, daremos un pequeño paseo por los estantes altos (y no me miréis el culo mientras, picaronas...).

La primera que nos encontramos es Safo. Nacida en la ciudad de Mitelene en la isla de Lesbos allá por el siglo VII a. C. «Ardo como arde el campo fértil abrasado de trigos...» A mí me pone Safo, ¿qué queréis que os diga? Es cierto que nos ha llegado muy poco de su poesía lírica y que su biografía es una nebulosa entre realidades y puristas invenciones.

Ah, y aquí está *Lisístrata* de *Aristófanes*. No es en sí misma una obra erótica la de este autor cómico del siglo V a. C., pero parte de una premisa erótica. ¿Qué pasaría si todas las mujeres se declarasen en huelga de sexo

para detener una guerra?

Seguimos en la antigüedad con un poeta latino del siglo I a. C., seguidor de Safo y profundamente enamorado de Lesbia: Catulo. Pocos como él saben expresar el amor, los celos y la lujuria y combinar bellísimas metáforas con las más obscenas palabras y las más tabernarias expresiones: «[...] No creí que tuviese importancia alguna distinguir entre oler la boca o el culo de Emilio. No más limpio éste, no más sucia aquélla, pero acaso el culo es más limpio y mejor, pues no tiene dientes; y la boca tiene unos dientes de pie y medio, unas encías de carro viejo y además una abertura tan ancha como

suele tener el coño una mula cuando mea [...]» (que conste que yo siempre he defendido que el ano no es la abertura más sucia del cuerpo). De Catulo, os recomiendo especialmente los poemas dedicados a Lesbia.

De Ovidio ya os he hablado, así que pasemos a Petronio (siglo I d. C.) y su *Satiricón*, posiblemente, con permiso del *Quijote*, la primera novela de la historia de la literatura, en la que en un texto medio en prosa medio en verso relata la vida social de la Roma de su época basándose en las desventuras y tentaciones de dos amantes (por cierto, masculinos ambos).

¿Y qué me decís de Apuleyo? En *El*

Asno de Oro, los encantamientos que transforman al joven Lucio en asno (con conciencia humana pero que, como asno, es testigo del actuar de las personas, pues nadie se esconde frente a él) le permiten a su autor retratar todas las miserias y grandezas del alma humana, incluidas la zoofilia, pues a Lucio, como asno, se lo rifan.

En la Edad Media a la literatura erótica se la pasan por ahí, por donde el jabón hace espuma. Es lógico a poco que conozcamos lo que significó ese período, tanto ideológica como culturalmente (el cristianismo como verdad única, el analfabetismo, el ideal

del amor cortés, etc.), y es lógico también pensar que la picaresca y lo sicalíptico pasaran, casi exclusivamente, a la voz y a la tradición oral. Ello no impidió succulentas páginas tabernarias de, por ejemplo, los goliardos (esos clérigos libertinos e ilustrados de costumbres más que relajadas, dados a la poesía, el vino y las mujeres) y de los que podéis encontrar algunas antologías traducidas del latín al castellano. Por lo demás, cabe citar la inflamada relación epistolar del clérigo erudito y filósofo Abelardo con Eloísa. Una historia trágica de preceptor y alumna que le cuesta, al pobre de Abelardo, aquello que tanto duele cuando se los pillan con

la tapa de un piano. Pero si me tengo que quedar con dos libros de este período, primero escogería el *Decamerón de Boccaccio*. Divertido, agudo hasta la saciedad, cuenta las historias que durante diez días se narran unos a otros un grupo de jóvenes (siete mujeres y tres hombres) en una villa en las afueras de Florencia, mientras la peste bubónica asola la región. El humor, el sexo y la inteligencia conforman estos cien cuentos que recuperan el hedonismo como una alternativa a la desolación de la tragedia humana. Y también me quedaría, metiéndome ya en el Renacimiento, con los apasionados sonetos de una mujer, Louise Labé:

«Bésame una vez más, vuelve a besarme / Dame un beso de aquellos más sabrosos / dame un beso de aquellos amorosos / cuatro en brasas a cambio he de entregarte [...]». Y si lo que os va es algo más duro, no dejéis de leer los *Sonetos lujuriosos* de Pietro Aretino, este poeta y dramaturgo hijo de una prostituta y un zapatero que empieza uno de sus sonetos con estas palabras pronunciadas por una amante: «Ahora que gusto tan solemne verga / que apabulla el ribete de mi coño / quisiera transformarme toda en coño / con tal que tú te hicieses todo verga».

Los siglos XVII y XVIII nos llenan el

infierno de succulentas páginas, desde la feroz lucha de Suzanne Simonin por que su vitalismo no sea aniquilado por la disciplina conventual que nos retrata Diderot en su obra *La religiosa*, hasta las intrigas crueles de poder, seducción y sexo que ingenia magistralmente Pierre Choderlos de Laclos en *Las amistades peligrosas*.

También del XVIII es el aventurero y escritor Giacomo Casanova, que consiguió reflejar como nadie la sociedad dieciochesca a través del erotismo que reflejan sus conquistas en *Histoire de ma vie*, conocida también con el nombre de *Las memorias de Casanova*.

Pero si el siglo XVIII aporta un personaje interesante a rabiar, éste es Donatien Alphonse François de Sade, conocido como el Marqués de Sade. Su fantásica furia contra los valores morales establecidos, su violencia desatada, su aguda reflexión, así como su apreciable escritura hacen de él algo irrepetible. Es el inmoral (por más que a él le hubiera gustado ser amoral) por excelencia, y su obra marca un antes y un después en el erotismo como valor subversivo. *Las 120 jornadas de Sodoma*, *La filosofía del tocador* o *Justine o los infortunios de la virtud* son ejemplos de qué lejos puede llegar la fantasía erótica (recordad el capítulo

dedicado a la diferencia entre fantasía erótica y deseo) y qué a las claras puede mostrar lo oscuro de lo humano. Si Sade ha dado nombre al sadismo, otro autor prolífico dio nombre a la particularidad erótica del «restifismo» (aquella variante del fetichismo que fija su atención erótica en los pies). Su nombre: Restif de la Bretonne, quien, queriendo corregir virtuosamente al Marqués, firmó *La anti-Justina o las delicias del amor*. Reformador moralista, se ocupó en su obra de abordar temas como la prostitución o el incesto, así como dejar constancia de su irreprimible atracción por los pies femeninos.

Es en el siglo XIX cuando se consolida el erotismo como género literario, y ya que estamos en «parafilias» y particularidades varias, debemos mencionar al que da nombre al masoquismo, y que no es otro que Leopold von Sacher-Masoch, que revolucionó con el particular fetichismo de su obra *La Venus de las pieles* la sociedad biempensante. Una obra muy curiosa que lleva las relaciones sexuales mucho más allá de la simple genitalidad, y que es todo un tratado de psicología erótica que no deberíais perderos.

Los simbolistas tampoco dejaron de

lado el sexo, y desde Verlaine hasta Baudelaire, pasando naturalmente por Rimbaud, se han ocupado de él con una belleza y dureza sin igual. Y posiblemente el primer moderno de la historia de la literatura y emblema de la vanguardia, Guillaume Apollinaire (a quien parece deberse el nombre de «surrealismo», pues lo emplea como subtítulo de su obra de teatro *Las tetas de Tiresias*), tampoco pudo resistirse al encanto del erotismo. Su obra *Las once mil vergas* es un exhaustivo recuento de lo más sórdido y procaz que con respecto al sexo se puede llegar a plantear.

De humor fino y agudo estilete, el

Manual de urbanidad para jovencitas, de Pierre Louys, es otra obra que no debe faltarnos, pues contrapone la obscenidad a los habituales tratados de buenas costumbres con que los elegantes aristócratas solían educar a su descendencia y, por extensión, a la sociedad biempensante. «No masturbéis a vuestros amiguitos dentro de la jarra de limonada, aunque esta bebida os parezca mejor si añadís leche fresca. Los convidados de vuestro padre quizá no compartan este gusto». (No es mal consejo...).

Louis Aragon, uno de los padres del surrealismo, publicó con pseudónimo *El coño de Irene*, que era el libro erótico

preferido de Albert Camus. En un burdel de provincias, una joven meretriz de apetito insaciable, Irene, hace y deshace a voluntad, la voluntad de cuantos le rodean. Y llegamos a uno de mis preferidos, pues es capaz de mezclar la sordidez más profunda con un ingenio erótico sin precedentes y una reflexión sobre el erotismo que sigue sirviendo de referencia para cualquier estudioso del tema: se trata de Georges Bataille. Bataille, hombre apocado y tremendamente intimidado por todo lo que con el sexo guarda relación, fue un intelectual de primerísimo nivel sin el que es muy difícil entender el pensamiento posterior, que firmó dos

obras que para mí son de absoluta referencia: *Historia del ojo* en 1928 y bajo pseudónimo (ya podéis imaginaros de qué ojo se trata...) y un ensayo en 1957 que lleva por título *El erotismo*. Algo más cercanos cronológicamente a nosotros, podríamos mencionar desde Henry Miller hasta los diarios de Anaïs Nin (en los que Henry Miller tendrá su parte de culpa), pasando por obras como *Histoire d'O*, de Pauline Réage, o *Emmanuelle*, de Emmanuelle Arsan (ambas muy conocidas por sus adaptaciones cinematográficas... aunque yo diría aquello de «me gustó más el libro»). Y guardo para el final tres autores muy afines: Vladimir Nabokov y

su genial *Lolita*; cualquier obra (salvo quizá la última hasta el momento, *El mapa y el territorio*) de Michel Houellebecq, y *La vida sexual de Catherine M.* de Catherine Millet... Si estos tres autores no os amplían el mapa de lo humano es que tampoco estáis leyendo estas líneas.

Naturalmente, no están todos los que son (a ver si creíais que en lugar de echar un vistazo a mi biblioteca, ibais a quedaros a dormir), pero me gustaría mencionar una extraordinaria colección en español, por desgracia desaparecida: «La sonrisa vertical» de Tusquets, dirigida por el genial y recientemente

fallecido Luis García Berlanga. En ella se podía encontrar lo mejor y más selecto de la literatura erótica, y era un auténtico placer enfrentarse a cada nueva entrega de la colección (anda que no me he hecho yo... bueno eso... con sus propuestas). Una última recomendación: si una noche queréis tener sexo y el cuerpo no os da para muchos bailes, arrimaos a un buen lector o lectora, tumbaos en la cama y leed a dos cabezas buena literatura erótica (podéis dejar los condones o el juguetito en el armario del cuarto de baño... pero no os alejéis de ellos demasiado).

D) ALTO VOLTAJE

El sexo que no conoces

Lo que os voy a explicar a continuación está reservado a seductoras y seducidos abiertos de mente. Las que prefieren el sexo convencional (lo cual es perfectamente respetable) pueden saltarse este capítulo. Se trata de una serie de prácticas eróticas que requieren de ciertas ganas de experimentar, a veces cierto riesgo (siempre medido, eso sí), pero sobre todo curiosidad por

la condición humana que no deja de sorprendernos por su lado creativo. Mi papel aquí no es el de hacer una apología de ellas sino más bien de exponerlas para que podáis ampliar vuestro campo de miras (para que no digáis luego que no os he avisado...).

EL ARTE DE ENVOLVER EL PENE: EL KOKIGAMI

No busques en el diccionario, querida amiga. No vas a encontrar la palabra *kokigami*, sencillamente porque es japonesa. Esta práctica consiste en una

figura de *origami* (conocida como papiroflexia) que sirve para cubrir los genitales. El *kokigami* sería, por lo tanto, el arte de vestir el pene con papel (no te rías...). Se trata de una técnica de decoración artística del pene, cuyos orígenes se remontan a la nobleza japonesa del siglo VIII. Consiste en envolver el pene con pequeños disfraces de papel de seda como regalo siguiendo la tradición del *tsutsumi* («arte de envolver»). *Koki* es el nombre de un paño que llevan los actores japoneses alrededor de la cintura (probablemente actores del Teatro Nô) y que cubre los genitales. *Gami* significa «papel».

Los aristócratas, cuando entraban en

el dormitorio, se envolvían el pene y el escroto con pañuelos de seda y cintas, formando diseños complejos que ofrecían más tarde como regalo a sus amantes. El placer de esta práctica consistía en que el amante lo fuera desenvolviendo con sumo cuidado para no romper ni las telas ni las cintas. El papel de seda es ideal porque el roce es mayor y se necesita mucha delicadeza para desenvolver el regalo.

Si se quiere, puede realizarse una pequeña función teatral eligiendo el disfraz que se prefiera. Para practicar el *kokigami* no hace falta ser una experta. Buscando información en internet, seguro que encuentras disfraces de papel

que, a más de un sibarita, le hará derretirse de placer... Ya no creías en los Reyes Magos... Te entiendo... A partir de ahora, ¡envuelve tú misma los regalos!

SEXO Y COMIDA: EL SPLOSHING

Detrás de este nombre tan curioso se esconde una práctica erótica que nos viene de la mano de los ingleses y los norteamericanos. Se llama el *Splosh*, una de las prácticas fetichistas más curiosas que consiste en el acto de

derramar comida en el cuerpo con una clara intención erótica. Sus seguidores fantasean con cubrir a sus parejas de pies a cabeza con alimentos pegajosos como el chocolate o la miel, aunque también hay quienes lo practican con espaguetis, guisos y puré (para gustos... comida...).

Utilizada originalmente en las historietas, *splosh* es la onomatopeya que representa el sonido de una torta al estamparse en la cara. El término fue asociado al fetichismo recién en 1989, cuando el británico Bill Shipton lo introdujo en una revista erótica a la que llamó *Splosh!*, dedicada a las personas que sentían placer al embadurnar a

otras.

Con el auge de internet, el *sploshing* gana cada día más adeptos. Hoy existen miles de páginas web que convocan a sus fanáticos y organizan las *Sploshing Parties*, unas fiestas temáticas donde los presentes se arrojan todo tipo de sustancias pegajosas, con altas probabilidades de terminar en la cama.

Si tu amante y tú os estáis aburriendo un domingo por la tarde, y además tenéis un apetito de ogro, siempre os podéis montar vuestra particular *sploshing party*. Eso sí, piensa bien en los ingredientes que te gustaría utilizar...

FELACIONES A LA CARTA

Podría haber incluido este apartado en la primera parte, en el capítulo sobre sexo oral, pero debido a lo curiosa de esta práctica, he preferido incorporarlo aquí. Como si de un juego se tratara, puedes elaborar, para volver aún más loco a tu amante, una lista de «felaciones a la carta». Las prostitutas chinas dominan todas las técnicas de la succión del pene y, gracias a la creciente afluencia del turismo, exportan sus destrezas a Occidente. En Shanghái existen hoteles de lujo que ofrecen la

carta *seven textures* («siete texturas»), para que el cliente escoja la felación al té (en la que se alterna té helado con té caliente para estimular el pene), al eucalipto, con burbujas de champán o cualquier otra bebida carbonatada, con agua casi hirviendo, con hielo picado, con batido y todo lo que se te ocurra para asegurar a tu amante un fantástico orgasmo lleno de grumos y chasquidos. Si hasta ahora podíamos elegir la almohada a nuestro gusto, ¿por qué no hacer lo mismo con el sexo oral? Y así, ya verás que lo tendrás cada vez más cogido por las... cogido por las... bueno... cogido por el pene...

EL PETTING

Desde mi punto de vista, no se trata de una práctica extravagante, aunque entiendo que para muchos y muchas, acostumbrados al «coitocentrismo», se vea como algo «raro» hoy en día. El *petting* es un anglicismo para designar cualquier tipo de relaciones sexuales con la excepción del coito. Se trata esencialmente de encontrar las zonas erógenas de una persona y de estimularlas. La palabra procede del verbo *to pet*, que alude al hecho de acariciar, besar, etc. En inglés se usa con un sentido bastante amplio: las

caricias que se hacen a los animales de compañía (*pet* también significa «mascota»), los mimos que prodigan las mamás a sus bebés, etc.; pero, en español, y particularmente en sexología, se utiliza para referirse a una forma de relaciones sexuales caracterizada por un intercambio de muestras de afecto, un juego amoroso en el que casi todo puede estar permitido, como, por ejemplo, el sexo oral. Muchas veces, los sexólogos recomendamos el *petting* cuando la persona padece de eyaculación precoz, vaginismo, anorgasmia, etc. De hecho, en los años cincuenta, los sexólogos Masters & Johnson lo pusieron de moda para tratar estas dificultades sexuales.

Entre los/as adolescentes se conoce mejor como «hacerlo con ropa». Es una manera de explorar su sexualidad sin correr riesgos.

Si practicáis el *petting* con vuestro amante, puede resultar tremendamente estimulante. Aprenderéis a conocer mejor su anatomía y, por descontado, la vuestra. Diréis que es cosa de adolescentes, ¿y qué? ¿No sois unas chiquillas, como yo?

21

Todos para una y una para todos

Lo de «todos para uno y uno para todos» me parece que se le atribuye a los tres mosqueteros (que en realidad eran cuatro... ¡y cómo se lo pasaban!), pero bien podría haberlo dicho una servidora en una de mis investigaciones de orden sexual (nosotras, las libertinas, siempre decimos, para tranquilidad del personal, que «investigamos») en las que no

estaban todos los que son (... pero faltaban muy pocos). Si vosotras también sois afectas a esto de las *melées* y las *touches* (alguna ingenua creerá que estoy hablando de *rugby*) o sencillamente a tratar con un cuerpo (el de bomberos valdría...) o estáis deseando reuniros con un grupo de amigos para acabar siendo todavía más amigos, las siguientes consideraciones os pueden ser de utilidad. Aunque debido a mi formación en letras, nunca me he llevado bien con los números (lo que no impide que sienta pasión por los «primos»... esos cándidos cuyo único gran bulto en los pantalones es la cartera), debo deciros que hay dos

números que me encantan: el tres y el tumulto (que, aunque no es un número, siempre suele acabar montando el número). No es que reniegue del dúo, aunque mi experiencia de campo (... de cama, de asiento delantero del coche, de «en tu casa o en la mía») me indica que esa formación está bien para hacer un nidito, pero las hay mejores para echar los huevos. En breve daremos un repasito (en el sentido casto del término) a los tipos y variedades de encuentros de sexo en grupo, pero antes me gustaría haceros una observación a todas aquellas de vosotras que todavía no lo hayáis probado: estos encuentros en grupo suelen ser mejores para

contarlos (y sobre todo para desearlos) que para vivirlos. El inconveniente principal cuando surge una interacción sexual entre varias personas es la distracción: muchos «palos» que tocar y poca atención a la propia música. Se entenderá, pues es más fácil tocar las maracas que el órgano de la catedral de Santiago (líbreme Dios de decir que es fácil tocar las maracas... pero convengamos que el órgano tiene, además de muchas teclas, muy mala leche... ya abordaremos el asunto de la mucha leche cuando hablemos del *bukkake*). Es frecuente que se pierda agilidad en un requerimiento esencial del gozo, en la atención al placer

propio, aunque a cambio se puede ganar bastante, si la cosa rueda bien, en excitación y, sobre todo, en altruismo, pues el sexo en grupo se hace más para el grupo que para uno mismo. Esto que acabo de decir es algo que nos cuenta la experiencia pero de lo que no avisa el deseo, y puede defraudar a las novatas que desconocen que el objetivo que suele perseguirse está más bien en el gozo común y no tanto en el orgasmo personal. El altruismo es una grandiosa virtud que, quizá más que en ningún sitio, se pone en práctica si realizamos sexo en grupo, y un altruismo de calidad, mucho más gratuito que el de aquellos que con su generosidad tratan de

infundirnos su ideología, y con un fin considerablemente más elevado: nada menos que el placer de la comunidad.

EN FORMACIÓN DE A TRES

Parece que hay convenio en que tres son trío y el resto multitud (orgía). No existe ningún tratado, al menos que yo conozca, en el que, por ejemplo, al septeto se le llame septeto (no se propone: «¿Vamos a montarnos un septeto?»), sino que directamente pasaríamos a la orgía. Cuatro ya es una orgía (modesta, si me

lo permitís), sin embargo, un trío no es considerado una orgía sino que se trata de una formación propia: el trío (o como se dice en mi pueblo, el *ménage à trois*).

Ya lo he dicho antes, a mí es un número que me va. Me parece que tiene las virtudes de la aglomeración pero permitiendo la suficiente parcela de intimidad como para poder también centrarse en una misma. Además, es una buena formación para iniciarse en pareja en la aceptación del deseo por el otro. Me explicaré. Es inevitable que, en una pareja de largo recorrido, en un determinado momento aparezca la figura del otro (el ajeno, el extranjero a la

pareja) y, en consecuencia, el deseo por ese otro. Cuando sucede esto, normalmente se aparta a la pareja y se es infiel, y cuando esa infidelidad se descubre... adiós muy buenas. Sin embargo, hay parejas que quieren seguir siendo parejas sin por ello renunciar al deseo individual. ¿La solución?: integrar a la pareja en ese deseo sexual que se dirige hacia otra persona. Para iniciarse en este difícil terreno de la gestión de la promiscuidad dentro de la pareja, nada mejor que el trío, pues el trío consigue, o puede conseguir, que ese deseo sexual por quien no es mi pareja sea contemplado por la persona que nos acompaña no como un cuestionamiento o

un desvío del amor, sino, simplemente, como un acontecimiento sexual. No es sencillo, pues solemos asociar (no sin cierta razón) amor con sexo, y entran en juego multitud de emociones y sentimientos difíciles de gestionar, pero ahí es cuando hay que apelar a la inteligencia emocional y la madurez sentimental de los dos miembros de la pareja. Pero éstas son las dificultades que requiere el paso que va del engaño al acuerdo. Si para vosotras el trío puede presentarse como un remedio terapéutico que permita seguir manteniendo una pareja que deseáis conservar, dejadme que os dé unos pequeños consejos: que el tercero en la

plaza sea alguien que no amenace emocionalmente a vuestra pareja ni que tampoco lo ningunee. Buscad a alguien neutro (sería ideal un amigo de él... siempre es bueno «echar una mano» a un amigo) por el que sintáis cierta inclinación pero que tampoco os vuelva locas, y recordad que de lo que se trata es de que vosotras y vuestra pareja os vayáis acostumbrando a asumir que podéis (o puede) desear e interactuar con otros sin que por ello se ponga en cuestión lo que sentís el uno por el otro. Otro consejo: si de verdad queréis a vuestra pareja y no estáis buscando un reemplazo, controlad vuestras emociones amorosas. No caigáis en la

pueril trampa de creer que porque os folláis a otro ya estáis enamorada de él (no seáis niñas en este aspecto). Decía Rousseau: «Uno desea las cosas que sabe que no van a durar, pero quiere las que sabe que van a ser eternas». No lo olvidéis (él o vosotras «deseáis» a otro/a, pero querer es un asunto mayor que sólo se consigue con tiempo).

Una tercera cuestión: no lo dejéis en ningún momento solo. Ni durante el trío en sí ni antes ni después. Que vuestra pareja tenga siempre y en todo momento la seguridad de que lo que está pasando es por el bien de los dos, no sólo por el vuestro.

Considerad también esto: una cosa

es el deseo y otra su manera de conducirlo. Si vuestra relación estable ha caído en una cierta dinámica que repercute en la disminución del deseo, lo importante es, primero, recuperar el deseo (el trío y la posibilidad de interactuar sexualmente con otros puede ayudarnos a recobrarlo) y, luego, debemos tener la habilidad de que ese deseo recuperado repercuta en la pareja (para cenar con vuestra pareja, lo primero es que tengáis hambre, no importa quién prepare la comida).

Si «la prueba del tres» se supera, tendréis una pareja más sólida y consolidada y habréis abierto el camino para vuestra autonomía sexual sin que

por ello signifique indefectiblemente el fin de la relación (siempre que no queráis, insisto, poner fin a esa etapa).

Pero desde luego que el trío no cumple sólo esa función de ampliar la pareja. Una puede estar sentimentalmente sola y meterse en esa formación. En tal caso resulta mucho más fácil, pues no es necesario vigilar, en el buen sentido, a nadie más. En función de vuestras preferencias sexuales, escoged dos personas del género que os resulte más apetecible (dos hombres, dos mujeres o un mixto... si es un mixto, ¡ojo con los cambios de condón de vagina a vagina!) y no os cortéis un pelo (bueno... os podéis

depilar el pubis) para proponerlo. Aunque también es cierto que, en el trío, la dificultad de dar con una buena compañía se incrementa; pasa como en el póquer: es más fácil ligar una triste pareja de nueves que un trío de ases (o de reinas).

Cuando hablamos de los deseos, mencionamos que tanto en hombres como en mujeres, y tanto en homosexuales como en heterosexuales, el trío es una de las fantasías más recurrentes, por lo que a poco que veáis un claro, zambullíos sin pensarlo en el del juego de damas y coméroselas directamente de dos en dos. ¿Consejos una vez metidos en el tajo? Los

elementales. Sed solidarias y no queráis chupar cámara (hay otras cosas más entretenidas de chupar), acaparando la formación; sabed revelar de vez en cuando y ser reveladas... ¡Ah!, y mantened la solidaridad hasta el final, ayudando a recoger los trastos cuando el terceto acabe su partitura.

FORMACIONES MÁS AMBICIOSAS: EL BATALLÓN

La orgía tiene una historia muy curiosa y

bastante relacionada con algo con lo que no suele relacionarse: la religión. El término «orgía» tiene una raíz etimológica indoeuropea, *org*, que indica «trabajo», la misma que emplea el término «orgasmo». El uso de la orgía se encuadraba dentro de los cultos místicos relacionados con las celebraciones en honor al dios griego Dioniso (al que los romanos rebautizaron con el nombre de Baco, de ahí el término de «bacanales»). En estas celebraciones extáticas se pretendían dos cosas fundamentales: crear una comunidad no política o moral sino pasional entre los participantes (por eso en la orgía, que era originariamente una

celebración femenina, se podía encontrar personal de cualquier credo político y ascendencia social), pero también el éxtasis colectivo, es decir, llegar a un estado de conciencia que permitiera entender, contemplar y participar de la divinidad. En ellas, a las normas morales de orden religioso y las políticas que la ciudad imponía a los ciudadanos se las pasaban por ahí por donde se tocaban, y el éxtasis (la visión de Dios por el abandono del «yo») no llegaba por una privación «hiposexual» de la vida sino por una afirmación «hipersexual» de la misma. Interesantísimo planteamiento, ¿verdad? La orgía empezó a ser mal vista a

mediados del siglo II a. C., por el Senado romano y no por cuestiones relacionadas con el sexo, sino por el miedo político a que estas manifestaciones que subvertían el equilibrio de la ciudad pusieran en peligro todo el orden judicial, de casta y de relaciones jerarquizadas del que la ciudad se había dotado; en definitiva, por el temor a la anarquía.

Si os metéis en una orgía, dejadme que os dé un consejo: mientras más reclutas, mejor. Ése es su mayor estímulo, el hecho de que parezca que es la humanidad entera la que se pone a follar. Debéis, en cualquier caso,

dejaros llevar, y que sea la música del gozo la que maneje vuestros actos (olvidad las películas y las secuencias predeterminadas), pero no hasta el punto de olvidaros de que un «no» es un «no» ni, por descontado, de la profilaxis: si hay penetración, procurad siempre que cada nuevo amante que os llegue cambie su preservativo (la maniobra parece engorrosa pero si se hace con naturalidad, por ejemplo, colocándoselo con una felación, podréis no sólo follar tranquilas sino también dormir tranquilas).

Sí, claro, me diréis, si ya es difícil encontrar a uno, dar con un grupo debe de ser bastante complicado. ¿Difícil?

Naturalmente... si lo que queréis son unos cuantos conocidos. Sin embargo, no debéis olvidar que la orgía propicia un nuevo factor que introduce deseo y expectativa: el desconocido. Insisto, en la orgía el cuerpo que siente placer es el grupo, de ahí que poco importe (o al menos no importe tanto) con quiénes vamos a entrelazarnos; su físico, su intelecto... Es por eso que la orgía de verdad no entiende de compañeros habituales, sino de amigos desconocidos, y también es por eso que la máscara (la ocultación de la verdadera identidad) suele ser un recurso recurrente en este tipo de encuentros. ¿Resulta complicado

encontrar quién, cuándo y, sobre todo, cómo se organiza una orgía? Pues no. Lo imprescindible es estar al tanto. Existen numerosas convocatorias para montarse orgías en las redes sociales, en blogs, en páginas virtuales dedicadas al tema y en revistas especializadas, del mismo modo que existen clubes y sociedades (algunas muy elitistas) que convocan a sus miembros en encuentros periódicos. La orgía, como pasa, por ejemplo, con el BDSM, es una cultura a la que hay que integrarse y permanecer atenta a las convocatorias. Una vez deis el primer paso, enseguida se os abrirán puertas y podréis empezar a elegir tanto la calidad de los convocantes, como las personas

concretas con las que organizarlas por cuenta propia. Además contáis con otra ventaja: sois mujeres. Sólo por esa circunstancia lo tenéis más fácil para que os reciban a calzón bajado en todos los sitios, especialmente en los locales liberales que os abrirán las puertas tanto si vais solas como acompañadas, aunque hay que tener en cuenta que un local liberal de *swingers* garantiza la alternativa pero no la orgía. Luego nos ocuparemos más de este tipo de encuentros y de sus propósitos.

¿ALGO MÁS FUERTE?

Desde luego que siempre hay algo más fuerte si éste es vuestro deseo. En el sexo en grupo, también. Si tenéis el estómago a prueba de bombas, vuestro código ético no entiende de remilgos y queréis ser la reina de la fiesta, tenéis dos opciones extremas: el *gang bang* y el *bukkake*. En el *gang bang*, el lema de los mosqueteros de «todos para una y una para todos» resulta más acertado que nunca. El término une dos vocablos ingleses: *gang*, que se refiere a pandilla o grupo de amigos, y *bang* como la onomatopeya de explosión. Como todas habréis deducido ya, se trata de que una se lo monte con un mínimo de tres hombres y un máximo ilimitado (si fuera

de un varón con más de tres mujeres u hombres, lo llamaríamos *reverse gang bang*). No es algo para todos los públicos (bueno, si no para todos los públicos... al menos sí para muchos) pues suele despertar, digamos, ciertas inquietudes de orden moral, del tipo de si una mujer que satisfaga a muchos hombres es una mujer objeto, o si se trata de la teatralización de una violación... de modo que, si os queréis prestar a ello, lo mejor es dedicarse al porno o, de lo contrario, guardarlo en secreto (si es plausible guardar un secreto frente a un puñado de tipos con el rabo en la mano). El récord oficial del *gang bang* más numeroso celebrado

es el que en 1995 abordó Annabel Chong, de oficio actriz porno, que se metió entre pecho y espalda 251 tipos en diez horas, aunque luego ha habido *gang bangs* no certificados de 300, 721 y hasta de 2000 (aunque estas últimas cifras forman parte más de la leyenda del porno que de la realidad...). Así que si os disponéis a batir algún récord en esta disciplina artística, además de tener buenas tragaderas y no olvidar el lubricante, deberíais contar con un espíritu (y lo que lo envuelve por abajo) muy abierto.

¿Que no os parece suficientemente morboso el *gang bang* y queréis más? Pues entonces tendréis que someteros a

un antiguo ritual japonés con el que las mujeres adúlteras eran castigadas en las aldeas. El castigo consistía en que eran expuestas desnudas y en posición sumisa en la plaza del pueblo y todos los varones de la comunidad le eyaculaban encima (vamos, que como castigo era la leche). Esta práctica se conoce con el término japonés de *bukkake*, que significa algo así como salpicar algo hasta empaparlo. En la actualidad suele circunscribirse a las escenificaciones de sumisión del BDSM y especialmente al porno (en particular el japonés), además de tratarse de una práctica que, por razones obvias, implica un alto riesgo sanitario (es difícil «chorrearle» a nadie

con un condón puesto...).

Os mencioné hace un momento un tipo de local muy específico y que merece por sí mismo una pequeña reflexión. Me refiero a los locales liberales utilizados por los *swingers*. El término *swinger* proviene del anglosajón y significa literalmente «balancear», «columpiar», aunque por extensión se entiende que denomina a una persona desinhibida. Es lo que tradicionalmente se ha conocido como la erótica de los intercambios de parejas, aunque se trata de una expresión poco afortunada pues, en realidad, no se intercambia al otro, sino que se

comparte, por lo que en estos círculos se prefiere hablar de parejas liberales. En este tipo de locales se permite la entrada a parejas pero también a chicas solas, y las opciones, una vez ambientados en el espacio, pasan desde exhibirse practicando sexo con tu pareja en una cama redonda, a integrar a un extraño en la interacción sexual, y luego a dos, hasta terminar por unirse a un grupo entero que practica sexo. Si queréis algo más comprometido, podéis acercaros hasta el cuarto oscuro, que, como su nombre indica, es una sala sin ningún tipo de iluminación donde se practica sexo a ciegas.

La discreción y el respeto suelen ser

la tónica dominante en estos locales, y, por lo demás, nadie está obligado, ni implícita ni explícitamente, a realizar nada que no quiera (aunque no están muy bien vistos los mirones, especialmente los masculinos). Resulta idóneo como iniciación para parejas que quieran abordar eso que antes llamábamos la gestión de la promiscuidad, pues no existen ataduras emocionales con quien se integre sexualmente a nuestra pareja (ya que, por lo general, se trata de un desconocido), y de ese modo disminuye tanto el riesgo de herir a nuestro acompañante habitual como también el de dejarnos llevar por un falso sentimiento romántico. Si queréis

probarlo, adelante; sólo os aconsejaría que, si lo hacéis en pareja, lo tengáis antes muy hablado y empecéis poco a poco. Así que ya sabéis, si lo vuestro son las aglomeraciones, las comunidades y las manifestaciones, no lo dudéis y al grupo (seguro que tarde o temprano aparecen los antidisturbios con sus porras en mano, sus mascaritas y sus gruñidos dispuestos a unirse a la fiesta... ¿Y el casco?... Ése siempre se puede devolver).

¿Sumisa o dominante?

BDSM es el acrónimo de varios términos: *Bondage*, Disciplina, Dominación, Sumisión, Sadomasoquismo. En general, suele creerse que esta erótica es la que hace referencia a las cuestiones sexuales relacionadas con una violencia, en cierta medida pactada, en el sexo (vamos, a que te dejen el culo del color de la cara de un sueco en Lloret en pleno mes de

agosto y a que te llamen «zorra» en la cama). Pero creer esto es como pensar que la gastronomía es meter una bolsa de palomitas en el microondas. El BDSM es ante todo una cultura, una forma de vivir la sexualidad y una manera de entenderla. Como todas las culturas, es una pauta de acciones regida por el entendimiento de esas acciones y sometida a su propia escala de valores (en el caso de la gastronomía, las acciones son cocinar; el entendimiento es saber qué y por qué se cocina, y la moral se relaciona, por ejemplo, con el hecho de intentar infundir placer al comensal o procurarle nutrientes oportunos).

Pero la base del BDSM no es el maltrato, por pactado que esté, ni el dolor, ni mucho menos el poder, sino que se asienta en el teatro, en la representación. ¿Recordáis cuando hablábamos de la diferencia entre fantasía sexual y deseo sexual? Decíamos que las fantasías, por sus componentes violentos, sórdidos y amorales no están ideadas para ponerlas en práctica, pues en realidad no queremos (no deseamos) hacer eso que fantaseamos sino que más bien pertenecen al ámbito de lo que Rousseau llamaba la *arrière boutique* («la rebotica») de cada uno. Sin embargo, esas fantasías tienen un terreno de

realización real pero ficticia: el BDSM. Del mismo modo que vuestro hijo o el hijo de vuestro vecino no desea matar a machetazos a 32 462 enemigos enmascarados, pero sin embargo lo hará con toda probabilidad esta noche en la Play Station. Y nadie se lo reprochará, ni siquiera él mismo, sencillamente porque todos sabemos distinguir la realidad de la ficción, y sabemos que eso no hace de él un asesino en serie porque «en realidad» (en la *boutique*) no ha matado a nadie ni querrá hacerlo nunca.

El BDSM es un juego sexual, concretamente un juego de rol en vivo, pero para que siga siendo un juego y no

una realidad, debe cumplir tres normas básicas que conforman el código deontológico de cualquier practicante: debe ser sano, seguro y consensuado. Sano quiere decir que no ponga en riesgo ni la salud física ni la mental de los practicantes; que sea seguro implica que las reglas del juego se mantengan siempre bajo control, introduciendo para ello una serie de requisitos como, por ejemplo, conocer a la perfección los gustos y límites de los participantes (en ocasiones, si la sesión es profesional, debe rellenarse previamente un cuestionario con este fin), y que exista siempre la llamada «palabra de seguridad», es decir, una clave, una

especie de botón de pánico, que ponga fin al juego. Consensuado significa que esté pactado, es decir, que se haga bajo la libre voluntad de los participantes y que éstos tengan la suficiente madurez mental como para asegurar dicha libre voluntad. Fuera de estas tres premisas acaba el BDSM (del mismo modo que cuando el niño coge un cuchillo jamonero y mira con ojos de odio a la abuela se acaba lo de la Play Station).

El hecho de que el BDSM permita teatralizar las fantasías eróticas explica lo amplio de lo que abarca. ¿Que quieres ser una niña pequeña que se hace pipí en las braguitas y a la que su papá le riñe por cochina? ¿Que prefieres

que un apuesto caballero te pasee por el jardín a cuatro patas llevándote sobre sus espaldas como si fuera un burrito? ¿Que lo que te gusta es que te aten y te dejen suspendida del techo mientras te acarician con una pluma de avestruz la planta de los pies? Eso es BDSM. Eso y mucho más.

Pero el que la base sea el teatro y el guionista, nuestras fantasías, explica también la enorme riqueza intelectual del BDSM. Es la erótica que coloca la excelencia allí donde el sexo la tiene: en la mente humana y no en los genitales.

¿Y por qué se asocia tanto al BDSM con la violencia, el castigo, la sumisión? Porque existe mucho de esto. En él y en

el sexo, ¿por qué lo vamos a esconder? (El sexo y la agresividad comparten hasta circuitos neuronales en nuestro proceso cerebral). Pero os insisto: cuando todo está acordado y se evita el riesgo, ya no existe violencia, castigo o sumisión sino *la representación* de la violencia, el castigo o la sumisión (seguro que todas lo sabéis ya, pero Glenn Ford nunca abofeteó a Rita Hayworth, ni el jueves pasado *Lady Macbeth* instó a su marido a matar a Duncan en un escenario, ni yo le clavé los tacones del 12 a Jacinto... bueno, eso sí que lo hice, pero lo cierto es que se estaba poniendo de un pesado...).

LA LETRA CON SANGRE ENTRA

Como hemos señalado, el BDSM es una cultura, y como tal también tiene su léxico específico y sus matizaciones. Si yo, por ejemplo, os digo: un masoquista, un sumiso y un esclavo, ¿creéis que son lo mismo? Pues no, desde luego que no. Un masoquista es alguien que obtiene placer cuando se le procura dolor; un sumiso es quien se somete a la voluntad de su ama, y un esclavo es el que hará cualquier cosa (y digo bien, cualquier cosa... siempre que se haya pactado), por su señora.

A la mujer que ejerce de dominante se le suele llamar *Dómina* (término latino que significa algo así como «la dueña de la casa») o *Mistress*, o si sois más castizos, directamente Ama. ¿Sabéis cómo se llama al varón que ejerce de dominante? Pues *Master* («maestro» en inglés) o Señor. Si os dirigís por escrito a éste o alguien se dirige a vosotras cuando estáis en posición dominante, debéis enunciar estos cargos siempre en mayúsculas, del mismo modo que hay que escribir en mayúsculas también los pronombres que hagan referencia al dominante (por ejemplo: «Estimada Señora, me dirijo a Su humilde voluntad para solicitarle...»).

Otros términos usuales y que debéis conocer para iniciaros en esta erótica son, por ejemplo, «vainilla» (que se aplica al que no practica BDSM sino un sexo «convencional» aludiendo a que, al entrar en una heladería con mil sabores disponibles, siempre pedirá vainilla); «24/7», que se refiere a aquel/lla devoto/a del BDSM que mantiene esta erótica las veinticuatro horas del día los siete días a la semana; «switch» (término inglés que significa, como sustantivo, «interruptor» y, como verbo, «cambiar de»), para nombrar a aquella persona dentro del BDSM que gusta de alternar los papeles de dominante y sumiso; «caning», nombre que se da a

una manera particular de flagelar con una vara de bambú o fresno (y que escuece en el culo un montón...), o «código», que es un término que designa el comportamiento, la actitud y la indumentaria necesarios para practicar una escena en el BDSM. (Si un día os invitan a una fiesta y os indican que debéis asistir de «código», ya sabéis lo que os espera; si además esta fiesta es en un «estudio» o en una «mazmorra», ya podéis poner os las barbas a remojar, pues así se denomina genéricamente el local propiedad de una *Dómina* o un *Master*).

LOS ENSERES

Existen también algunos instrumentos o utensilios que reciben un nombre específico y que deberíais conocer. La mayoría de ellos son de inspiración medieval (la Santa Inquisición, con sus «depurados» métodos para obtener confesiones, ha hecho más por el BDSM que por el cristianismo), aunque utilizan tecnología actual, y otros son de origen anterior a la Edad Media. Por ejemplo, la «Cruz de San Andrés», una cruz en forma de asta (como una «X») en la que se acostumbra a atar de manos y pies a un sumiso o a un masoquista, y en

ocasiones giratoria, pudiéndolo dejar boca arriba o boca abajo a voluntad. Se llama así porque parece que crucificaron a san Andrés de esa manera (desde luego que el tema del BDSM y el de la religión cristiana y, por extensión, el de obtener una recompensa o gratificación del sufrimiento, da para un ensayo de dos mil años). El «potro» es otro elemento similar al utilizado en la gimnasia artística pero cuya función aquí consiste en la de servir de soporte para atar e inmovilizar al interesado dejando expuesta aquella zona donde la espalda pierde su honesto nombre. Función que también cumple el «yugo», otro elemento medieval que sujetaba los

brazos y la cabeza, y aunque encontrarlo en estas latitudes es poco frecuente, resulta un *habitué* en locales de BDSM del norte de Europa (normalmente expuestos al aire libre... vamos, como para helarse las pelotas). Luego está también la «mazmorra», que, como ya se ha comentado, puede designar el espacio donde se practica el BDSM en general o también específicamente una mazmorra, confeccionada de barrotes de acero y empleada para retener a uno de los practicantes. Fustas, fijaciones, látigos, paletas, collares, pinzas, cinturones de castidad, mordazas, agujas, grilletes, etc., con una variedad extraordinaria de materiales, texturas y valor, suelen

completar el utillaje de una *Dómina* profesional (pero no os preocupéis, que para practicar en casa tampoco hace falta tanto material... normalmente con una buena cabeza basta).

HAGAN JUEGO, SEÑORAS

Como os explicaba, en el BDSM cabe tanta práctica, escenarios y representaciones como los que tengan lugar en la fantasía erótica. Por tanto, cualquier intento de acotar su puesta en escena o de explicar cómo se practica

resultará fallido. Sin embargo, y a fin de facilitar un poco la comprensión a las lectoras que no conocen esta erótica, yo señalaría cinco grandes líneas de actuación que normalmente se entremezclan entre ellas. La primera hace referencia al fetichismo. No se puede entender el BDSM sin la devoción que profesan algunos practicantes por determinados elementos, puestas en escena y psicologías que consiguen «hechizarlos» (de ahí proviene el término «fetiche», del portugués *feitiço* que significa «hechizo»). Así, la indumentaria es capital en la práctica del BDSM. Zapatos de tacón infinitos, botas con

muchas hebillas que cubren hasta la rodilla, vestiduras decimonónicas inspiradas en el romanticismo literario, estética militar a lo húsares o a lo tropas napoleónicas, cuando no de ascendencia nazi, o prototipos actuales relacionados con la disciplina y el acatamiento de órdenes, cuero y látex como materiales de confección que constriñen, ciñen y deslumbran, cortes de ropa que ocultan mucho mientras liberan lo que suele estar guardado bajo llave, es decir, los genitales. Las máscaras también contribuyen a generar ese ambiente de ensueño (o de pesadilla) que conforma el fetichismo que acompaña al BDSM (además de cumplir una función más

prosaica: la de preservar la privacidad de algunos practicantes que prefieren el anonimato). Máscaras venecianas, máscaras similares a las de los luchadores de lucha libre, medias de seda (¡qué gran fetiche!) embutiendo los rostros... Y la lencería, más para ser vista que para ser quitada, de la que se cuida con especial mimo dos tipos de prendas: las mencionadas medias y el corsé. Corsés de inspiración victoriana, de esos que aprietan (el nudo es en sí mismo otro gran fetiche) y que en ocasiones, por su diseño y su gran belleza, merecerían estar en un museo. Todo ello conforma un aura especial, irreal y simbólica de poder en la figura

de la *Dómina* o del *Master* que devienen elementos de profunda devoción por los que se haría cualquier cosa (... que se quiera hacer).

Una segunda línea sería el *bondage*. El *bondage* consiste en una serie de técnicas tendentes a la sujeción de una persona con cuerdas y nudos con las que se pretende una efectividad inmovilizadora a la vez que una resolución estética. El término proviene del inglés *to bind*, que significa «atar», «maniatar». El vocablo japonés utilizado para esta práctica del *bondage* es *shibari* (o *nawa shibari*) en el que se pone especial hincapié en la sujeción

(que no siempre es total) y, sobre todo, en la belleza formal resultante del encordamiento del cuerpo del inmovilizado. El *shibari* es, por tanto, algo que pone en cuestión muchas más cosas que las simples ataduras (la técnica de atar aislada de las otras consideraciones se llama *kimbaku*), y en el que se considera mucho al espectador como también la utilización de los puntos energéticos siguiendo la tradición del *shiatsu*. En la actualidad, los maestros *shibari* en Japón tienen un enorme reconocimiento social, y son muchas y variadas las personas que solicitan ser sumisas o esclavas y otras tantas las que solicitan mirar: el

observador es un elemento fundamental en el *shibari* pues en su mirada se completa lo artístico del trabajo.

Toda esa tradición estético-erótica del *shibari* tiene su origen en el *hojojutsu*, esto es, las técnicas marciales que empleaban los clanes samuráis con un triple objetivo: impedir que el retenido huyera; no lastimarlo de manera irreversible si intentaba zafarse, y diferenciar los métodos técnicos que empleaba cada clan de otro (las técnicas del *hojojutsu* de cada clan sólo eran conocidas por sus miembros).

Para practicar el *bondage* y cumplir los requisitos de «sano» y «seguro», conviene que tengáis en cuenta algunas

cosas. Por ejemplo, no pasar nunca una cuerda por el cuello de una persona; no apretar fuerte los nudos de manera que ningún miembro del cuerpo sienta hormigueo; no dejar sola a la persona atada; hacerlo de tal forma que, si fuera necesario, la persona pueda desatarse sola; tener unas tijeras a mano que permitan, en caso de urgencia, cortar la cuerda; no intentar, salvo que se sea un profesional, realizar suspensiones con la persona atada; utilizar una cuerda de material no abrasivo (como, por ejemplo, el algodón), y, naturalmente, no olvidar la palabra de seguridad que detendrá el juego erótico en caso de necesidad. Una variante de la

inmovilización y que no estaría definida como *bondage* sería la de aquellas técnicas llamadas «de momificación» y que consisten en recubrir a la persona con materiales como el celofán o el papel transparente de cocina. En estos juegos conviene extremar la precaución, pues la inmovilización es extrema y, además, no se transpira, con lo que la temperatura corporal aumenta con rapidez. Cabe tener en cuenta que una momificación no es tan fácil de retirar como un *bondage*.

Un tercer apartado general estaría compuesto por las prácticas de dominación y sumisión en sí, que

podrían incluir un sinfín de modalidades, aunque reseñaremos algunas como la flagelación, el uso de pinzas (normalmente aplicadas a los pezones y otras zonas de esas que si te las tocan a destiempo te acuerdas de la madre del tocante...), la sexualidad condicionada (hacer que nuestro sumiso realice los actos sexuales que nos apetezcan y con quien nos apetezca), la dominación mental (algo muy interesante y que consiste en dominar al otro sin necesidad de castigos físicos, sino sólo sabiéndole castigar y recompensar por nuestra actitud para con él), los castigos a la cera caliente, la dominación equina (de Aristóteles se cuenta que le gustaba

ser dominado por su esposa Phillis haciendo lo que se denominaba el *equus eroticus*, es decir, haciendo de lo que ahora se llama *pony boy*, y que consiste en ser sometido como un caballo, bien para transportar sobre su lomo al dominante, bien para tirar de un carro), etc. Todas estas prácticas de dominación y sumisión se realizan normalmente después de imponerle a nuestro/a compañero/a una serie de elementos que marquen con claridad su condición de sumisión, como máscaras denigrantes (por ejemplo, de cerdito), collares o mordazas.

El cuarto apartado abarcaría las

representaciones puras. Es decir, aquellas sesiones en las que los participantes toman un papel (desde ser un bebé hasta ser el pasajero de un tren, pasando por las más recurrentes de personal sanitario, prostitutas, docentes, etc.) y lo desarrollan con un trasfondo erótico en un guión que suele improvisarse.

Por último, el quinto apartado incluiría todas aquellas prácticas de carácter extremo y que sólo suelen estar reservadas a los muy iniciados, como por ejemplo la coprofilia, en la que estarían incluidas desde la lluvia dorada (os podéis imaginar lo que llueve y

dónde) hasta el *face sitting* (que el dominante asiente sus reales posaderas sobre la boca del sumiso). También entrarían en este apartado las prácticas conocidas como *medical* (en las que intervienen cortes, usos de agujas, etc., sólo realizables por profesionales y para personas poco sensibles a la hemoglobina) o las referidas como *fisting*, que consisten en introducir elementos contundentes en las cavidades anales o vaginales (normalmente el puño... muy recomendable para aquellos de los del brazo en alto).

Como veis, el BDSM no es sólo variado en manifestaciones sino también

en intensidades, y es más que probable que muchas de vosotras lo estéis practicando sin siquiera saberlo. ¿Queréis un consejo para participar de esta erótica con éxito? Pues ser inteligentes: saber leer bien a la pareja y no olvidar que, mientras los genitales no son poco más que terminaciones nerviosas, el cerebro es vuestra identidad sexual.

E) DAÑOS COLATERALES

Cuando la seducción se vuelve adictiva

El acto de seducir confiere un extraordinario poder. Aunque no creo que sea un secreto para muchas de vosotras, porque todas, en algún momento u otro, lo hemos experimentado. El motivo es sencillo y para entenderlo basta con recurrir a la etimología (que no es una práctica erótica pero acaba siempre metiendo

mano). Seducir proviene del término latino *seducere* que significaría «guiar o conducir fuera de sí». Es decir, la seductora «aparta de sí mismo» al seducido, lo lleva a donde ella quiere y que no es (aunque él no lo sepa) a donde él quiere ir. Aristóteles, para explicar su teoría sobre cómo cualquier elemento puede pasar de la potencia al acto, nos ponía un ejemplo: un tronco es madera en acto pero fuego en potencia. ¿Qué tiene que suceder para que el mismo tronco pase a ser fuego en acto, es decir, pase a arder? Pues que el fuego «lo seduzca», dice Aristóteles, es decir, que lo convenza de que su acto es el fuego y no la madera. Eso es poder y lo demás

son gaitas. La capacidad de manejar la voluntad ajena a placer para conducirla exactamente hacia donde una quiera parece difícil, y puede ser todo lo cuestionable moralmente que queráis, pero no me negaréis que es un reto al que casi siempre (muchas veces a lo largo del día) aspira cualquier ser humano. Y no sólo, por supuesto, en el terreno erótico, pues seductores (o aspirantes a seductores) son también los publicistas, que nos incitan a comprar un producto por el que, sin su influencia, nunca nos interesaríamos; los agentes políticos, que pretenden colocarnos un ideario que de partida no es el nuestro; aquel maestro que se empeñó en dirigir

nuestra atención hacia una determinada materia cuando lo que queríamos era irnos a bailar con el noviete; yo misma, que os intento seducir para que sigáis leyendo; los padres, etc. Como veis, a veces, y por más que la seducción sea casi una manipulación, resulta positiva (me refiero quizá al caso del maestro y no al del publicista) en cuanto que nos lleva a un «acto» que nos gratifica y que nunca habríamos realizado si alguien no nos hubiera seducido... Es aquello de: «Abriste un mundo nuevo para mí». Pero, con independencia del juicio ético que hagamos de la seducción como una variante de la manipulación, lo que no podemos negar es que cuando llevas al

otro allá donde tú quieras, la gratificación psicológica e intelectual es, al menos momentáneamente, incommensurable (es un orgasmo del ego, que se diferencia del orgasmo erótico en que éste es un orgasmo del «no ego»). En la seductora triunfa su voluntad de poder sobre la del seducido/a, y convendréis conmigo en que eso nos pone el ego más hinchado que el pene de Nacho Vidal después de oler a hembra.

LITERALMENTE

Kierkegaard, el filósofo danés del siglo XIX, escribió una obra (alguna de vosotras la conoceréis) que lleva por título *Diario de un seductor*. En ella se cuenta cómo un joven de nombre Johannes se enamora de una chica llamada Cordelia. Pero Johannes no es un enamorado cualquiera; él ama, por encima de todo, el hecho de seducir a Cordelia. Por eso hace algo que sólo un seductor haría: después de mil estratagemas (que incluyen el que ella cambie por completo), la enamora perdidamente para a continuación desenamorarla y, al poco, convencerla, cuando Cordelia decide romper la relación, de que su vida sin él no tiene

sentido. Impresionante el hecho de desenamorarla, ¿no? Y encaja perfectamente dentro de la lógica de la seducción, que no es tanto la del amor como la del control del otro.

La literatura siempre se ha sentido fascinada por este tipo de personajes capaces de convertir a los otros en la manifestación humana de su poder. Así, nos ha entregado grandes seductores y seductoras: desde el «Don Juan» de *El burlador de Sevilla* de Tirso de Molina (que, por lo visto, estaba inspirado en un personaje real: el sevillano Miguel de Mañara) y sus múltiples versiones de otros autores, hasta la *Carmen* de Mérimée (llevada a la ópera por Bizet),

pasando por la singular Eva del Génesis de la Biblia (la de la manzanita), sin olvidar al personaje real de Casanova, el *Ricardo III* de Shakespeare o la mismísima Marquesa de Merteuil descrita en *Las amistades peligrosas* de Pierre Choderlos de Laclos. Todos y todas comparten el hecho de que la realización de su seducción se topa con enormes dificultades, bien por la resistencia del objeto de seducción, bien porque su físico no acompaña a estas tareas del cortejo. Basta recordar las pocas ganas de fiesta de la novicia Doña Inés en *El burlador de Sevilla*, la obediencia debida de Adán nada menos que para con Dios o la situación que

vive *Lady Anna*, que es testigo de cómo Ricardo III, después de haber matado a su esposo Eduardo y a su suegro, y estando en el funeral de ambos, la seduce (a pesar de ser contrahecho y jorobado). Aunque también hay otro rasgo común entre los y las seductores/as mencionados/as: todos, absolutamente todos, acaban mal. No dudo de que en esta resolución condenatoria participe eso que se ha llamado «la justicia poética» y que en la vida real se da con menor frecuencia, pero si lo vuestro es seducir a destajo, conviene que tengáis en cuenta algunas cuestiones antes de que el tiro os salga por la culata. Enseguida nos ocuparemos

de ello, pero primero dejadme aclararos algo pues veo un cierto gesto de inquietud en alguna de vosotras.

**PERO, VALÉRIE, ¿HAY
QUE SER UNA
DESALMADA O UNA
EGÓLATRA PARA LIGAR?**

No, naturalmente que no. En primer lugar, y como hemos dicho antes, porque existen seducciones que persiguen un buen fin, y en segundo lugar, porque ligar no es seducir.

Cuando dos personas quieren ir al mismo sitio pero no saben si quieren ir juntas, ahí no hay seducción, ahí hay un ligue. Cuando una frecuenta un lugar de alterne, como, por ejemplo, una discoteca, lo que puede conseguir en la mayoría de los casos es «cerrar un acuerdo» (pues allí la mayor parte de la gente va a por lo mismo y quiere ir al mismo sitio). Es decir, ligar, unirse o enlazarse con quien ella decida, pero teniendo en cuenta que ese alguien ya va predispuesto a unirse (contigo o con otra, pues ha salido a la caza del conejo... o simplemente va salido). Ligar, por tanto, es cerrar un trato en el que ambas voluntades están bien

predispuestas a firmarlo, y sólo falta convencer al socio concreto que una elija (yo, una vez, ligué un trío de ases y nos lo pasamos estupendamente, qué buenas manos... pero eso ya es otra historia). No digo que ligar resulte fácil, pues si bien hay muchas personas predispuestas, también hay muchas pretendientes; pero insisto: seducir es otra cosa. Para ligar (y para religar) os vendrán bien, para empezar, las mismas cuestiones que hemos ido abordando en esta obra, y si bien la mayoría de vosotras prefiráis o aspiréis con mayor frecuencia a ser unas ligonas más que unas seductoras, no viene mal que notéis la diferencia entre una actividad y otra.

QUE NO OS SALGA EL TIRO POR LA CULATA

Ya lo dijo alguien: «En toda partida de póquer hay siempre un bobo; si a los cinco minutos no sabes quién es, entonces el bobo eres tú». Del mismo modo, en toda seducción hay uno que caza y otro que es cazado (por más que en ocasiones el que caza adopte la postura del cazado, algo en lo que nosotras somos especialmente hábiles). Así que lo primero sería saber con seguridad quién lleva el baile. Aunque eso es algo que no siempre está claro, pero que es fundamental si quieres tener

las cosas bajo control, y por lo demás resulta característico de la buena seductora el saberlo. Si no sabes dónde quieres ir, no acabarás en ningún sitio y tropezándote con tus propios cordones. Algunos síntomas que os pueden facilitar la distinción de que, en realidad, no os habéis comido un mirlo blanco sino que habéis pillado una gripe, son los derivados de vuestra falta de libertad y de lo que ponéis en juego en la seducción. Si os pasáis más tiempo dedicándoselo al seducido que a las cuestiones que de verdad os realizan como personas, ¡peligro!, y si entrando en esa seducción, vais a poner en juego cuestiones afectivas (como una relación

querida y existente) o de salud (recordad lo de los condones, que aunque son gomas no borran el conejo...), entonces es más que probable que las seducidas hayáis sido vosotras y no el otro, por más que creáis lo contrario. Si en verdad lleváis la seducción al compás que os marca vuestro interés, otro factor a contemplar es vuestra actitud hacia el seducido. Si en esa actitud detectáis un exceso de mentiras hacia el seducido o un exceso de crueldad en su trato que os incomoda, es decir, si estáis abusando de vuestra posición de superioridad, o si para mantener esa posición de superioridad, tenéis que mentirle más que un político

en campaña, entonces volved a cuestionaros la seducción. ¿Por qué? Porque si os sentís incómodas, es muy posible que el seducido esté sacando de vosotras lo peor y os esté obligando a actuar como no sois (mentirosas y crueles), con lo cual, sois vosotras a las que están conduciendo a donde no queréis. Es decir, vosotras sois las seducidas.

A un seducido se le saca lo que se le quiere sacar empleando el mínimo esfuerzo y, luego, puerta. No olvidéis esta máxima. Un peligro al que siempre está expuesta la seductora es al de la adicción. El poder, más que la nicotina o el chocolate con churros, engancha una

barbaridad. Y del mismo modo, corrompe en exceso. El peligro de la adicción es que te conviertes en una manipuladora incapaz de fracasar y, además, neurotizada: la adicta a la seducción suele ser una afecto-dependiente que necesita que le digan (no importa quién) lo guapa que es cincuenta veces al día, bien porque no lo sabe, bien porque no es tan guapa. Las adictas suelen topar con aduladores y pusilánimes que parecen las presas ideales de la seducción pero que, por lo general, no son más que pardillos que no os darán ni para rellenaros la almohada de plumas y que sólo tendrán para ofreceros su adulación y su servilismo

(otra característica de la buena seductora es saber distinguir la caza menor de la mayor y no contentarse con besuguitos... no todos los «casquetes» merecen gastar un casquillo). De modo que, si últimamente no levantáis más que este tipo de pajarillos, de seguro estáis primando la cantidad sobre la calidad y la adicción sobre la seducción. A las mujeres adictas a la seducción, por lo general adolescentes que descubren que los mayores les miran las tetas de reojo o a las que ya han cumplido años y tetas pero todavía no les ha crecido el vello de la madurez emocional, les sucede lo que a los avaros: que les gusta más el dinero que lo que pueden hacer con él.

La seducción es un juego intelectual que se construye desde vosotras (y normalmente para vosotras), mientras que el amor se construye con el otro. Ambas cuestiones no son antinómicas y, en ocasiones, hay que seducir para comenzar el amor, aunque la mayoría de las veces la seducción sólo lleva al bendito amor propio... aunque a veces haya que utilizar dedos ajenos.

7

El arte de la fuga

La *Toccata y fuga* en *re menor* BWV 565 fue compuesta por J. S. Bach en algún momento entre 1703 y 1707. Es una pieza bellísima e impresionante, y me sirve de introducción para abordar este capitulito, pues si bien hasta ahora nos hemos ocupado fundamentalmente de la *toccata*, ya es hora que dediquemos un momento a la *fuga*, pues es de primera necesidad el que

cualquier buena seductora sepa poner pies en polvorosa cuando la música le aburra. Parece fácil esto de desembarazarse de un amante seducido, pero no siempre lo es, y mi experiencia me dice que no saber hacerlo adecuadamente puede conllevar inconvenientes de diversa índole. Por lo general, un «ha sido maravilloso, pero...» (aquí cada una coloca lo que se le ocurra antes) es suficiente. Un halago para darle algo de alimento a un ego que se va a desinflar y luego lo que de verdad nos interesa comunicar: *game over*. Normalmente es así pero no siempre funciona. Hay personas que se te pegan como el chicle y que creen que

por haber compartido un poco de sexo se van a llevar la mano, el ajuar y el rosario de tu madre. Por fortuna a éstas se las ve venir y dan tiempo a prevenirse por mucho que lo vivido sea un «aquí te pillo, aquí te mato». Pero otras veces no los hueles, y no se trata de un problema de falta de olfato sino más bien porque usan mucha colonia, pues se camuflan bajo personalidades que no son las tuyas y despistan nuestras intuiciones. Pero las consecuencias negativas de una mala despedida no siempre son culpa del otro. En ocasiones, la culpa queda mucho más cerca: en nosotras mismas. Enseguida nos vamos a ocupar de intentar

minimizar los efectos de los «perseverantes», los duros de oído y nuestras debilidades proponiendo algunas fórmulas de despedida, pero antes, dejadme haceros dos breves consideraciones generales. Primero: hasta el seducido o la seducida es un ser humano (salvo, claro está, que lo vuestro sea la zoofilia). Por lo tanto, merece un trato respetable que minimice el daño emocional que vamos a infligirle, aunque ello no impide que debamos distinguir nuestras responsabilidades y saber cuándo el daño lo estamos provocando nosotras o se lo está provocando él. Segundo: los seducidos se parecen a las bolsas del

supermercado: casi siempre son reutilizables. Así, las despedidas deben ser por lo general tajantes, pero como cualquier fórmula de despedida que hemos inventado los humanos, no contiene nunca un adiós definitivo (nunca sabemos cuándo vamos a tener que volver a tirar de agenda).

DESPEJARSE EL CAMINO

Para que la despedida sea fluida, lo mejor es no dejar que haya nada donde tropezarte y nada por donde puedan retenerte. Damos por hecho que,

afectivamente, estamos desapegadas del seducido (si no, ¿para qué despedirse?), por lo que supondremos que no dejamos jirones de nuestros sentimientos por los que nos puedan atrapar y volver a ponernos en juego. Si la situación es ésta, lo/la hemos seducido, hemos pasado un buen rato y ahora toca marcharse, quizá vengan bien algunos consejos. Por ejemplo, escoger en la primera cita su casa (como explicamos en el apartado sobre los lugares donde seducir) o un lugar neutro como un hotel. Si es un hotel, que nuestra presa lleve la iniciativa en la elección y, naturalmente, en el pago (si nos interesa, ya tendremos tiempo de ser generosas). Esto nos

permite, además de obtener información, poder movernos sin atascos en la «operación salida», pues quita violencia a la despedida, nos la deja a nuestro criterio y la hace natural (no te vas a quedar a vivir en el hotel... salvo que seas Paris Hilton).

Otra cuestión. Siempre y en la medida de lo posible, elegid a alguien que se encuentre lo más lejos posible de vuestra área de sociabilidad habitual. El desapego será mucho más sencillo si, además de emocionalmente, lo despedimos físicamente. Así que ni pensar en gente de la familia política (si la hubiera) o del trabajo o de los estudios (especialmente si el seducido

tiene una ascendencia de poder sobre vosotras; es vuestro jefe o vuestro profesor). Si os saltáis esta regla de oro, tendréis un drama asegurado y latente a perpetuidad, pues no existe despedida real si cada dos por tres te topas con alguien que es capaz de reconocerte tanto por la cara como por el «chichi». Pensad una cosa que quizá os ayude a decidir si estáis pensando entrar en esta circunstancia: si vuestro elemento de seducción forma parte de vuestro círculo social, a vosotras no os interesa la seducción sino la tragedia. Y esa neurótica atracción es mucho más frecuente de lo que pensamos, pues el asumir el riesgo que os comento produce

morbo. Pero creedme, en la inmensa mayoría de los casos, estas historias no acaban bien, y no lo hacen fundamentalmente porque no acaban. Algo que también nos puede asegurar que la puerta de salida esté abierta es el vincular a nuestro/a amante a unas determinadas circunstancias muy específicas; por ejemplo, al gimnasio o a unos desplazamientos concretos y periódicos que tengamos que hacer, en definitiva, a actividades periódicas pero de las que podamos prescindir (podemos, por ejemplo, cambiar de gimnasio sin por ello tener que renunciar al deporte). Con esto conseguimos que en el «después» no tengamos que

renunciar a algo importante para nosotras y, sobre todo, no vincular al seducido a todos los aspectos de nuestra vida, con los que los vínculos están circunscritos de manera natural a un espacio, a una actividad y a un tiempo. Igual que es más erótico enseñar el hombro que espatarrarse ante el ginecólogo, en la seducción (y pensando en recoger las maletas) hay que saber mostrar aspectos de nosotras sin exhibirlo todo. Si el seducido sabe mucho de nosotras, nuestro margen de maniobra se reduce y, además, perdemos algo enormemente sensual: el secreto. Si damos la sensación de que tenemos un secreto, nos guardamos un magnífico

terreno para la especulación (siempre podrá pensar que lo hemos abandonado por culpa de ese secreto) y nos permitirá incorporar alguna argumentación improvisada en el discurso de despedida. Así que ya sabéis, no se trata tanto de engañar como de saber omitir, pues si las mentiras se cazan, los silencios se escapan.

SALIR POR LA PUERTA GRANDE

Una buena faena de seducción es aquella en la que sales con dos orejas y el rabo

(sobre todo el rabo) y con los miembros en pie aclamándote (además, es muy posible que hayas tenido que vértelas, en medio, con algún asunto de cuernos). En cualquier caso, como venimos diciendo, es a la salida donde se entregan los triunfos y no a la entrada, como cree la mayoría. La seducción es una obra completa, redonda, que debe hacernos fascinantes tanto en el «hola» como en el «adiós», y una no puede ser considerada una buena seductora si se conforma con despedidas por la puerta de atrás (lo del sexo anal está muy bien «durante», pero justo en la despedida deja de ser sexo anal para resultar que nos han dado por el culo). Si vemos que

la gestión del «ha sido maravilloso, pero...» se nos tuerce o corre el riesgo de no producirse, siempre nos queda un recurso de última hora que puede garantizarnos el éxito: la despedida a la francesa. Esta fórmula del *sans adieu* («sin adiós») que se practicaba en los salones franceses del siglo XVIII, era vista como una muestra de educación, pues evitaba a los anfitriones tener que soportar una serie de explicaciones (normalmente falsas) sobre por qué se prescindía de su compañía. Además, tenía algo muy valorado en la corte, y es que aportaba al fugado un halo de misterio bastante sugerente. Sé que hoy en día, en que se prefiere la educación a

la acción, no acaba de estar bien visto eso de «voy a por tabaco», pero os aseguro que, en ocasiones, no queda otro remedio y, en otras, resulta la salida más digna. Aunque debo recomendaros que en ningún caso este tipo de despedida debe parecer una huida, sino la determinación derivada de la seguridad de que un proceso ha tocado su fin. Si tenéis la sensación de que huís, lo más probable es que no lo estéis haciendo del seducido sino de vosotras mismas (y ésa es una despedida, por más que nos cueste aceptarlo, imposible).

Para terminar y, del mismo modo, la despedida os tiene que resultar emocionalmente natural pero no

indiferente. La indiferencia en una despedida a la francesa suele implicar que no os habéis comprometido con vuestra tarea de seducción (quien no ha visto nada no tiene nunca problemas en despedirse). Pienso, ahora, a modo de despedida, que posiblemente cuando Bach compuso *El arte de la fuga* no se refería a eso... pero ¡suena tan bien!

¿Cómo tener varios amantes a la vez?

¿Conocéis el del chico aquel que llama a su novia?

—Hola, amor, ¿dónde estás?

—Aquí, en casa, muy cansada y a punto de acostarme.

¿Y tú?

—Aquí también, en la cola

de la discoteca, justo detrás de ti...

Si queréis saber cómo tener varios amantes a la vez y que no os descubran, lo primero que debéis saber es que os van a descubrir. Tardarán más o tardarán menos, habrá daños importantes o leves, perderéis algo querido o no tanto... pero lo que sí se puede asegurar es que os van a pillar.

Por lo tanto, antes de meterse en jardines ajenos, quizá lo primero es hacer algo tan sencillo, y que tan pocas personas saben hacer, como decidir qué es lo importante para vosotras.

Una vez que sepáis si lo que podéis

perder lo podéis perder, entonces, adelante.

Pero debéis saber algo más: con nada es más difícil hacer malabarismos que con las mentiras (gestionar una mentira... eso sí que es de circo y no los doce platos del chino). Una manera, quizá la más eficaz de evitar la gestión de la mentira, es ir a las claras. Si tienes una pareja estable, manifiéstale que quieres experimentar y que podéis intentar gestionarlo juntos. Si tienes un rollo de unas semanas, le dices que eres una mujer promiscua y que por nada renunciarás a tu libertad individual. Si lo que tienes es un rollo de una noche, no hace falta que le digas nada. Con esto

lo que consigues son dos cosas fundamentales.

Evita la mentira de base (aunque no sortearás las mentiras colaterales y por ahí te cazarán) e intenta pasar la responsabilidad de vuestra ruptura al otro (que siempre consuela porque te permitirá autoconvencerte con coletillas como «no me ha entendido», «yo he sido promiscua pero leal», y, en fin, cualquier excusa que permita inculpar al otro de los errores propios). Naturalmente, el riesgo es proporcional a los amantes que tengáis y a lo que prolonguéis las relaciones paralelas. Hay otro factor de riesgo importante en las seductoras poliándricas, y está en el

índice de estupidez que tengan. Existe una fórmula bastante eficaz para cuando nos asalta la duda de si estamos siendo estúpidas. Ésta consistiría en el siguiente enunciado: si el daño que provocamos (o nos provocamos) es superior al beneficio que obtenemos, entonces estamos cometiendo una estupidez. Si sois capaces de detectar vuestro índice de estupidez (lo que ya será un logro pues normalmente el estúpido camufla con excusas los motivos de su estupidez), intentad evitarla como a un mal amante... Para saber engañar (gestionar la mentira) a más de uno, hay que ser, además de bastante indiferente a los demás, muy

lista. Tan lista como para saber cuándo estáis engañando a otro y cuándo os estáis engañando a vosotras mismas.

ENCUBRE... ARMAS DEL DIÁLOGO

Dos son las vías que tenéis que intentar camuflar si no queréis que os pillen: los rastros que vais dejando de vuestras infidelidades y las actitudes que en vosotras provocan estas infidelidades. Hay, naturalmente, una tercera vía para que os pesquen y es el in fraganti (aquello de que el legítimo abra la

puerta del dormitorio familiar y ahí estéis vosotras retozando como un ñu en celo que hace tres años que no se echa nada al buche). Esta última vía es, como supondréis, la peor, pues nos limita mucho el margen de maniobra y debilita enormemente nuestra primera gran herramienta de encubrimiento: la negación.

La *negación* en estos terrenos de las promiscuidades es, como su nombre indica, el proceso mediante el cual se niega una situación evidente a través de ejercer el poder que tenemos sobre el engañado y, por tanto, la capacidad de convencerle de otra verdad (de cualquier otra). Debéis saber que es

mucho más útil y eficaz de lo que parece, pues el otro, si os quiere, está dispuesto a tragarse cualquier cosa a fin de que vuestra situación relacional no cambie. Por más que le cueste, pues sus mecanismos racionales pondrán una y otra vez en cuestión vuestra negación, acabará contentándose con cualquier bobada que le digáis para justificar vuestra acción. Pero debéis pensar que eso, más que mérito vuestro, será mérito del amor que el otro siente por vosotras... La negación de lo evidente funciona mejor de lo que creéis, pero no abuséis. Otra herramienta de encubrimiento que resulta útil y que a nosotras se nos da bastante bien es

utilizar la *irracionalidad*.
Principalmente, y como habréis deducido, su operatividad se basa en permitirnos eludir el asunto. Salirle, cuando la evidencia racional es aplastante, por los cerros de Úbeda, responsabilizándolo irracionalmente: «Pero ¿qué hacías con éste?» y responder: «... Pues tu madre sí que guisa mal los callos», o presentar un tema absolutamente distinto como si estuviera relacionado con el que se aborda: «¡Te lo estás follando!» a lo que se puede responder: «¡Tú no bajas nunca la basura!». Esto lo «estupidiza». Lo detiene en su proceso lógico deductivo (que era acertado) y le hace caer en el

más absoluto de los desánimos y en la incapacidad de mantener la conversación (y, por lo tanto, el argumento). Vayamos ahora por la *victimización*. Haceros la víctima, cuando en realidad estáis hablando con la víctima, no parece algo excesivamente digno, pero ¿qué queréis que os diga?... en el amor y en la guerra... El proceso es sencillo y consiste en explicarle que vuestra vida es una mierda. Si ganáis treinta veces más que él, le decís que sentís el peso de la responsabilidad económica de la pareja; si vuestra salud es mucho mejor que la suya, le decís que sí, que quizá tenga razón, pero que el día que os

rompáis, os vais a romper de verdad; si le habéis hecho un regalo por cada treinta y dos que os habéis hecho a vosotras mismas, aducís un trastorno compulsivo derivado de tener que estar siempre profesionalmente impecable; si vuestro círculo relacional es mayor que el suyo, le mostráis lo difícil que es vivir con un cangrejo ermitaño... Es decir, cualquier cosa para demostrar que vuestro engaño es derivado de vuestra desesperación y que ésta tiene un origen bastante focalizado en él. Para que el proceso de victimización sea eficaz, vuestra perorata victimizadora debe concluir indefectiblemente en el llanto o en la histeria. Otra herramienta

comunicativa tendente a evitar las anteriores, de carácter preventivo, podríamos decir, y que da unos frutos interesantísimos es la *sobreinformación*. Nada mejor para ocultar una aguja que echarle un pajar encima. Así, cada vez que salgáis con un amante o que os lo hayáis pasado de reputísima madre sin haber contado con él para nada, contadle todo, absolutamente todo... salvo lo esencial. Describidle el restaurante donde habéis estado, lo que habéis comido, cómo os ha sentado, cómo es ese nuevo local de copas, al que él, probablemente, os había propuesto ir antes que el otro, relatadle vuestro estado emocional decepcionante y, si

manifiesta dudas sobre la veracidad de lo que contáis, concluid con que si hubiera sido tan genial como él presupone, ¿por qué estáis allí con él ahora mismo? En el mecanismo de la sobreinformación es importante el detalle y que los hechos relatados sean consecutivos. Describid con exactitud la posición de las viandas sobre la mesa, la marca del vino que tomasteis, los superfluos comentarios del otro sobre la uva tempranillo... y marcad las horas, al minuto, de cada acontecimiento. Naturalmente, si acabasteis de comer a las 23.30 y os estuvisteis besando hasta las 23.45, decid, simplemente, que acabasteis de cenar a las 23.45; si en el

local estuvisteis diez minutos porque os moríais por follaros al otro, decid que os pasasteis cuatro horas porque los camareros eran muy lentos. Es sencillo. ¿Que estáis jugando con los sentimientos de una persona? Desde luego, pero eso ya lo sabíais antes.

ACTITUDES Y RASTROS

Hemos hablado de herramientas, digamos dialécticas, para intentar evitar lo inevitable y hemos dicho que el in fraganti es la menos aconsejable de las vías que tenéis para que os pesquen.

Pero el in fraganti es, con mayor frecuencia de lo que pensamos, la conclusión de un proceso deductivo de vuestra pareja y no una circunstancia azarosa o mal planeada. Por lo general es el resultado de un proceso de búsqueda que ha iniciado el otro y que lo necesita (el pillaros con la «boca llena») como conclusión a todas las suposiciones que se ha ido formando. Para evitar este segundo caso, volvamos a las actitudes y los rastros. La primera barrera de protección que tenemos frente a que nos cacen en una infidelidad son las actitudes. Pensad que más convence una acción (un beso, por ejemplo) que mil discursos. Cualquier variación en

vuestras actitudes va a producir en el otro una sospecha de que algo está ocurriendo. Así, lo mejor es que, dentro de la pareja que queréis mantener, vuestra conducta no se altere. Eso supone, desde luego, que tendréis que repartir.

No dejéis de follar con el que teméis que os pesque, pero tampoco folléis más, interesaos por sus cosas, mostraos celosas puntualmente, desacreditad a su amiga o a su familia (como venís haciendo desde que lo conocéis), revisad su correo y sus bolsillos (de manera que él lo sepa) y decidle, aunque sea mentira, que no hay nadie como él. Si conseguís mantener la actitud,

protegeréis los rastros, simplemente porque nada le llevará a él a buscarlos. Esto es muy importante porque debéis saber que si se pone a buscar rastros, y aunque sea más tonto que Perico de los palotes, algo va a encontrar. Los celos son una ocupación obsesiva. Para el celoso, no hay nada más en su vida que la perpetua confirmación de sus celos y en nadie empleará más tiempo que en el objeto de sus celos. Por lo tanto, lo que no le dé la astucia y la inteligencia, se lo otorgará la tenacidad. Otra cosa importante es que siempre, en todos los casos, hay rastros. Aquello de que antes se coge a un mentiroso que a un cojo es absolutamente cierto. ¿Y cuáles son las

vías por las que se filtran vuestros rastros? Pues, sobre todo, por cualquier sistema de comunicación que mantengáis activo con el otro. Ciertamente que antes esto era más fácil de controlar, pero ahora, con los sistemas tecnológicos de la aldea global, la cosa se nos complica mucho. Y la complicación viene dada porque vivimos en una sociedad de control en la que, por un lado, es muy difícil ocultarse y, por otro, hay la infinidad de canales de comunicación que mantenemos abiertos. Desde el propio uso tradicional del teléfono (en el que quedan registros de llamadas, no sólo en el aparato sino también en las facturas), hasta las comunicaciones en

redes sociales, el uso del WhatsApp, los SMS, el correo electrónico, la suscripción a ciertas páginas web... Todo, absolutamente todo, deja rastro. Precisamente porque muchas de esas plataformas viven del rastro. Rastros, además, en pública exposición, por lo que pueden convertirse en indicios directos con relativa facilidad (percibidos por la persona a la que queremos ocultarle información) o indirectos (siempre hay un amigo o un familiar dispuesto a decirle al legítimo tal o cual cosa). Otro tipo de rastros que antes tenían más importancia y que ahora se han visto superados por los anteriores, son los físicos y los

presenciales. Con rastros físicos me refiero a todo aquel material físico que nos compromete, como, por ejemplo, la factura de un hotel, los movimientos de nuestra tarjeta de crédito, comprobantes de taxis... No hay que ser muy lista para deshacernos de ellos, pero sucede que en ocasiones nos pueden otros tipos de intereses, como, por ejemplo, guardar los gastos para nuestra declaración de IVA. Por rastros presenciales me refiero a que alguien nos vea donde no tendríamos que estar o con quien no tendríamos que estar. Por lo general, estos últimos dependen de la suerte... así que confiemos en aquello de «Dios protege a los inocentes».

EL MACHO DE LA CABRA

¿Habéis visto alguna vez embestir a una cabra? Son testarudas, pertinaces y soportan bien el dolor. Pero además, el macho cabrío tiene, de antiguo, mala fama, posiblemente por estar asociado al diablo, o porque no hay cabrón que consiga retener a una sola cabra (se ve que entre cabras y gallinas anda la promiscua disputa). Muchos son los mitos que asocian la infidelidad con los cuernos; mi favorito el de Pasifae, la esposa del rey Minos, que tuvo a bien enamorarse de un toro y guarrear, largo y tendido (y a cuatro patas), con él.

También existe una asociación formal entre el cuerno y el falo; el hecho de suponer que «poner los cuernos» es equivalente a entregarle al legítimo lo que le falta para retenerle, y recordad también que, tradicionalmente, colocar algo sobre la cabeza de otra persona era el equivalente a castigarlo (lo de las orejas de burro...).

Pero, curiosidades aparte, lo cierto es que la posición del burlado suele ser de las menos cómodas que una persona pueda sentir, y de las más dolorosas (no hay una buena seductora que no sepa a lo que me estoy refiriendo por haberlo vivido en carne propia).

Así que también, además de valorar

el daño que vais a provocar si os descubren, no está de más el que valoréis a quién se lo vais a hacer. En caso de que alguna de vosotras tenga dudas sobre si meterse en faenas de plaza de primera, intentad responderos a esta pregunta: ¿a quién queréis? Si la respuesta es al que vais a dañar, mi consejo es que o seáis muy leales al otro o que os abstengáis; si a quien más queréis es a vosotras mismas, incluidos vuestra voluntad y vuestros caprichos, entonces no lo dudéis, y consolaos, si os hace falta con aquello de... «la cabra tira *pa'l monte*».



Nació en Francia, donde pasó su infancia y adolescencia. Allí cursó sus estudios universitarios. Es licenciada en dirección de empresas y lenguas extranjeras aplicadas y tiene un doctorado en interculturalidad. En 2006 obtuvo el posgrado en sexología por el IN.CI.SEX, perteneciente a la

Universidad de Alcalá de Henares (Madrid). Participa asiduamente en programas de televisión y radio y colabora en varias revistas.

Se dio a conocer como escritora con *Diario de una ninfómana* (2003), que tuvo un éxito inmediato en España, Alemania, Reino Unido, Estados Unidos, Rusia e Italia entre otros veinte países, hasta alcanzar el medio millón de lectores en todo el mundo. El libro fue llevado a la gran pantalla en 2008 y la versión cinematográfica se distribuyó en más de cuarenta países. También ha publicado *Paris, la Nuit* (2004), *El otro lado del sexo* (2006), *Antimanual de*

sexo (2008), *Diario de una mujer pública* (2011), además de la novela *Sabré cada uno de tus secretos* (2010). Durante los últimos meses, Valérie condujo el club «Cincuenta sombras» a través de una gira celebrada en numerosas ciudades de toda España.